
408
Fray Mocho
RIO DE LA PLATA
¿Será su venida real?
¿Vendrá antes que el rey de Roma?
¿O resultará una broma
pesada del carnaval?

HESPERIDINA BAGLEY

FABRICADA DESDE 1864

EL GRAN APERITIVO NACIONAL



Es la reja que entra en las entrañas de la tierra para abrir el surco donde luego se ha de depositar la semilla que se convertirá en espigas de oro.

Eso es la

HESPERIDINA BAGLEY

para la vida. Una copa antes de cada comida preparará su organismo para que su salud sea inquebrantable, fuerte e indestructible.

FRAY MOCHO

Año IX — Buenos Aires, 17 de febrero de 1920 — Núm. 408

El precio de las mercaderías importadas no tardará mucho en descender

En medio de la incertidumbre política que pesa sobre el país, y cuando los problemas de todo género siguen gravitando sobre la situación económica general, una racha de optimismo irrefrenable, brotada de los más hondo de las energías nacionales, parece surgir a tiempo para entonar los ánimos.

No es una vana impresión, es el resultado de examinar detenidamente el estado de nuestros campos, donde la riqueza argentina, a despecho de los errores y de los contrastes urbanos, sigue elaborándose en forma que asegura largos días de bienestar futuro.

Mientras Europa recorre con natural lentitud el camino de su restauración orgánica, y carece de todo género de elementos productivos, principalmente los más indispensables, nuestras llanuras cubiertas de cereales y ganados, no obstante la merma de estos últimos, continúan brindando a la exportación, es decir, al consumo europeo, cuantas materias primas han menester los mercados industriales del viejo mundo para aumentar sus energías.

Hay tres hechos fundamentales que permiten predecir, por lo mismo, una próxima rebaja en la mayor parte de las mercaderías de importación. Helos aquí:

1.° La abundancia de tonelaje disponible en Europa y en Estados Unidos, que en gran parte debe ser enviado a la Argentina para volver con productos agropecuarios, lo que provocará importantes rebajas en los fletes.

2.° La imperiosa necesidad de Europa de mejorar la situación de los cambios internacionales, que en la actualidad sólo puede ser obtenida con la disminución de los saldos del comercio exterior, aumentando las exportaciones.

3.° La competencia hoy latente entre las fábricas de Inglaterra y Estados Unidos de Norte América, que ha de provocar un exceso de la oferta sobre la demanda de nuestro país.

Ante estas consideraciones, es lógico dar cabida a ideas menos negras de las que han primado hasta el último tiempo. Lo único que falta ahora es la acción concomitante de los poderes públicos para que llegada la oportunidad no se malogren los intereses del pueblo. Por grande que sea el afán de lucro de los comerciantes, es de creer que siempre será posible refrenar sus impulsos excesivos, ya que nuestro mercado, como en los días serenos de la abundancia anterior a la guerra, ha de verse muy pronto inundado de aquellos productos manufacturados, cuya carestía aún constituye una seria preocupación general.

DE LA VIDA INTENSA



—Hace una hora, Gabriela, que el niño llora, y usted sigue leyendo a Oyhanarte.
—Es que no me estorbaba, señora.

CENIZA



Con el paso policromo,
de la última estudiantina,
cayó el reinado de Momo.
Memento homo...

Acuérdate, hombre. ¿No ves,
de tu mirada al confín,
algo, como un Arlequín?...
Pues,
no es una máscara; descubierta y clara, en latín,
la Parca te dice..., en fin...,
quia pulvis es...

Es aviterna la asechanza;
y los azares son los mismos:
cuando un marzo de panza y danza,
un buen diciembre de bautismos.
Muerte y Amor, sin eufemismos,
échanse en cara esta romanza,
discorde como sus abismos:
Recuerda, hombre, que eres polvo,
et in pulvere reverteris.

A. HERNANDEZ-CID.

Los compañeros chauffeurs

Indudablemente, cuando un gremio obrero cualquiera inicia un movimiento colectivo para alcanzar el mejoramiento de clase, basándose en fundamentos lógicos y justos, no puede de menos de hallar un eco de adhesión y simpatía en la mayor parte de la sana opinión pública del país donde surge la iniciativa; pero cuando el carácter de las pretensiones que abrigan los gremios, o el de las reformas que éstos intentan implantar, les aleja de la órbita de razón y de equidad en que deben desenvolverse sus legítimas aspiraciones, sucede precisamente lo contrario de lo que ocurre en el primer caso, con la circunstancia agravante de que, hasta las opiniones de aquellos que siempre estuvieron incondicionalmente a favor de su causa, llegan a entibiarse y retraerse ante el choque o antagonismo de intereses y derechos en que se ven envueltos y que necesariamente provoca el hecho de querer llevar a la práctica decisiones extraviadas o inconsultas.

Como es sabido, los conductores de las cafeteras a nafta que circulan por la ciudad, acaban de sacudir al intendente municipal, señor Cantilo, con un formidable ultimátum en el que se trasluce la inminencia de una huelga gremial, durante las próximas carnestolendas.

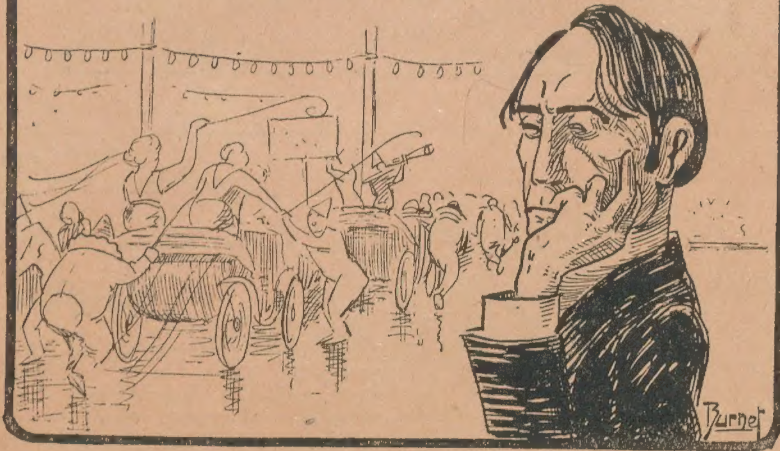
No nos detendremos a considerar la oportunidad de provocar un paro, cuando, por las mencionadas fiestas, precisamente habían de ser más sólidos los ingresos del gremio. Eso de que un comerciante cierre las puertas de su establecimiento cuando mayor es la clientela, como acto de represalia por habérsele negado una concesión, es cosa que corresponde desentrañar a la metafísica.

Por nuestra parte, sólo queremos ocuparnos de los puntos contenidos en el pliego de condiciones presentado por los chauffeurs. Uno de aquéllos es: "no estar obligado a servir al público cuando el chauffeur lo crea conveniente". Esto significa, sencillamente, proclamar el libre albedrío. Encontramos muy bien que cada uno haga lo que le dé la gana; pero como existe una ordenanza que reglamenta el servicio de automóviles, y su espíritu se halla en abierta oposición con el pliego de los automedontes, creemos que éstos pudieron acordar: "No ser chauffeurs".

La otra cláusula a que hacemos referencia es la que dice: "No estar obligado a esperar al pasajero cuando el chauffeur así lo desee".

Esta condición es menos emancipadora, por cuanto supone prestado en parte el servicio; pero hay que convenir en que es mucho más pintoresca. En efecto: ¡qué bellas perspectivas no se ofrecerán al incauto viajero que se traslade a Nueva Pompeya, o Villa Urquiza, por ejemplo, y el chauffeur diga para sí: "ahí queda eso", regresando de vacío?

¡Por favor, caballeros del volante!



Para **FRAY MOCHO.**

Todo el pueblo entusiasta rendía culto a Momo; un inmenso entusiasmo se extralimitaba en los seres que, bajo la noche, en el amplio corso de la Avenida profusamente adornada, confundían su alegría al concierto de las risas.

En cada revelación de los miles de rostros, en todos los ojos, algunos meditativos, otros enigmáticos o melancólicos, pasaba como una sombra de locura. Frente a ese deslumbramiento, entre ese bullicio imperante, junto al parpadeo de las luces y colores donde el relieve de los contornos sutiles y grácilos de las mujeres surgía de palcos y carruajes, muchos paseaban su alegría, sus miserias y dolores.

En la decoración de flores irreales de los vestidos sedeños, había un estremecimiento suave, y en medio de las serpentinas las máscaras continuaban con una tenacidad asombrosa despertando la atención, como si al través de aquellos rostros pintados, de aquellas caretas horripilantes se hubiese refugiado el alma de Satán.

Luis María, con su mente cargada de visiones, sobrellevando el peso de su desdicha, había abandonado su buhardilla y, por una atracción inexplicable, aunque refractario a aquel espejismo, a esa fiesta vulgar, internóse en el corso, él que amaba la soledad, que gustaba elevarse al mundo de los sueños, lejos de todo lo que hiere la idealidad, al verse allí entre esa racha de locura, escuchando voces inarmónicas, cegado por el titilar de las luces, pensaba como la humanidad podía concretarse a esa vulgaridad reinante.

Reflexivo, proseguía, mezclándose a aquella masa que celebraba a Momo en un ansia de despilfarro, en una pasajera ilusión. Su temperamento artístico y batallador, su alma formada de ensueños e inquietudes, no podía soportar esa manifestación del pueblo, esa agitación, esa ansiedad de derrochar el céntimo que luego iría a llenar, como dice Faure: "una de las formas más vulgares del altruísmo de nuestra época: la caridad".

Luis María continuaba con aquel torbellino, observando los tipos que encontraba a su paso; algunos de correcta indumentaria, otros con caras de hastío, la mayoría alegres, superficiales, bulliciosos; mujeres de impecables formas y ojos fosforescentes, viejos encorvados, cargados de años que, abandonando su escepticismo, lentamente iban a atraer remembranzas juveniles, y otros deteniéndose ante los palcos buscaban gratas emociones en las turgencias definidas al través de las telas.

La diversidad de caretas, la policromía de los trajes, el bullicio imperante, substraían el espíritu de Luis María, y sentíase cada vez más aislado entre el gentío desenfrenado.

Los disfrazados no me extrañan, —repetía,— son los de ayer, los de todos los días, los indescifrables, los irónicos, los sombríos, los buenos y los perversos; recorren el llano de la vida; pero, ahora sorprendidos por la locura de celebrar a Momo, han cambiado la careta habitual por la indurable de cartón, mas, en el fondo, sobre la avidez de sus corazones, apasionados o impasibles, duermen los mismos deseos, idénticas angustias.

Todo ese espejismo era para Luis María el alma humana desplegada ante un entusiasmo calcinante, los hombres cambiando de fisonomía, los de siempre, nuestros enemigos, los que nos hieren, los que nos sorprenden. Veía a la mujer despojada de la simulación, del romanticismo ficticio que la protege; descarada, enigmática y agresiva. Después de pasear por aquel séquito, Luis María sentíase preso de un pesado aburrimiento, y tratando de marcharse a su buhardilla desmantelada y pobre, donde lo esperaba el cariño de sus hijos, la voz piadosa de su compañera de infortunio, sus visiones quiméricas de artista consagrado, salió de aquel laberinto, doblegado por tanta mediocridad, y el pajarillo azul del Arte, de que habla Rubén, parecía aletear enloquecido en el fondo de su corazón!

ORTOGRAFIA



—¡Oye, che! ¿Para "abrir" se necesita una h?
—No. Para abrir basta con la llave.

¿Se pega la locura?

Los loqueros, los médicos de los manicomios, y en general cuantas personas tienen que tratar con locos o idiotas, no pueden menos de preguntarse alguna vez, si la locura será contagiosa.

Hasta hace muy poco todo el mundo creía que la demencia no se pegaba, como no se pegan la sordera o la rotura de una pierna; pero ahora, las estadísticas publicadas por la prensa médica de Inglaterra, muestran que un treinta por ciento de los loqueros acaban por volverse locos ellos mismos, sobre todo en los manicomios privados. Aun las personas encargadas de la limpieza, los porteros y otros empleados que no están en contacto directo con los dementes, pasan con mucha frecuencia a aumentar el número de los mismos. En un manicomio cerca de Londres, se han vuelto locos en poco tiempo cuatro empleados, aunque el hecho se tuvo en secreto hasta que se descubrió que otro empleado llevaba cinco años de locura, si bien había sabido disimularla hábilmente.

Los especialistas opinan que en realidad no hay un contagio o infección en el verdadero sentido de la palabra, sino que existe una influencia hipnótica muy poderosa en los locos, influencia que, un día y otro, obra sobre las personas que están en contacto con ellos, hasta que por último las fascina y convierte igualmente en dementes.

Profetas de grandes inventos

Hay en los escritos antiguos algunas frases, muchas veces casuales, que parecen verdaderas profecías de los grandes inventos de nuestra época. Hace la friolera de diez y siete siglos, Luciano contaba que los habitantes de la luna bebían aire comprimido en una vasija, de modo que formaba una especie de rocío; ninguna descripción tan exacta como ésta del aire líquido.

En su "Vera Historia", el mismo autor da una burlesca descripción de un barco aéreo, cuyas velas hinchaba el aire movido por una especie de molinillo, impulsando así al aparato hacia la luna.

En una obra publicada en 1617, se hablaba ya de un verdadero telégrafo sin hilos. El autor presenta a dos amigos comunicándose por medio de cierta piedra que tenía tal virtud, que si se tocaban con ella dos agujas, cuando una de éstas se movía, la otra, por lejos que estuviese, se movía al mismo tiempo y de la misma manera.

Roberto Hooke, en un libro publicado en 1674, manifiesta su opinión de que el cristal, así como sirve para aumentar la vista, podría ayudar también eficazmente a otros sentidos. "No es imposible, — dice este autor, — que lleguemos a oir murmullos a distancias inmensas, y acaso la naturaleza de esto haga posible el escucharlos a estas mismas distancias diez veces aumentadas." Esto parece una profecía del teléfono, no más velada que la que del telégrafo hizo Lope de Vega en sus conocidos versos que dicen: "quién sabe si con el tiempo vendrá con el rayo mismo".

Pero una de las profecías más curiosas de este género, es la que se encuentra en uno de los maravillosos viajes de Gulliver, donde se habla de astrónomos que han descubierto dos minúsculos satélites girando en torno de Marte. Esto era en el tiempo en que se escribió una sátira de la ciencia; y sin embargo, los dos diminutos satélites de Marte han sido descubiertos hace pocos años.

Los mamíferos que nacen ciegos abren siempre el ojo derecho antes que el izquierdo, dice el naturalista inglés Heneage Cocks, transcurriendo a veces 35 o 40 horas de diferencia.

Los peces feroces

Uno de los peces más feroces que se conocen, por no decir el más feroz de todos, es el sollo, al que algunas veces se ha dado con harta justicia el nombre de tiburón de agua dulce. Se conocen infinidad de casos en que un sollo ha atacado a un ganso o un perro, y hasta se sabe de uno que tuvo el valor de atacar a un hombre. La casi víctima fué el doctor Gouge, el cual, estando bañándose cerca de Viena, fué cogido de un talón por un sollo que pesaba más de quince kilos. El pez arrastró al doctor bajo el agua, y a no haber sido por algunos amigos que acudieron en su socorro, el infeliz se habría ahogado.

La pesca del sollo, si éste es de gran tamaño, supone considerables peligros. Cierto sportsman inglés, pescando en el Támesis, sacó un hermoso ejemplar de la especie, y no bien cayó el pez sobre césped, cuando dió un salto e hincó sus afilados dientes en la pantorrilla del pescador, cerrando las mandíbulas con tal fuerza, que para que soltase su presa hubo que abrírselas con un palo.

A decir verdad, la pesca en agua dulce no es un pasatiempo tan libre de peligros como pudiera creerse. En California, un pescador estuvo haciendo esfuerzos durante cinco horas por sacar del agua un enorme tarpón, y por fin tuvo que cortar el sedal porque la noche se les venía encima y amenazaba tormenta. Hace dos años, en la costa de Cailfornia, otro pez de gran tamaño, de los conocidos allí con el nombre de tunas, arrastró un bote á diez millas de tierra; el negocio se puso tan feo para el pescador, que éste hubo de abandonar su presa para poder salvar la vida.

Siempre que se trata de peces peligrosos, el profano en estos asuntos piensa ante todo en los terribles tiburones y en los enormes pulpos; pero estos habitantes del océano no son realmente peligrosos para el pescador; el tiburón nunca ataca a un bote, y el pulpo raramente lo hace.

Mucho peor bajo todos los puntos de vista es cierta especie de raya, muy frecuente en la zona tropical del Atlántico, y conocida por los pescadores con el nombre de pez diablo. Este pez crece hasta alcanzar un peso de tonelada y media, y además de una formidable dentadura, lleva en la cola una especie de dardo con puntas vueltas hacia atrás como la de una bánderilla. Estos peces no solamente atacan al hombre que tiene la desgracia de caer al agua, sino que con frecuencia acometen a los botes.

En las Antillas, junto a las Bermudas, se encuentran muchos peces de una especie llamada allí "moray"; son parecidos a los congrios, pero de color verde y feroces como ningún otro habitante del mar. Hace poco tiempo, un oficial de marina logró pescar uno de estos peces y empezó a tirar del sedal para sacarlo del agua. Su barquero negro, le rogó que cortase el sedal. Al principio el oficial se negaba; pero cuando vió al pez volverse sobre sí mismo y arrancarse con los dientes un pedazo de su propio cuerpo, comprendió que aquella pieza no era muy a propósito para meterla en una pequeña lancha.

El pez espada es también muy peligroso; se le pesca con arpones, como se hacía antiguamente con las ballenas, y cuando se siente herido se pone furioso y lucha con una ferocidad inconcebible.

SONETO

¡Cómo amar yo la vida, si la vida
no tiene para mí ningún encanto!
Amenla aquellos que la gozan tanto;
los que llevan de Amor el alma ungida...

Amen la vida los que esperan de ella
bienes mayores a sus muchos bienes,
los que han logrado coronar sus sienes,
los que han traído al mundo buena estrella.

¡Pero que la ame yo! ¡Que yo doblegue
mi voluntad a ella! Antes me ciegue
la maldición de Dios para jamás...

Tan pocos bienes a la vida debo,
tan pocos que en mi fe casi me atrevo
a decir que me debe ella a mí más!

José M. BRAÑA.

Hombre prevenido...

Pantaleón debía emprender un viaje por mar y ello le traía muy preocupado. El infeliz era muy cobarde y temía que se produjera un naufragio. Para reconfortarlo, un amigo suyo le regaló un "Tratado de natación".

—¿Crees tú que me será útil para algo?—le preguntó Pantaleón.

—¿Cómo no? ¡Cuando naufragues y estés a punto de ahogarte, agarras el libro, lo abres por la página 116, y allí encontrarás todo un capítulo, donde se dan instrucciones detalladas para salvarse.

Cosas del cine, que no se ven en el cine

LO QUE GANABAN HACE UNOS AÑOS Y LO QUE GANAN AHORA

Repetidas veces se ha comentado ya los sueldos fabulosos que ganan los artistas que se dedican al cine... y logran descollar en primera línea. Si hoy volvemos a insistir sobre el tema es porque nos han conmovido algunas notas referentes a los sueldos que ganaban hace años. ¡Pobrecitos artistas! ¡Cómo los explotaban entonces!

Figúrense ustedes que a la mísera Mary Pickford no le daban más que... ¡dos mil dólares por semana! ¡Una verdadera miseria! Razón habría tenido para declararse en huelga.

Carlitos Chaplin sólo ganaba por aquel entonces la mitad, mil dólares por semana. De William Hart el sueldo no merece ni citarse. El que ganaba más, el que batía el record, era Francis X. Bushman. Este actor obtenía por su trabajo en 1915 la mísera suma de 750 dólares al día.



Mary Pickford y Carlitos Chaplin se retiran decepcionados de la ventanilla donde acaban de entregarles el cheque de su sueldo semanal. Los pobrecitos lloran porque no ganan más que dos mil y mil dólares, respectivamente!... De esto hace cuatro años.

El que sólo lea las anteriores líneas creerá que nuestra piedad hacia los, en aquel entonces, explotados artistas es fingida. Los sueldos que hemos citado, que para sí quisieran los presidentes de más de una república, les parecerán enormes. Sin embargo son miserables... si se los compara con los que los mismos intérpretes ganan ahora.

Mary Pickford cobra, en vez de los dos mil dólares semanales, 250 mil por cada película que impresiona. ¡La diferencia es poca!

Carlitos, de mil ha pasado a... ¡un millón de dólares!, cifra como se sabe de su último contrato.

William Hart ha ganado durante los dos últimos años una friolera: 900,000 dólares, y ha sido contratado para impresionar nueve películas durante los dos años próximos, conviniéndose su sueldo en ... ¡2.250.000 dólares!... ¿Cuánto ganará dentro de cuatro años si continúa así?

Nazimova gana en la Metro 13.000 dólares por semana; Theda Bara 4.000 mil en la Fox; los otros artistas conocidos oscilan entre 5.000 y 1.000 por semana.

Norma Talmadge y Anita Stewart se calcula que han ganado cada una medio millón durante el último año.



William Hart, por una suma insignificante, hacía el mismo trabajo que durante los dos últimos años le valió 900 mil dólares.

NUEVA COMPAÑIA

Taylor Holmes acaba de organizar una compañía cinematográfica que dirigirá, y en la que actuará personalmente. Para iniciar sus trabajos ha adquirido dos libretos de Villie Collier titulados, el uno "Nada más que la verdad", y "Nada más que la mentira" el otro. Ambos argumentos son independientes; sólo están unidos por sus tendencias morales.

En la compañía de Holmes trabajarán su mujer Edna Philips, Elsie Mackaye, y la simpática esposa del compositor Eard Caroll, la hermosa francesita Marcela Caroll.

LA EDAD Y EL ARTE

Emma Dunn es una actriz que interpreta papeles de carácter. Actualmente ha sido contratada por la compañía Metro, para la película "La dama anciana 31", encomendándole el papel de protagonista. Emma Dunn no cuenta treinta años todavía, peró su especialidad es caracterizarse de anciana, cosa que realiza admirablemente. Ha estudiado todos los detalles que caracterizan la senectud, y ni sus mismas hermanas la reconocen cuando aparece en la pantalla.

LA NUEVA COMPAÑERA DE CARLITOS

Carlitos no es solo un cómico admirable, que divierte al mundo entero con sus magistrales creaciones, es, además, un experto en belleza femenina. Varias actrices ya se han hecho célebres por su gracia trabajando a su lado. Ahora, según las últimas noticias llegadas, acaba de descubrir un pimpollito de veinte años, con escasa experiencia cinematográfica aún, pero con una cara, unos ojos, un cuerpecito y unas maneras capaces de arrastrar al infierno a monseñor Andrea en persona.

Su nombre—que no tardará en hacerse célebre—es Mis Beulath Bains. Hasta ahora ha trabajado en las variedades, adquiriendo fama de ser la más encantadora de las trigueñas.

VIRGINIA PEARSON

Esta popular actriz está trabajando de nuevo. Actualmente impresiona una serie de seis películas en las que trabaja como primer actor Sheldon Lewis, su esposo.

DIANA COOPER

Lady Diana Cooper es el nombre de una hermosa mujer inglesa, a quien contrató Griffith para su película "El gran amor" cuando fué a preparar la citada película a Inglaterra.

Tan satisfecho quedó Griffith del trabajo de la dama inglesa que la instó para que fuera a radicarse a los Estados Unidos, ofreciéndole contrata. Cooper no se pudo embarcar por causa de su salud, hasta hace poco tiempo. Junto con ella partió para Nueva York su esposo.

MATRIMONIO

Se ha casado Joe Martin. Su esposa se llama Topsy-Tree, y seguirán juntos trabajando como "estrellas" de la "Universal". (Una advertencia: Joe Martin es el chimpancé en tantas películas aplaudido, y su esposa ha sido unanimemente juzgada una "monada").

COMEDIAS

Todas las comedias que saben su obligación acaban con una boda y todas las bodas que conocen su oficio terminan con una comedia. Nos sugieren esas consideraciones filosóficas los matrimonios realizados entre los intérpretes y personal de la "Christie Comedies".

Cuatro miembros de la empresa, dos con dos, se han unido durante el mes de noviembre. La cosa reune todos los caracteres de una epidemia.. funesta.



La boga de la Nazimova se debe a la atracción que ejerce entre los admiradores de su propio sexo.

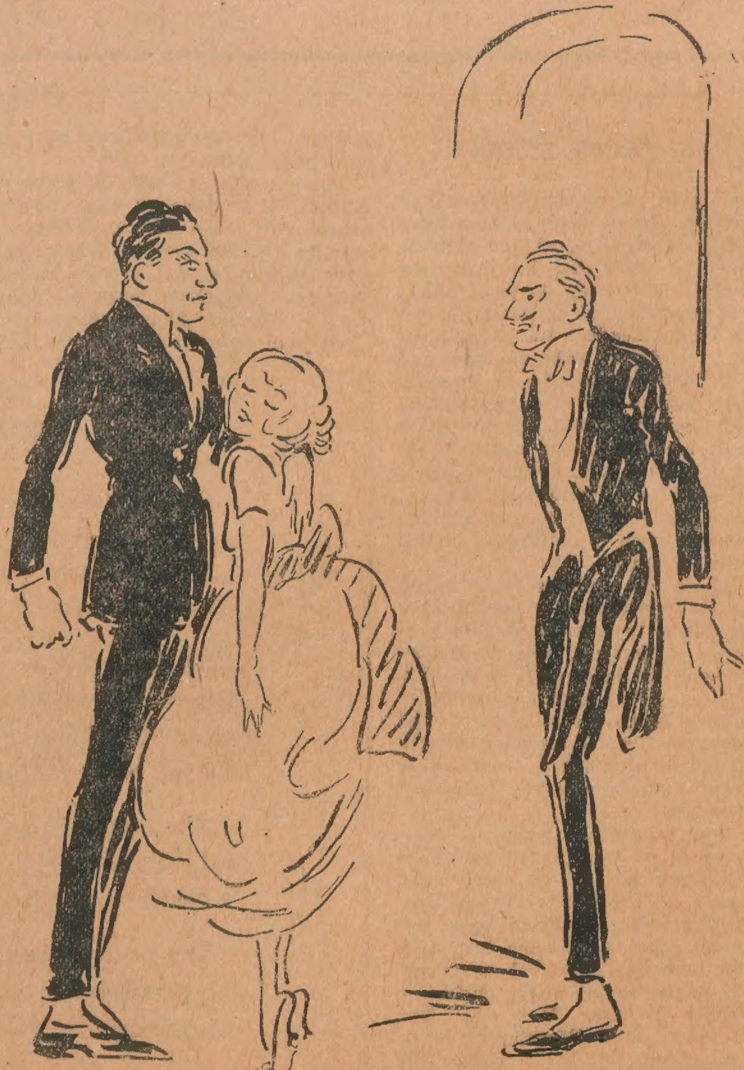
SU PROPIO PROCURADOR

Los intérpretes pueden desempeñar cualquier oficio... en las películas, pero algunos artistas no se conforman con esta oportunidad y quieren extenderla incluso en la vida real. Mary Pickford se cuenta entre éstos. Ultimamente fué demandada por la señora Cora Wilkenning, por la suma de ciento ocho mil dólares, adeudados, según la demandante, por sus servicios como agente contratista, del tiempo en que Mary trabajó para la "Famous Players".

Mary Pickford negó la deuda y se nombró a sí misma su "procurador". Y es el caso que la sentencia le ha sido favorable.

Antes de que se pronunciara, al ser careada con el procurador de la demandante, lo miró frente a frente, luego lo señaló con el dedo, y dijo: "Caballero, tengo miedo de usted". "Sin embargo,—repuso éste sonriendo—nada tengo yo que pueda producir espanto".

—¡Pero es usted, procurador, caballero!—le contestó Mary, que por lo visto siente poca simpatía por las "aves negras".



Francis X. Bushman era el que ganaba más en 1915. Ganaba la friolera de 750 dólares cada día.

PUCHITOS

A pesar de todas las tradiciones es imposible precisar el sexo de los huevos antes de que nazcan los animales.

David Fabricius descubrió en 1596 la primera estrella movible, cuyo nombre es Mira Ceti.

La duración media de la vida ha aumentado mucho durante los últimos veinticinco años.

Hace algunos siglos, los vinos belgas eran muy apreciados y, según se dice, los duques de Borgoña adquirían la mayor parte de la cosecha de los alrededores de Bruselas para sus bodegas.

La población del Japón era en 1898 de 46.228.822 habitantes.

El tiro al arco es uno de los deportes más antiguos. Sin embargo, todavía existen numerosas asociaciones que lo practican, especialmente en Francia, y que acostumbran a organizar importantes concursos y festivales.

El peso que puede arrastrar una locomotora depende de la inclinación que tenga la vía férrea.

La isla de Jamaica fué bautizada por Cristóbal Colón con el nombre de Santiago, pero se impuso la denominación india, que era: ''Xaymaca''.

Es vulgar en mineralogía el fenómeno en virtud del cual una substancia substituye a otra en un cristal, dejando subsistir la forma de éste.

Las harinas mezcladas con cacao son uno de los alimentos predilectos de los bebés. No conviene sin embargo dárselas con exceso, pues resultan de una digestión un tanto difícil.

La frecuencia de los casos de rabia está en relación con el número de perros vagabundos que existen. Según parece la rabia entre los perros sigue, desde hace unos años, una marcha ascendente.

Monsieur Mosch, de Teufer (Suiza), llegó a domesticar un lobo, que le seguía después mansamente y le lamía las manos como un perro.

El leporida es un animal de laboratorio, que se obtiene por la cruza de una liebre con un conejo, conseguida a pesar de la antipatía que reina entre ambas especies. El animal resulta un tipo intermedio, parecido al conejo, con las orejas más largas y las patas posteriores más potentes. Su carne es muy sabrosa. Su esterilidad es completa.

La telegrafía sin hilos se utiliza también para determinar con exactitud las longitudes.

La inestabilidad de las pólvoras coloidales es la causa de la mayoría de accidentes que se producen en las fábricas y depósitos de municiones.

Las espadas que usaban los galos en el siglo III eran tan malas que se torcían después del primer golpe y los guerreros se veían obligados a retirarse del frente de la batalla para enderezarlas.

Los veleros tienden a desaparecer. Actualmente se construyen pocos, y muchos de ellos van provistos de máquinas de vapor. Dentro de algunos años, los veleros serán una curiosidad del pasado y su belleza, realmente muy grande, inspirará nostálgicas canciones a los poetas.

Así como existe la máquina de escribir, se ha intentado varias veces inventar una máquina de escribir música, que registrará mecánicamente las composiciones a medida de que éstas sean ejecutadas. Hasta ahora sólo se han conseguido resultados mediocres. El más importante es la máquina que inventó el señor Laurenz Kromar, de Viena, en 1907, a la que dió el nombre de ''Kromarographo''.

La iluminación por medio del gas fué descubierta a mediados del siglo XIX, pero no se vulgarizó hasta el año 1830.

La misma higuera puede dar dos clases muy diferentes de higos. Depende la diferencia entre ambas frutas que la una ha sido fecundada por un insecto y la otra no.

Nuestro tubo digestivo es receptor de los microbios más variados. Entre los que nos resultan beneficiosos figura en primer término el bacilo láctico que impide las fermentaciones putrefactas.

A pesar de su pequeñez, los insectos realizan labores que resultan a primera vista imposibles. Una de las especies, la llamada ''sirex jovencus'', produce unas larvas que llegan a horadar el plomo.

El polvo es nocivo a la mayor parte de cultivos. Por tal causa los viñedos y las huertas situadas junto a las ''carreteras'' producen resultados peores en las partes expuestas a recibir polvo.

La casa editorial, Tomás Nelson e hijos, de Edimburgo, tiene la intención de fabricar papel de bambú, y a tal objeto instalará fábricas en Trinidad.

El hierro es más antiguo que la historia. En el cuarto capítulo del ''Génesis'' vemos que Tubal Cain da instrucciones relativas a la elaboración de aquel metal. Tubal Cain era el séptimo descendiente de Adán y Eva en línea recta.

La harina de papa, banana, taro y cazabe puede substituir a la del trigo, particularmente la última que resulta muy blanca y muy fina.

La biblia de Guttenberg ''de cuarenta y dos líneas'' fué el primer libro que se imprimió después de la invención de este procedimiento. Se cree que quedó terminada allá por el año 1455.

En la antigüedad remota la mujer tomaba parte en las batallas y luchaba denodadamente con heroísmo junto al esposo y al hermano. Jamás se mostró más cobarde o menos ingeniosa que el hombre, y contribuyó al triunfo de muchos ejércitos.

En las manufacturas de neumáticos se usan grandes cantidades de gasolina para disolver el cemento y caucho de que se componen.

La primera erupción del Vesubio de que se tienen noticias, ocurrió 79 años después de Jesucristo y sepultó a las ciudades de Herculano, Pompeya y Estavia, esta última aún no ha sido encontrada.

El alfabeto ruso se compone de treinta y cinco letras, de las cuales once son vocales, tres semivocales y las veintiuna restantes consonantes.

La ''fragata'' o águila del mar, vuela con tal velocidad que en menos de un día puede trasladarse desde América del Sur al Senegal.

El árbol denominado ''Achras sapota'', del cual se obtiene el chicle, o yum yum, es originario del Norte de los países de la América Meridional, la América Central y los Estados Mexicanos de Yucatán, Campeche, Tabasco, Chiapas, Veracruz, Oaxaca, Puebla, Jalisteo, San Luis Potosí, los territorios de Tepic y Quintana Roo.

El ángulo de inclinación del corazón humano, según Laurent Moreau, varía de 50 a 68 grados, según el individuo.

Las salanganas son unas golondrinas del oriente, llamadas también golondrinas de mar. Sus nidos son muy estimados por los chinos, que hacen con ellos potajes especiales que figuran en los banquetes de la alta sociedad. Algunos naturalistas dicen que esos nidos están hechos de plantas marinas y de una materia viscosa que sale del estómago de la golondrina; otros aseguran que están compuestos sencillamente de huevos de peces.

FALTA DE TACTO

—Señorita, desearíamos proponerle un contrato para publicar sus memorias...
Ella.—(indignada) ¿Se figurará usted acaso que soy yo de las que han pasado a la historia?

"CONDOR-HUASI"

por Adolfo LANÚS

Alberto llegó a la puerta de la iglesia en los últimos momentos de la misa. Saludó a dos o tres amigos allí presentes y se unió a ellos al formar fila para ver la salida de las mujeres que pasaban entre aquella doble guardia de galanteadores con cierta esperanza no bien disimulada y perfectamente explicable. Volvían de rezar, de ofrendar sus creencias en olvido momentáneo de la vida y ahí estaban los hombres, sus hombres, como un recuerdo palpitante y tentador de todos los pecados. Unas caerían; otras también... La diferencia estribaba únicamente en la salvedad convencional agravada hasta la exageración por las pláticas del cura, cuyos alcances no iban más allá de la consagración del matrimonio. Lo que viniese después era ley aceptarlo resignadamente, sin una protesta, haciendo gala de esa arraigada devoción que inducía a dos viejas fanáticas a dialogar de esta suerte, apenas alejadas unos pasos del atrio:

—¡Qué lindo el sermón del padre Luis! ¿no? —decía una.

—¡Cierto! — respondía la amiga. — ¡Muy lindo! ¡Lástima que como estábamos tan lejos no hayamos oído nada!...

—¡Cierto!... —volvía a decir la primera, insistiendo a pesar de ello: — Pero qué lindo, ¿no?

Un día, Alberto habíase permitido criticar esas costumbres y esas actitudes tan creyentes, no con ánimo de combatirlas sino a simple título de curiosidad risible y de entonces databa cierta animosidad que en su contra rebullía en todas las rezadoras. Claro está que aquello no le preocupaba poco ni mucho, pero había servido para darle a comprender por adelantado el peligro que representaba "desentonar" en el ambiente. Y así, cada vez que necesitaba ver algún amigo a quien no encontrara ni en su casa ni en el hotel, los domingos que él bajaba al pueblo, se iba tranquilamente a misa seguro de dar con ese amigo entre los concurrentes y, de paso, quedar bién con el cura...

Se explica, desde luego, que al verlo llegar aquel domingo uno de los conocidos, tratando de entablar la consabida charla, le preguntase:

—¿A quién busca, Alberto?

—A nadie.

—¿Entonces?.., — preguntó nuevamente el amigo, extrañado.

—A nadie... que sea hombre, por lo menos — le satisfizo esta vez él.

—¡Ah!... la del "chalet" lo trae... — terció otro de los presentes, sin obtener respuesta, pues en ese momento se acercaba Alberto a una señora y una niña que abandonan el templo, comenzando a caminar con ellas.

La señora era alta y con el pelo blanco; la hija, alta también, rubia, con una serenidad venturosa en los ojos dormidos. Las dos, lujosamente vestidas.

Hacía cerca de un mes que habían llegado a la región, procedentes de una ciudad lejana donde conocieran a Alberto cuando éste cursaba sus estudios.

Mientras las acompañaba, en los silencios intermitentes de la conversación, Alberto evocaba los años no muy lejanos en que él conociera a María Esther y a todos los suyos, deteniéndose involuntariamente en los detalles de una aventura romántica en que fueron ellos — él y María Esther — protagonistas. ¿Se habría olvidado ella?... La separación, sin escenas de tragedia ni siquiera de mal tono, le había dejado, a su pesar, un sedimento de intensa amargura. Culpa de su temperamento de eterno ilusionado. Al correr de los días venían a encontrarse de nuevo y él no se atrevía a confesar y menos aun a reconocer en la intimidad, que el solo andar de ella con ese vaivén altanero de junco — de junco sedeño que crece en las aguas dormidas de una laguna del color de sus ojos venturosos — había bastado para hacer revivir la emoción de un cariño que creía perdido en la misma vaga confusión que tantos otros... Y seguía pensando y recordando. ¿Habría cambiado María Esther? ¿Habría abandonado su habitual resistencia a esa vida libre, campo afuera, que él le proponía? ¿Por qué lo miraría en silencio, sin decirle una palabra, prometiéndole veladamente la rendición de sus amores?... ¿Sería aquello para bien o serviría sólo para ahondar su escepticismo?

Hombre enemigo de las vacilaciones, sentíase no obstante dominado por una ansiedad indecible, sentíase incapaz de arriesgar su fortuna a una carta, definitivamente. Y esa timidez le aconsejaba callar, a la espera de lo que quisiese la suerte.

Una semana después, Alberto y María Esther conversaban, en las postreras horas del día. Al Este, la sierra que limita el valle, bajo los recios rayos del Sol muriente, recorría una gama de intensos fulgores inconstantes.

—Piénselo mucho, María Esther — decía Alberto que, sin saber por qué milagro, hallábase de pronto envuelto en la conversación de sus preocupaciones. — Piénselo tranquilamente antes de decidirse. Por mi parte, tengo miedo, igual que si se hubiesen trocado los papeles. Ya en una ocasión, hace años, cuando nos conocimos, fracasó el intento — ¿recuerda? — Y tengo miedo porque de entonces aquí yo no he cambiado; al contrario: tal vez se han acentuado más en mi esas aficiones...

—¿Montaraces?... — interrumpió ella con cierto asomo burlón en los ojos y en los labios por la seriedad de él.

—Como usted quiera llamarlas — prosiguió Alberto; — se ha acentuado más el amor a la vida libre, de tal manera que si usted no ha evolucionado en ese sentido, la separación ha debido hacerse fatalmente más insalvable. Y como ya tengo algunas canas...

—Que le sientan muy bien... — volvió a interrumpir burlonamente María Esther.

El se mordió los labios con instintiva desconfianza; vaciló un momento y luego — pasando por alto la intención jovial de la muchacha — sonriéndose a su vez, continuó:

—Como ya tengo algunas canas, decía, y como he vivido largas temporadas en la soledad montañesa, por una consecuencia lógica de dicha soledad he aprendido a seguir una norma en la vida del sentimiento, al igual que es fuerza seguirla en la vida material para ahorrarse dolorosas sorpresas. Así, previendo, previendo, he desviado, — mejor dicho he evitado — muchos contratiempos. Del mismo modo, con cierta frialdad egoísta, aspiro ahora a evitar un dolor que una vez producido — para mí, a lo menos — acaso no encontrara lenitivo... Piénselo mucho, María Esther. El cambio es brusco, casi absoluto; es — quizás — para toda la vida que tenemos por delante...

Se quedó ella abstraída, mirándolo con los ojos muy abiertos... El encendió un cigarrillo y con voz calmosa, volvió a decir:

—En la garganta de un abra estrecha, camino de la altiplanicie donde tengo mis plantaciones, hay una gruta abandonada y oscura.

—¿Y allí vamos a vivir?

—No se ría, María Esther. Es un cuento. Un cuento no muy extenso.

—¿De modo que puedo escucharlo?

—Sí; resígnese.

—Será, sin duda, el último cuento de hadas de mi juventud...

—Tal vez... Aunque pienso que será, más bien, el primer cuento de realidad de su juventud... Bien; en esa gruta abierta entre dos piedras ásperas que dan la impresión de una boca fabulosa de las montañas, cuyas comisuras afiladas anticipan su voluntad inquebrantable, su indiferencia ancestral, vivió hace mucho tiempo un cóndor de inquieta y viva cabeza. Fué cuando estos campos eran todavía del dominio de los quichúas que bautizaron la gruta con el nombre aborígen "Cóndor-Huasi", que quiere decir "casa del cóndor". El cóndor aquel vivía solo en la gruta. Placíale ambular serenamente, dominando en la inmensidad del espacio el vago tul de las nubes y hacia la tierra, las altas cimas nevadas y los negros derrumbes insondables de la serranía. De tarde en tarde reuníase con sus compañeros para celebrar algún banquete de carne salvaje o para enamorar a alguna hembra núbil y volandera. Pero la mayor parte del tiempo transcurría para él en la soledad de las quebradas más remotas y a la espera siempre de lo desconocido. Era un cóndor aventurero y romántico. En una de sus incesantes correrías llegó hasta la tierra de vagas ondulaciones del valle y apremiado por la sed, abarcando desde la altura toda la extensión del campo abierto, distinguió a los reflejos solares las aguas quietas de una ciénaga. Describiendo en el aire lentas parábolas, fué bajando poco a poco hasta sentar las garras en un borde húmedo, a corta distancia de la charca. Iba ya a aproximarse a ésta, con su paso tardo y acompasado, cuando le llamó la atención un inmenso copo de nieve que — se diría — trataba de ocultarse medroso entre las cortaderas. Se acercó el cóndor, reconociendo lleno de sorpresa y extraña emoción que lo que él creyera enorme copo de nieve era una garza blanca y temblorosa. ¿Cómo vendría hasta allí, perdida de sus compañeras? ¿No sabía ella que la montaña era inhospitalaria y traicionera? ¿No sabía que los manantiales rocosos son propiedad de las águilas y que las águilas son carniceras?... Muchas preguntas se hizo mentalmente el cóndor antes de decidirse a adelantar un paso. Al fin, encendió sus ojos una vislumbre desconocida y ensanchó su pecho una esperanza de gloria. Se internó en la ciénaga y bebió a largos tragos; tornó al borde prestamente y emprendió el vuelo, bajo, rasando las matas verdosas. Cuando ya la garza asustada, creyendo en la ausencia del enemigo salió de su escondite, volvió el cóndor con una rapidez vertiginosa y la aprisionó entre las garras, perdiéndose con ella en la lejanía azul, tras de los primeros picachos. El cóndor llevó a su presa a la gruta en que vivía y allí realizó el idilio de sus ensueños locos: la tuvo por compañera todo el invierno, colmándola de cariños. En las noches crudas, extendía las alas lustrosas y negras para cobijarla en ellas, remedando una tienda guerrera de la antigüedad donde durmiese una doncella cautiva... Pero llegó el verano. La lluvia azotó los campos y se formaron lagunas por doquier. Una tarde en que estaban los dos a la puerta de su casa, la garza emprendió el vuelo y se remontó muy alto, muy alto, añorando las llanuras dilatadas, los riachos risueños. El cóndor mirándola, imploraba en sus graznidos:

—No te vayas flor del aire, princesita viajera...

Recuerde usted, María Esther, que era un cóndor romántico. De pronto, acertó a pasar por la ladera un venado surano nacido en esa primavera. El cóndor se lanzó sobre él y tras breve lucha consiguió dominarlo. Cuando al anochecer regresó su blanca compañera, el cóndor le presentó muy ufano un festín sanguinolento. Ella sintió una repugnancia indescriptible. Hasta ese momento todo le había parecido tan natural y creía ser tan feliz que no pudo disimular la brusca revelación. Se resistió a comer, profundamente asqueada, huyendo llena de pudores cuando, en un descuido, vió manchar con sangre humeante su airón altivo, que oscilaba al andar como un clavel borracho de perfume.

A la mañana siguiente alzó de nuevo el vuelo y fué a descansar en la ciénaga del comienzo y donde, inesperadamente, se encontró con antiguas compañeras y amigas, que hicieron una algarabía juvenil al reconocerla. Pasó todo el día con ellas y quedó comprometida de encontrarse allí de nuevo a la madrugada siguiente. Estuvo viniendo durante más de una quincena y sólo al oscurecer regresaba a "Cóndor-Huasi", donde el calvo compañero seguía prodigándole su cariño. Mas cierta noche no volvió: había empezado a volar con sus amigas y entusiasmada con la charla y la promesa de otras lagunas inmensas y sobre todo con ciertos galanteos de un macho audaz, abandonó definitivamente la comarca... El cóndor le esperó con infinita ansiedad mucho tiempo, a la puerta de su gruta. Dicen que cuando alguien pasaba por ahí, no era raro verlo que, avergonzado y dolorido, se ocultase entre las piedras. No se olvide que era un cóndor romántico... Y al transcurso de los meses, un arriero lo encontró muerto: no se sabe si de tristeza o prosaicamente de hambre. Pero al fin, es lo mismo...

La noche extendía sus primeras sombras. Acercándose un poco, por instinto, María Esther preguntó:

—¿El cuento es para mí?

—No... No tiene dedicatoria.

—Hace bien en no ponérsela. Tiene fundamentales defectos... y por eso el desenlace se produce con un abandono y una muerte... Porque el cóndor se llevó a su garza sin pensar en sus sentimientos, sin saber siquiera si era capaz de quererlo... Otra cosa es venir por la propia voluntad...

Por toda respuesta, Alberto la atrajo lentamente. Cuando la rubia cabeza llegó a la altura de su hombro, rendida, la besó en los labios, mientras en los ojos entornados, color de agua dormida, veía revivir en amores el último destello del día.

MAR DEL PLATA.—Veraneo humorístico, por Alió.



Un pleno...



Algunos...

DEL GREMIO



El "compañero" Tito L. Foppa (algunos, simplemente le conocen por "Salud y R. S."), subdirector de "Crítica", autor teatral de rango, publicista, propietario en Adrogué, cliente del Volta y abonado de 1.ª clase del F. C. S.—Caricatura de Eduardo Alvarez y atención de la casa A. Cabezas.

Champán triste

por A. HERNANDEZ CATA

Has dejado la copa y sientes todas las burbujas que antes nervian en ella, subirte desde el fondo del alma al cerebro; sin embargo, no estás alegre... Deseaste esta fiesta durante muchos días, en las horas de ocio, en los insomnios cargados de abstractos anhelos y nada en la fiesta te defrauda: colores, formas, frases y risas no son sino copia viva de la visión que el ansia anticipó. ¿Por qué, pues, no gozas del ensueño logrado? Has oído lisonjas, has sentido el leve y espinoso roce de la envidia, has escuchado vehemencias y palabras de galantería nunca oídas y ya incomprensiblemente viejas; has entrevisto en algunos ojos de hombres una llama turbia, desconocida y presentida, que asusta y atrae. ¿Por qué ese mohín triste y esa niebla de la melancolía en toda tu cara? Sin duda fué el calor, el jadear del baile; acaso el influjo romántico del vals... Pero no, tiene la culpa ese líquido de oro en donde todos buscan el olvido o el júbilo. Bien se nota; no tienes costumbre de sentir en tu boca su trémula aspereza y, de resistir a la actividad que lleva a las venas, al pensamiento y al rincón recóndito de las audacias... ¡Ah!, ¿lo ves? No me mires con susto ni dilates tus naricitas olfateando un misterio. Tu secreto era fácil; bastaba fijarse en la humedad de esas dos gotas de noche con que contemplas la vida; bastaba un poco de experiencia... Adivinar es casi siempre recordar... Sin que tiendas la mano como en la ceremonia clásica puedo deletrear tu secreto... Mírame de frente, no necesito acercarme mucho si te da miedo; basta con que no me extravíe en el laberinto de tus pupilas y pueda encontrar uno de esos caminitos que van derechos al corazón... Así... Ya está.

Al hallarte en la fiesta tu dicha se te antojó de pronto demasiado fofa y quisiste gustar el licor que acelera el ritmo de la vida... ¡Cuántas felicidades se malogran así! El primer sorbo fué delicioso; tus labios húmedos se juntaron varias veces golosamente para retenerlo y el paladar sintió una sensación extraña, mitad de caricia, mitad de castigo... De pronto, cual si la atmósfera en la vida, en el recuerdo y en la inteligencia se tornase limpida hasta lo inverosímil, viste todo más claro, rememoraste escenas lejanas con una precisión de super-remidad y adquiriste de hechos y personas un juicio tan justo que casi te dió miedo... Miraste orgullosa el fondo de la copa y volviste a beber... Era la copa de la sabiduría: cada burbuja una revelación... Más después de este sorbo la mirada espiritual no teniendo ya nada externo donde clavarse, se volvió hacia ti misma... y entonces fué cuando en tu boca se insinuó el ritus y cuando de la sombra de tus párpados cayó hasta tu cuello esa niebla que ahora te ennoblece y te entristece... Observaste en un espejo tu hermosura y pensaste: "Soy una fuerza de Dios en el mundo, pero nada puedo para mi misma: mi destino depende de otros y se me entregará casi hecho cuando sea tarde ya; mi poder de fascinación sale de mí y me deja débil, indefensa, inerme contra mil acechanzas hacia las cuales me llevan instintos obscuros y obstáculos harto violentamente puestos por la socia torpeza; se me cierran las puertas y he de entrar en el saber por ventanas furtivas: soy cual un brillante con alma temeroso de caer en manos plebeyas, cual una flor consciente de su virtud efímera, cual una fuente que tuviera sed".

Todo esto pensaste por vez primera en tu existencia; y con maquinal ademán llenaste de nuevo la copa, la apuraste de un sorbo y, si aguardaras el efecto de un veneno, esperaste... El galopar de ideas huyó de tu cerebro, las luces se multiplicaron, las burbujas de oro trocáronse en plomo y pesaron sobre tu cabeza... Quisiste levantarte para ir al salón donde los bailarines parecían quietos, mientras los muebles cercanos, oscilaban, y no pudiste... Y así transcurrió mucho tiempo, uno de esos minutos llenos de eternidad. Con los ojos cerrados, olvidada del mundo, asiéndote de tiempo en tiempo a la vida en el primer naufragio de ilusiones, sólo por el sabor acre que persiste en tu boca y por esta idea que una mancha tan negra como tus ojos en tu alma: "¡Pobre de mi, que no soy sino lo que parezco a los demás!"

Un árbol de dos hojas

El "tumbo" de los desiertos de la costa occidental de Africa, es tal vez la planta más extraña que hay en el mundo. Su tronco no tiene más que medio metro de altura, ofreciendo la forma de un cono invertido, y está en su mayor parte enterrado bajo la superficie del suelo, de modo que la parte visible no excede de algunos centímetros. Pero todo lo que tiene de corto, tiene este tronco de grueso, pues su diámetro llega a veces a cuatro metros y medio. Cuando se hace viejo, este extraño tallo se divide en dos lóbulos, y su aspecto y color son los de una enorme masa de corteza de pan requemada.

Lo más extraño del árbol, sin embargo, son sus hojas: no tiene más que dos, cada una de las cuales sale de un surco que el tronco presenta a cada lado; miden un par de metros de longitud por medio metro de anchura, y casi siempre aparecen rasgadas en forma de cintas que la brisa del desierto hace ondular sobre la arena cual si fuesen los tentáculos de un pulpo gigantesco.

Los ojos y los colores

Entre los muchos engaños de que nos hace víctimas el sentido de la vista, el más frecuente es el de la falsa percepción de los colores. Por ejemplo, basta que los ojos hayan estado sometidos durante dos o tres minutos a la acción de la luz difusa, o que se hayan encontrado en la vecindad de que añadan a los colores percibidos la tonalidad azul verdosa. Mientras que vemos los verdes y azules mucho más intensos, los rojos anaranjados pierden en brillantez. El color lila, distante por igual del rojo y azul, se torna azul; el color amarillo verdoso, se vuelve verde; el blanco ligeramente sonrosado lo vemos blanco.

Estos hechos pueden ser comprobados utilizando la curiosa propiedad señalada por los oftalmólogos Chibret y Dufour en una memoria científica reciente. Según éstos, si los dos ojos están iluminados de un modo distinto, el que permanece en la obscuridad ve sonrosado un papel blanco, mientras que el iluminado lo ve verdoso. Se puede, por tanto, comparar las percepciones de ambos ojos respecto a una goma coloreada, sometiéndoles alternativamente a una iluminación lateral.

Síguese de ello, que cuando se quiere juzgar sobre el colorido de un objeto, hay que definir con atención las condiciones de luz en que estaban colocados ambos ojos. La referida circunstancia tiene diversas aplicaciones. Así un papel tornasol parecerá rojo o azul según se le examine en un laboratorio de paredes oscuras o de paredes blancas. Tratándose de un cuadro pictórico, si en el momento de encontrarnos delante de él han experimentado nuestros ojos variaciones de iluminación, se modificarán considerablemente los intervalos entre los colores, alterándose el aspecto de la obra. Uno de los méritos de la famosa "Gioconda" es el reunir precisamente muchos tonos verdes y azules, con lo que rara vez se la contempla en un mismo aspecto.

EFÍMERAS

¿Adónde van los sonidos
cuando muere en los oídos
la postrera vibración?
el aire es mar: en él bogan
y se hunden y se ahogan
en la móvil extensión.

¿Adónde vuela el perfume?
se evapora, se consume
y se disipa y se va:
triste vampiro del orbe
el aire su esencia sorbe
y muerto el perfume está.

¿Adónde su disco encierra
el rojo sol cuando cierra
la tiniebla su capuz?
¿y adónde, tristes y bellas,
van las pálidas estrellas
cuando aparece la luz?

El aire es tumba: devora
lo que brilla, lo que llora,
el perfume, la canción:
efímeras vibraciones,
luces, perfumes y sones
van al mismo panteón.

Pero la música blanda
revive, palpita y anda,
sumisa a la voluntad;
está dormida, no muerta;
si queréis verla despierta,
tocad, artistas, tocad!

El perfume no se agota:
cada molécula brota
y se esparce en la extensión,
vibra próxima a perderse
y ondulando va a esconderse
en las hojas del botón.

Hay, bajo el gran Oceano
un palacio soberano
que habita de noche el sol;
duermen los átomos rojos;
los corales son sus ojos
y su alcoba un caracol.

Tras los témpanos polares,
qué triste la Osa se ve;
en tanto que dura el día,
descansa la estrella fría
de un monte nevado al pie.

Toda muerte es aparente;
el sol renace en Oriente,
surge la luna del mar.
Los aires que soplan yertos,
están poblados de muertos
que van a resucitar.

Pero, en qué limbo sepulto,
en qué pétalo de flor,
en qué caracol oculto,
en qué témpano escondido,
mientras que dure el olvido,
vive, señora, mi amor?

Manuel GUTIERREZ NAJERA.

En un álbum

"La vida, según San Jerónimo, es la tentación de todos los días, y ¿quién resiste a la seducción de las cosas, sobre todo cuando las cosas que el azar pone a nuestro alcance no nos invitan al olvido de ningún deber ni a ninguna abdicación íntima? Hay en todo hombre — decía Pascal — lo necesario para perderse y para salvarse."

Rodolfo PERACCA.

LA MUERTE DE UN MÚSICO

por Isaac León PERETZ

Un esqueleto está tendido en la cama. Un esqueleto cubierto por una piel amarillenta, fina, desecada; es Mijl, el músico, que se muere. A su lado sobre un baúl, está sentada Mirel, su mujer, con los ojos hinchados por el llanto. En la estrecha habitación se encuentran también sus ocho hijos, músicos todos. Silencio, nadie habla, no hay que hablar. El médico lo ha desahuciado, y hasta Rubén, del Asilo para enfermos pobres, hombre de mucha práctica, también lo da por perdido... No habrá herencia; la comunidad cederá los sudarios y el sepulcro, y los encargados del entierro, ofrecerán una copa... Todo está claro y evidente, no hay de qué hablar. Solamente Mirel no quiere resignarse... Después de todo, ella fué a implorar a la sinagoga y ahora viene del cementerio, donde ha rezado sobre las tumbas de sus allegados. Ella cre que su esposo muere por los pecados de sus hijos. No son devotos y por eso Dios, alabado sea su nombre, les quita el padre. La orquesta pierde su corona; ningún casamiento se celebrará dignamente, sin él no habrá alegría verdadera.

Pero la misericordia de Dios es grande. Fuerza es gritar, rogar, implorar. Y ellos, los hijos, no tienen compasión. Si no fuera por sus grandes pecados ella tiene en el cielo un tío, un ''schoijet'' que ha de ocupar allí un alto lugar y no le negaría nada. Cuando vivía, siempre la acariciaba... Y ahora tampoco sería malo con ella. El se empeñaría, haría todo lo posible... ¡Pero los pecados! — grita — los pecados!

Sus hijos concurren a bailes cristianos, comen allá pan con manteca, y sabe Dios qué otras cosas!...

No llevan el amuleto de los israelitas, el ''arba-kanfos''. Y él se esforzaría en la medida posible, pero ¡los pecados, los pecados!

Los hijos no responden, miran abajo, cada cual en su rincón.

—Aún hay tiempo — gime — ¡hijos míos! ¡Hijos míos! ¡Arrepentíos!

—Mirel, Mirel, — dice el enfermo — déjalos, Mirel, todo está perdido, yo ya he cumplido mi misión. Calla Mirel, que quiero morir.

Mirel se enfurece:

—¡Ojalá te parta!... ¡Morir, quiere morir! Y yo... y yo... No, yo no te dejaré morir, tú debes vivir... Lo debes... Gritaré tanto, que el alma no podrá abandonarte.

Parece que en el corazón de Mirel se abrió una vieja y no curada herida.

—Cállate, Mirel — le suplica el enfermo — bastante nos hemos maldecido en nuestra vida común... Bastante... y antes de morir eso no debe hacerse. ¡Oh, Mirel, oh, Mirel! Yo he pecado y tú has pecado, pero, ¡en fin! Mejor sería que callaras. Yo siento que la fría muerte me sube desde la punta de los pies hasta el corazón, y que una partícula tras otra se va muriendo... No grites... Mirel... Mejor sería...

—Porque tú quieres librarte de mí — le interrumpió Mirel — ¡Oh, siempre has querido deshacerte de mí — añade llorando:—A Pesche la morena siempre la llevabas en tu corazón... Siempre decías que preferías morir... ¡Ay de mí!... Y ni ahora se arrepiente... ni ahora... ahora...

—No sólo a Pesche, la morena, — sonríe el enfermo — había muchas Pesches morenas, y blancas también, y rubias...

Pero de ti, Mirel, nunca quise sorprenderme. Una amante es una amante, es cosa de músicos... Atrae por lo curioso... ¡Pero una esposa es algo bien diferente! Son dos cosas distintas. Recordarás que cuando Pesche la morena, habló mal de ti, la aporreé en medio de la calle... Calla Mirel... calla. Una esposa es siempre una esposa, a menos que se divorcie... Y aún entonces el corazón sufre... Créeme, Mirel, sentiré nostalgia por ti... Por vosotros también, hijos míos, vosotros, me habéis hecho sufrir más de una vez... pero no importa... Eso es peculiar del violín, del lenguaje de la música... Sé que no me habéis respetado, pero que me teníais cariño. Cuando a veces tomaba una copa de más, murmurábais: ''borracho''... Así no se procede con un padre... En fin... También yo tuve un padre y no lo traté mejor... Pero, terminemos con eso... Yo os perdono...

De tanto hablar quedóse fatigado en la cama.

—Yo os perdono — volvió a decir instantes después. Se incorporó en la cama y se puso a observar a los presentes.

—Vedlos — exclamó de pronto — hundieron los ojos en la tierra como si no supieran hablar. ¿Qué? ¿Lo sentís por el padre aunque borracho, no?

El más joven de los hijos levantó la vista. Al instante sus pestañas empezaron a temblar y comenzó a llorar. Los demás hermanos lo imitaron. Un momento después la habitación se llenó de llantos.

El padre contemplaba la escena complacido.

—¡Bueno! — gritó bruscamente, con vigor renovado. — ¡Basta! Temo que yo lo sienta demasiado. ¡Basta, hijos! Obedeced a vuestro padre.

—¡Asesino! — dijo Mirel — deja que lloren, sus lágrimas pueden ayudar, ¡Dios mío!

—Silencio, Mirel — le interrumpió el enfermo — ya te he dicho que ya he cumplido mi misión... ¡Basta!... ¡Eh! Jaime, Berl, Ioine, todos vosotros! Oidme: ¡Tomad vuestros instrumentos, rápido!

Todos abrieron desmesuradamente los ojos.

—Yo lo ordeno — insistió el moribundo — yo os ruego: hacedme el bien, tomad los instrumentos y acercaos a la cama.

Los hijos obedecieron y se situaron alrededor del lecho; cuatro violines, dos clarinetes, un violoncelo, una trompeta.

—Quiero oir, cómo tocará la orquesta sin mí... — dijo el enfermo— Mirelsche (diminutivo de Mirel) yo te ruego que llames mientras tanto a nuestro vecino.

El vecino era el jefe de los encargados de los entierros, y Mirel no quiso ir al principio, pero su esposo la miraba con tanta súplica, que tuvo que obedecer. (Más tarde contó que el ''Mirelsche'' y la mirada antes de morir eran idénticas a las empleadas inmediatamente después de casarse ¿Os acordáis, hijos míos, de su dulce voz y de sus ojos?).

Entró el vecino, miró el enfermo, y dijo:

—Mirel, hacedme el favor de reunir un ''minion''. (Diez personas).

—No es necesario, — exclamó el enfermo — ¿Para qué quiero un ''minion''. Ya tengo uno: mi orquesta. No vayas, Mirel, yo no necesito de ningún ''minion''.

Y volviéndose a los hijos, dijo:

—Atendedme, hijos míos: tocad sin mí, como conmigo... tocad bien... No seáis desvergonzados en los casamientos pobres... respetad a vuestra madre, y ahora, tocadme la última confesión.

Nuestro vecino leerá la letra...

Y la pequeña habitación se llenó de música.

(Traducción de Salomón Resnick).

El rey que debió su vida a un miriñaque

Enrique IV de Francia, cuando todavía no era más que rey de Navarra, estuvo a punto de morir en la matanza de hugonotes que su cariñoso cuñado ordenó el día de San Bartolomé.

Mientras los esbirros de Carlos IX y su madre, Catalina de Médicis, buscaban al bearnés por las habitaciones del palacio del Louvre, Enrique se metió debajo del miriñaque o guardainfante, que los franceses llamaban ''vertugadin'', de su esposa, la joven Margarita de Valois, quien, cuando llegaron los asesinos, les dijo tranquilamente señalándoles la ventana: el pájaro que buscáis acaba de volar por esa ventana.

Los furiosos perseguidores se retiraron, desconcertados y mohinos, mientras el bearnés se reía bajo... capa.

A pesar del beneficio tan grande que le prestó el miriñaque, Enrique IV cometió la ingratitud de lanzar contra su uso un edicto, que, como la mayoría de las leyes suntuarias, fué desobedecido.

Cuando Puccini empeñó sus botas

Como otras muchas celebridades musicales, Puccini, aplaudido autor de "La Bohemia" y "La Tosca", hoy millonario, conoció la miseria en sus días juveniles. Cuando estaba escribiendo su primera ópera, "Le Villi", era tal su escasez de numerarios, que, de no haberle fiado la comida durante cuatro meses el dueño de un modesto restaurant milanés, quizá hubiese perecido de hambre. El dueño del restaurant llegó a cansarse de su buena obra, y hete aquí a Puccini mendigando del gobierno italiano una pensión de algunas liras al mes; pensión que, una vez concedida, permitió al artista seguir componiendo óperas.

En aquellos difíciles tiempos habitaba Puccini con otros dos o tres músicos en una guardilla inmunda. Cuando arreciaba el hambre, los tres bohemios se disputaban la vez para ir a empeñar las ropas y hasta las botas. Puccini se ganaba entonces la vida tocando el piano en un café, dando lecciones a lira el "cachet" y copiando música.

Tales fueron los principios del compositor hoy mimado de los públicos y cuya fortuna personal asciende, según parece, a más de un millón de liras.

Román **RODRÍGUEZ**
DE VICENTE y PEROJO.

Un ave que no se puede cazar

A causa del incremento que ha tomado el comercio de plumas de avestruz, el gobierno del Cabo, con el objeto de proteger el desarrollo de la industria en las granjas en donde se tienen estos animales domesticados, ha prohibido que se cacen los avestruces salvajes, vivos o muertos, o se agarren los huevos de sus nidos, bajo la pena de 500 francos de multa, o seis meses de prisión, lo mismo en tierras públicas que privadas, siempre que no haya mediado licencia del propietario o del gobierno, según el caso.

Importancia del azufre

Uno de los porductos químicos más importantes en tiempo de paz, y más aún en tiempo de guerra es el ácido sulfúrico. Sucede con frecuencia, sin embargo, que se habla y escribe acerca de este producto sin hacer mención de los componentes o substancias que forman su composición. Si no fuera por los grandes depósitos de azufre que tiene en los tiempos actuales esta nación, el procedimiento que se ha seguido en la prosecución de actividades, en tiempo de guerra, hubiera tenido que ser variado por completo. Sin pretender entrar en discusiones acerca de los varios usos del ácido sulfúrico, diremos que no hay una sola clase de explosivo que no requiera el uso de este ácido. Podemos, por lo tanto, considerar como un aliado nuestro que nos ha ayudado a ganar esta guerra, al simple e inostentoso ácido sulfúrico. El azufre se conoce desde tiempos muy remotos, y es depositado por los gases que emanan de los volcanes. A esto se debe, probablemente, la creencia de que en el centro de la tierra existe "un lago ardiente de fuego y azufre". Hasta hará poco, todo el azufre que se usaba en el mundo era traído de Sicilia, una isla en la parte meridional de Italia. En este sitio se encuentran grandes cantidades de azufre, mezclado con piedra caliza, tierra y otras impurezas. Era minado y luego separado de las demás impurezas, apilando bloques de azufre en montones, y metiéndolos en una excavación honda, cuyas paredes eran moldeadas de yeso, y después se cubría el todo con polvo volcánico para impedir que el aire penetrase, siendo luego inflamado. Entonces, el montón empezaba a arder lentamente, y aproximadamente la mitad del azufre se quemaba, saliendo la otra mitad filtrada al exterior, derretida por el calor. Este procedimiento era del todo inconveniente, pues no sólo desperdiciaba un 50 % del azufre, sino que originaba humaredas que perjudicaban grandemente los campos inmediatos, poniendo en peligro la vida vegetal y animal. Se sabe que han habido casos en que estas humaredas han destruído por completo todos los árboles y demás vegetación de la redonda, en una distancia de varias millas. Los Estados Unidos, que eran un magnífico mercado para este producto siciliano, ahora producen azufre en suficiente cantidad para atender a las necesidades de la nación, y más aun, sobra para exportar todos los años una buena cantidad. Sin embargo, las demandas del gobierno durante la guerra requirieron toda la producción de azufre para dedicarla a las industrias relacionadas con la misma. Actualmente se hallan grandes depósitos de azufre en los Estados Unidos; en Nevada, Wyoming, Utah, Louisiana y Texas. Los depósitos existentes en los estados del Oeste, no son tan grandes, y por varias razones no han sido aún acondicionados para producir grandes cantidades a bajo costo. Los depósitos existentes a lo largo del golfo de Méjico, están a 500 pies bajo nivel y, además, vienen mezclados con yeso, que es un material alcado. La tierra que cubre estos depósitos de azufre es arena movediza, y probó ser un gran inconveniente para minar, según se demostró después de varias tentativas que fallaron. Eventualmente, Herman Frasch, notable químico americano, inventó un ingenioso aparato para la extracción del azufre. Con dicho aparato se abren orificios en la arena que cubre los depósitos de mercurio, los que llegan hasta el fondo de la capa del mismo. Las capas de diez de ellos tienen un espesor de 200 pies, y cubren un área de varias millas cuadradas. Los pozos son utilizados para introducir en ellos un tubo de unas 10 pulgadas, que contiene a su vez otros tubos, en número de tres. Agua calentada a 167 grados centígrados (332,6 Far.) es introducida a presión por el tubo de 6 pulgadas hasta el sitio en donde está el azufre, para derretirlo. Aire comprimido, caliente, es hecho circular a presión, por el tubo de una pulgada, y se mezcla con el azufre derretido, haciendo disminuir su densidad, fermentándolo como la levadura fermenta el pan y haciéndolo más ligero. El azufre es elevado a la superficie por el tubo de tres pulgadas, por la presión de una columna de agua caliente combinada con la del aire comprimido. Una serie de coladores, en la parte inferior de estos tubos impide que la tierra y otras materias sean absorbidas hacia arriba. El azufre derretido es hecho pasar por una tubería a unos enormes arcones de una altura de 50 pies, construídos de planchas de madera basta, en donde se enfría y forma un bloque de azufre puro, que algunas veces pasa de 100.000 toneladas. El bloque se rompe con dinamita, es entonces cargado con palas de vapor y expedido. El azufre tiene muchos usos importantes. Pasteur encontró que el azufre dividido con finura era muy efectivo en destruir toda clase de parásitos en árboles y viñedos, y es usado también como un constituyente de rocíos. Se usa también como desinfectante y para blanquear lanas, asimismo en la manufactura de pólvora y juegos de fogueo. Uno de los más importantes usos del azufre es el que se le da en la manufactura de caucho macizo.

La utilidad de los perfumes

No es únicamente su agradable olor lo que hace dignos de estima los perfúmes, sino también otras muchas propiedades, algunas de las cuales vamos a describir.

Un simple pañuelo impregnado de perfume puede, en época de epidemia, evitar el peligroso contagio.

Los antiguos no ignoraban las virtudes de los buenos perfumes, y un escritor latino cita más de cien que son al mismo tiempo remedios para ciertas enfermedades.

La esencia de violeta ocupa el primer rango, si bien es necesario que su esencia sea pura y extraída de la misma flor.

La costumbre de nuestras abuelas de perfumar las sábanas con espliego, no era sólo por agradar a los que se posaban entre ellas, sino para favorecer su descanso, pues, según se dice, la lavanda calma los nervios y excita el sueño.

El jazmín posee también propiedades medicinales por su olor.

Los escritores de otros tiempos lo recomiendan como tónico, pero hacen constar que si solo es beneficioso, al ser mezclado se convierte en muy perjudicial, fatigando los nervios y siendo susceptible de producir una penosa depresión y decaimiento.

El tomillo se considera como un poderoso tónico, el cedro y el palorrosa son muy confortantes, de la misma manera que el musgo y la violeta tienen virtudes calmantes.

El agua de Colonia legítima es, asimismo, un fortificante.

Sin embargo de todo esto, nosotros participamos de la misma opinión de un escritor francés del siglo XVIII, quien decía: "Oler bien y oler mal son los dos extremos opuestos; el término medio está en la limpieza, la cual consiste en no oler a nada".

EL PRIMER TRAJE DE LUTO



Cuando Eva enviudó...

Cómo se hace el rapé

Pocas personas han visto una fábrica de rapé ni tienen idea de cómo se hace este producto, a que tanta afición tenían nuestros abuelos de ambos sexos.

El tabaco destinado a la fabricación de rapé se deja fermentar mucho más tiempo que el que se destina a los fumadores, y una vez que ha llegado al punto de fermentación requerido, se muele y se pasa por tamiz. Los molinos que se emplean son como los de café, aunque más grandes; algunas fábricas tienen funcionando hasta sesenta de estos aparatos.

A medida que va moliéndose, el tabaco cae sobre una ancha banda de lienzo, sin fin, que lo lleva hasta los tamices, dispuestos en cuatro series, según su diferente calibre. De los tamices, pasa el rapé a otra banda sin fin, y va a parar a un cuarto pequeño, donde se completa la elaboración. Las partículas demasiado gruesas que quedan sobre los tamices, se meten de nuevo en el molino para hacerlas más finas.

Hay muchas clases de rapé, que los fabricantes obtienen mezclando y moliendo juntos tabacos de diversas procedencias; estas combinaciones constituyen una verdadera ciencia. El mejor rapé es el que se hace con el más fuerte tabaco de Virginia.

La única manera de que le abran la puerta

—¡Hombre!, que es tarde; ¿crees que tu mujer te va a abrir cuando te vayas a casa?

—Claro que sí. Voy a rasguñar la puerta y voy a aullar. Así ella va a creer que dejó su perro afuera.

EL COMODORO ISAAC HULL

por Carlos W. STEWART

Isaac Hull fué el bravo y experto capitán que arrancó la famosa nave "Constitution" de las garras de la muerte cuando se encontraba casi enteramente rodeada por un escuadrón inglés a la altura de Nueva Jérsey, en julio de 1812; y un mes después, con la misma nave, oficiales y tripulación capturó y quemó la fragata inglesa "Guerrière", constituyendo ésta la primera victoria notable de aquella guerra.

Aun considerada independientemente como proeza, la caza, escape y victoria de la "Constitution", en julio y agosto de 1812, es uno de los acontecimientos más importantes en la historia de nuestra marina, por cuanto infundió confianza en sí mismos a nuestros oficiales y tripulantes, inculcando en la mente del pueblo aquella fe tan altamente merecida en la eficiencia de nuestra armada.

No solamente es deber de honor y gratitud perpetuar los nombres y hazañas de los valientes, sino que es virtud indispensable para toda nación que desea sostener su fama y mantener sus prerrogativas.

Isaac Hull nació en Derby, Connécticut, el 9 de marzo de 1775, y entró en la marina mercante a la edad de doce años; fué capitán de buque a los diecinueve; ingresó como teniente a la armada de los Estados Unidos, el 9 de marzo de 1798; sirvió como cuarto teniente en el primer viaje de la "Constitution", de 1798 a 1799; y como primer teniente, virtualmente como capitán, en su segundo viaje, de 1799 a 1801.

En la guerra de los dominios de Barbería, Hull fué el primer teniente en el "John Adams", navío almirante de Rodgers, en 1802; comandó la "Enterprise" en 1803, y el "Argus" desde 1803 hasta 1806, tomando parte principal en las batallas de Trípoli y Derne; regresó a los Estados Unidos con el grado de capitán; tuvo el mando de la "Constitution" de 1810 a 1812; fué comisionado de marina en 1815; comandó la flota del Pacífico, el arsenal marítimo en Wáshington y el escuadrón del Mediterráneo.

El comodoro Hull murió en Filadelfia el 13 de febrero de 1843, y descansa bajo un pesado monumento en el cementerio de Laurent Hill.

Con la sangre y tradiciones de una larga línea de antecesores de la familia Hull: el juez Richard, el reverendo doctor John, tres capitanes nombrados Joseph, su padre el teniente Joseph, y sus respectivas consortes, pertenecientes todos a las primeras familias del mundo occidental, heredó Isaac el valor y las virtudes de seis generaciones.

De la historia aparece que Hull estuvo siempre en combates.

El 11 de mayo de 1800, el teniente Hull, con noventa esforzados marinos y oficiales de la "Constitution", entró en Puerto Plata, República Dominicana, en la goleta "Sally" y atacó por sorpresa al "Sandwich", buque corsario francés. Al rayar el alba la "Sally" se deslizó perezosamente al costado del "Sandwich", y los norteamericanos se lanzaron como gatos monteses al abordaje del corsario. Todo se realizó rápida y silenciosamente. En seguida Cármick y Amory desembarcaron en los botes y clavaron los cañones de los fuertes. El "Sandwich" zarpó rumbo a Nueva York, sin detrimento alguno, bajo la bandera de los Estados Unidos. Desgraciadamente, el acto era ilegal y no fué concedida la prima. Se había violado la neutralidad de un puerto español; mas, con todo, la captura fué una notable proeza.

El 21 de junio de 1803, Hull, al mando de la "Enterprise", sorprendió cerca de Trípoli y condujo al puerto un crucero enemigo dos veces más grande que su barco, pidió ayuda al "John Adams" por medio de señales y se mantuvo en las cercanías para evitar que llegaran refuerzos. El crucero hizo explosión bajo el fuego cerrado en el momento en que arriaba la bandera.

Durante el ataque de Trípoli, en agosto 3 y 5 de 1804, dos divisiones de cañoneras, procediendo en parte bajo la dirección de Hull, lanzaron un ataque terrorífico sobre los barcos enemigos en sangriento combate cuerpo a cuerpo. Las seis cañoneras norteamericanas estaban al mando de Richard Somers, James Décatur, Joshua Blake, Stephen Décatur, Joseph L. Báinbridge y John Trippe. En esta acción Stephen Décatur, seguido de Jónothan Thorn y Thomas Macdónough y los tripulantes norteamericanos, tomó un barco enemigo con una tripulación de treinta y seis hombres, de los cuales cayeron treinta y uno, entre muertos y heridos. Los corsarios de Barbería habían inspirado siempre gran temor, porque se lanzaban al abordaje con ímpetu terrible y agudas espadas con que victimaban a sus adversarios. Encontráronse, sin embargo, con que los norteamericanos eran competidores que los aventajaban, porque en casi todos los asaltos por el estilo del de Trípoli, quedaron victoriosos.

Tales fueron la época, la escuela y la educación que modelaron en héroes a nuestros marinos, infundiéndoles aquel espíritu caballeresco de la vieja armada que aun subsiste entre nosotros.

La batalla entre la "Constitution" y la "Guerrière".

La "Constitution" escapó de la escuadrilla del comodoro Broke y ancló en Boston el 26 de julio, de donde informó a Wáshington y a Nueva York de su feliz arribo. Permaneció allí una semana hasta que supo que no tenía correspondencia en Nueva York, zarpando el 2 de agosto. Al día siguiente de su partida llegó a Boston la orden de permanecer en el puerto hasta nuevo aviso, pero no alcanzó a Hull, quien escribía el mismo dos de agosto al departamento de Marina:

"Tomaré sobre mí una responsabilidad que quisiera evadir... Mi tripulación es ahora vigorosa, pero necesita ejercicio."

La "Constitution" bordeó las costas de Nueva Escocia, capturó y destruyó dos buques mercantes ingleses, llegó a la altura del cabo Race hacia el 15, informándose por los buques capturados de que la escuadra de Broke se hallaba cerca. Dirigiéndose al sur, encontró Hull al corsario "Decátur" el 17 de agosto, con las nuevas de que una fragata inglesa navegaba rumbo al sur: y continuando su ruta avistó el 19 de agosto, a las 2 de la tarde, a los 41° 42' de latitud norte y 55° 48' de longitud oeste, la fragata británica "Guerrière", al mando del capitán James R. Dacres, quien había escrito el 16 de agosto, en la tabla de guíndola del buque mercante "John Adams", el siguiente reto:

El capitán Dacres, comandante de la fragata "Guerrière", de cuarenta y cuatro cañones, de su majestad británica, presenta sus respetos al comodoro Rodgers, de la fragata "President", de los Estados Unidos, y tendrá mucho gusto de encontrar a la "President" o a cualquiera otra fragata norteamericana de igual fuerza a la altura de Sandy Hook, con el propósito de tener unos cuantos minutos de "tête-à-tête".

Aquellos minutos de "tête-à-tête" habían llegado.

El tiempo estaba nublado, con fresca brisa noroeste. La "Guerrière llevaba rumbo este-sudeste y la "Constitution" se lanzó rápidamente tras ella con viento a la cuadra de babor. Ambos barcos se dirigían al este. Cuando la "Constitution" estuvo cerca, Hull ordenó arriar las velas ligeras, tomar rizos a las gavias, y a las 4.45 de la tarde, hizo tocar a generala. En la gavia de la "Guerrière" veíase escrita en letras gigantescas esta frase burlona:

NOT THE LITLLE BELT
(No el "Little Belt")

aludiendo al tiempo en que Rodgers, con la "President", encontró el 16 de mayo de 1811 al "Little Belt", buque de su majestad británica en las aguas de Chésapeake, empeñándose en un combate que dejó treinta y dos muertos y heridos en el barco inglés.

A las cinco de la tarde la "Guerrière" izó la bandera inglesa con la cruz roja al tope de los mástiles. A las 5.20 Hull enarboló la bandera de los Estados Unidos y la bandera de la marina en la proa y en el mastelero del juanete mayor, y dijo a sus hombres: "No disparéis a la ventura".

La "Constitution" se acercaba. Veíase mucho movimiento en la "Guerrière", que principiaba a hacer fuego. La tripulación norteamericana, habiendo cargado sus cañones con do-

Sistema para adelgazar

Uno de los mejores regímenes para adelgazar es el siguiente:

Después del desayuno que se tenga por costumbre, se tomará una taza de agua "templada" o una taza de infusión, poco concentrada, de té e igualmente "tibia", y sin azúcar; debiendo pasear o estar de pie durante treinta o cuarenta minutos.

A mediodía, el individuo objeto de este régimen, tomará carnes asadas de preferencia, legumbres cocidas en ensalada, pan en pequeña cantidad y proscribirá de su mesa los feculentos y farináceos, las salsas y toda clase de alimentos y bebidas muy azucarados, pudiendo substituir el azúcar para endulzar las bebidas y alimentos con la sacarina pura, en pequeña cantidad, como hacen los diabéticos. Después de esta comida volverá a tomar otra taza de agua "tibia" y se dará un paseo de media hora.

A las cinco de la tarde tomará nuevamente agua templada, sin azúcar, y se dará otro paseo.

A la noche, de siete a ocho de la misma, cena frugal, compuesta de alimentos semejantes a los de la comida del mediodía, seguida de la ingestión de otra taza de agua tibia y sin azúcar o de infusión ligera de té.

Si a esto se une el usar cualquiera de los muchos preparados a base de iodo que hoy se preparan, como la iodona, iodine, iodalosa, iodosa, etc., o las tabletas de fermentos orgánicos de glándula tiroides, tituladas tirodina y tiroyoidina, completan el tratamiento.

Y también es de recomendar el amasamiento (masaje) del vientre y espalda, y las fricciones hechas con guantes de crin, empapadas en agua de Colonia o en alcohol de romero, en las regiones citadas anteriormente.

Pedro CERNADAS.

ble tiro, estaba impaciente por comenzar el ataque.

Cuenta la historia que el teniente primero Charles Morris subió a cubierta y dió parte de que el enemigo había hecho fuego y matado a dos hombres. "¿Contestaremos el fuego?" "No, señor", replicó Hull.

Pronto regresó con el mismo informe y la misma pregunta. "No, señor", fué la misma respuesta. Por tercera vez se acercó Morris insistiendo en su petición. Hull se detuvo un momento, dió una mirada al enemigo que se hallaba dentro del radio de doscientas yardas, y respondió: "Sí, señor, "ahora" pueden comenzar el fuego". La descarga fué inmediata y formidable. Volaron astillas de la "Guerrière", llegando como una nube hasta el tope del palo de mesana. La batalla principió a las 6.05. A las 6.15 el mástil de mesana de la "Guerrière" cayó sobre el cuarto de estribor con gran estruendo, y alguien de la "Constitution" gritó: "¡La convertimos en bergantín!"

Los buques se hallaban tan próximos que el bauprés de la "Guerrière" estuvo algunos minutos atravesado sobre el castillo de popa de la "Constitution". Hull ordenó a los hombres de popa que se lanzaran al abordaje, cosa difícil de realizar a causa del bauprés que subía y bajaba con el movimiento de las olas.

Dacres recibió una herida en la espalda a la cabeza de sus hombres. Hull se encaramó sobre una cómoda para dirigir el abordaje, pero un marinero le tiró hacia atrás rogándole que no lo intentara "a menos de quitarse los adornos', refiriéndose a las charreteras. El teniente Morris quedó gravemente herido; el teniente de marina, Bush, fué muerto; el joven Alywin herido. Hull tenía siete marinos en cada cofa; seis de ellos cargaban los fusiles y el mejor tirador hacía fuego. La pérdida mayor de vidas tuvo lugar en aquel momento.

Los buques se separaron sin abordaje y la "Constitution" siguió en sus descargas. A las 6.30 de la tarde, el palo de trinquete de la "Guerrière" cayó sobre el lado de estribor arrastrando consigo el palo mayor. La "Constitution" se alejó un poco con el objeto de reparar algunos pequeños desperfectos en su aparejo, y a las siete estaba de nuevo lista para el combate. Dacres vió que regresaba y a eso de las siete de la noche hizo disparar un cañón a sotavento en seña de rendición y la bandera de marina fué arriada del trozo que quedaba del palo de mesana.

El teniente George C. Read fué enviado a la "Guerrière" para conducir a Dacres a la "Constitution". Cuando el comandante inglés llegó al costado del buque, Hull exclamó: "Dacres, apóyese en mi mano; sé que está usted herido." Al rendir Dacres su espada, Hull rehusó aceptarla, diciendo: "¡No, no; no recibiré la espada de quien tan bien sabe usarla, pero le reclamaré a usted ese sombrero", atendiendo a una apuesta sobre el resultado del combate entre ambos buques.

Hull encontró la "Guerrière" tan malamente averiada que decidió quemarla, ofreciendo al capitán salvar todo aquello que tuviera interés en conservar.

Dacres pidió la Biblia de su madre, que guardaba en su camarote, la cual le fué entregada. También sacaron del camarote del capitán dos cuadros al óleo que Mr. Isaac Hull Platt obsequió al departamento de Marina, y que fueron colocados en 1912 a bordo del navío "Constitution" de los Estados Unidos, en Boston.

Fué ésta una gloriosa victoria. El congreso otorgó a Hull una medalla de oro, y a los oficiales y tripulación cincuenta mil dólares. Las ciudades ofrecieron al vencedor retratos, espadas y objetos de plata; Filadelfia le obsequió una gran urna del mismo metal. Connécticut, por decreto legislativo, le presentó una espada con empuñadura de oro y pistolas incrustadas de oro; cada pistola llevaba grabada en placas de oro la caza de la "Constitution", y la guarnición de la espada llevaba esculpida en ancha lámina de oro la batalla entre la "Constitution" y la "Guerrière". La urna obsequiada por Filadelfia y la espada y pistolas donadas por Connécticut se conservan en las oficinas de la secretaría de Marina.

La "Constitution" había sido construída de roble verde de Georgia, roble blanco, cedro rojo y pino de tea. Se cuenta que durante el combate chocó una bala contra el duro maderamen de roble del buque, resbalando al agua sin producir el menor daño. Un marinero gritó: "¡El barco es invulnerable; tiene costados de hierro!" De allí proviene el nombre de "Old Ironsides" (Vieja de costados férreos) que se dió en adelante a la "Constitution".

La victoria de la "Constitution" sobre la "Guerrière" se ha celebrado en canciones, en la historia y en las tradiciones de la marina. Obtuvo el triunfo la pericia de los oficiales y el vigor de los marineros que formaban la dotación del buque, cuyo rápido manejo de los cañones producía incesantemente una lluvia de fuego irresistible. El buque norteamericano disparó cerca de veintisiete mil libras de balas y metralla con sus cincuenta y cinco cañones. El buque inglés tenía cuarenta y nueve cañones. Comparando el poder de ambos navíos, la "Constitution" y la "Guerrière", puede estimarse en proporción de 100 por 85; las pérdidas a razón de 78 por 14, o sea 100 por 18. Los daños no eran comparables, porque uno de los barcos quedó completamente destruído, en tanto que el otro estuvo listo en una hora para nuevas hazañas.

Hull era modesto. Rindió a sus oficiales y marina el mérito y alabanzas que merecían. En una comida ofrecida a los oficiales de marina, en que se aclamaba como grandes hombres a los vencedores, se propuso el siguiente brindis: "¡Al modesto Hull! ¡El guerrero vencido, que no levanta la cresta!"

PERRO FINO



—Se lo vendo por poca plata. Es un perro de raza noble.
—¿De raza noble?
—Tan noble que si pudiera hablar no nos dirigiría la palabra a ninguno de los dos.

Animales a prueba de sed

Créese generalmente que el camello es, de todos los animales, el único que puede estar largo tiempo sin beber agua. Sin embargo, no es así. Hay otras muchas bestias capaces de pasarse semanas, meses y aun años sin remojar sus fauces. Citemos en primer término la oveja del árido noroeste norteamericano, la cual no prueba el agua, durante el invierno, en dos meses o más, bastándole para sus necesidades orgánicas la humedad de la hierba pastada.

El pécari, o cerdo silvestre, del Desierto de Sonora, habita en pelados montículos donde no existe ni una gota de agua; razón por la cual se está meses enteros sin saber lo que es ese líquido. La única humedad que puede obtener es la que contienen las raíces y frutas de que se alimenta.

Pero el caso más admirable de resistencia a la sed la ofrece la rata kanguro de Nuevo Méjico, el más común de los roedores del desierto. De él se sabe, por los experimentos a que ha sido sometido en cautividad, que puede pasar sin agua hasta tres años, aun estando sujeto a exclusiva alimentación seca. ¿De dónde se procura tan pasmoso animalejo la humedad indispensable a sus tejidos? Es este un problema que aún no han podido resolver los naturalistas.

Las cosas más grandes del mundo

El mayor Banco existente se halla en Londres; el mayor templo, en Roma; la mayor Bolsa de Comercio, en Nueva York; la construcción metálica más elevada, en París; la mayor fábrica de tabacos, en San Luis; el mayor puente colgante, en Nueva York; el mayor hospital, en París; la mayor construcción de piedra, en Egipto; la mayor catarata, en Africa; los mayores jardines públicos, en París; el río mayor, en la América del Sur; el mayor monumento, en Wáshington, y la mayor fábrica de cañones, en Essen.

Donde se castiga a las viudas

Quedarse viuda es cosa tristísima para una mujer en cualquier parte del mundo, pero debe serlo mucho más en ciertas tribus de Madagascar, donde existe la fea costumbre de maltratar horriblemente a toda la que tiene la desgracia de perder a su marido.

Entre los sijanacas, pueblo que vive en la parte oriental de la isla, la mujer que se queda viuda se viste con sus mejores galas y espera en la casa mortuoria a que regresen los amigos que han ido al entierro del difunto. Tan pronto como éstos se encuentran de vuelta en la casa, arrójanse sobre la infeliz, le arrancan sus joyas, le hacen trizas la ropa, la escupen, la abofetean, le tiran a la cabeza un cacharro roto y la llenan de los más soeces insultos. Ella no puede quejarse, aunque todo el mundo está autorizado para maltratarla.

Tan extraña manera de dar el pésame no es cosa de un momento; a veces dura meses enteros, y aun años. Después se procede a un divorcio en regla, por medio del cual la viuda es separada de los restos de su marido.

Según parece, tan extraña y poco humanitaria costumbre se debe solamente a que entre los sijanacas existe la creencia de que la muerte de un hombre es siempre debida al mal carácter de su mujer.

"El Avisador Mercantil"

Este estimable colega de la mañana acaba de entrar en su vigésimotercer año de vida periodística, rodeado de sólidos prestigios conquistados en buena lid.

Con motivo del fausto suceso, "El Avisador Mercantil" ha editado un número de cerca de doscientas páginas nutridas de información referente al movimiento industrial y comercial habido en el país y a nuestra producción nacional en 1919, datos que aparecen ilustrados con numerosos cuadros estadísticos sobre la materia.

Al expresar nuestra felicitación al colega, formulamos los mejores votos por su prosperidad.

BUENA MEMORIA



—¿Está tu mamá en casa? Vengo con el recibo del alquiler.
—Mamá ha salido y se ha olvidado de dejar la plata.
—¿Cómo sabes que se ha olvidado?
—¡Si ella misma me lo dijo!

¡ATARI!... [1]

(Leyenda montañesa)

Mamaita huañocheranco.

—*Atarí! atarí!*, mi madre,—
gritó el pequeño huanaco,
en su agorero relincho
agudos alertas dando.
El aire de las yaretas
algo le dijo de extraño,
algo que nunca supieron
suncho y salvias y cardos.
—Mira, mira, allá muy lejos,—
dijo, trepando un peñasco,
y recorriendo, una a una,
las sendas de los collados.
Luego, oyó vagar un ruido,
como confuso aletazo,
como el gotear en las grutas
la humedad del Ambato,
como el caer de la nieve
sobre las hojas del payco.
Brilló en la senda un escudo,
cual ojo de agua en los pastos,
y, como escamas de estrellas,
brillaron yelmos y cascos.
No eran las armas del indio,
ni sus vistosos penachos
de grises plumas de suri,
ni sus cetros venerados,
ni sus arreos de pieles,
aquello que vió el huanaco:
ni resplandece el Llastay,
ni hay Supays de rostro blanco.
—Ya suben, suben y suben...
ligerito, al trote largo,—
dijo el teke, y un relincho
lanzó agudo dando un salto.
—Calla, calla, ¡oh, hijo mío!...
no delates nuestro campo
a los dientes de la llama
y a los cuernos del venado:
flor de cardón están viendo;
ven a gustar de mis pastos...
Y aparecieron, de súbito,
interrumpiendo aquel diálogo,
los ardientes Viracochas,
como legión de relámpagos,
e hirieron sus arcabuces
a la madre del huanaco.
—¡Huye! ¡huye! ¡teke, teke!...
dijo el rumiante expirando,
y por sendas ignoradas,
por mesetas y collados,
corrió, gritando el pequeño:
¡a mi madre la mataron!...

Cuentan hasta hoy en las cumbres
donde pacen los huanacos,
que al hallarse el indio solo,
como un clamor del pasado,
murmura el agua que brota,
dicen la peña y el árbol,
y el aire, si sólo hay cielo:
¡a mi madre la mataron!...

Adán QUIROGA.

(1) Cuidado, atención.

Los gallos de cola larga del Japón

A Hipólito Irigoyen, ex maestro de los de riña, admirativamente.

Entre las muchas cosas raras que se encuentran en el Japón, una de las más curiosas son los gallos de larga cola, en los cuales las plumas caudales, ya de suyo largas en los machos de todas las gallináceas, adquieren proporciones desmesuradas. Estos gallos no constituyen una especie particular, sino que son uno de tantos productos del caprichoso ingenio de los nipones. Solamente se encuentran en la provincia de Tosa, y según parece la raza debe su origen a que los príncipes de dicha provincia tenían por emblema heráldico largas plumas de gallo. Como en los tiempos feudales se empleaban estas plumas para decorar las lanzas de ceremonia del séquito de estos príncipes, era costumbre ofrecer a los agricultores crecidas sumas para que proporcionasen estos adornos, y al mismo tiempo hubo príncipe que admitió manojos de plumas como tributo, lo cual hizo que los criadores de gallos, en su emulación para complacer al señor, llegasen a obtener colas de diez metros de longitud.

Todavía hoy en las ciudades de Tosa se ven en las carnicerías largas colas de gallo, reliquia de las aves que se han despachado en la tienda, y en muchas casas se encuentran cuadros representando la curiosa raza en sus varias castas, pintadas al vivo.

Los príncipes de Tosa no solamente premian a los criadores de gallos, sino que castigan a los que sacan estas aves fuera de la provincia o revelan los procedimientos de su cría, que hasta hoy son un secreto aún para el resto de los japoneses. Probablemente, los gallos de Tosa son de origen coreano y debieron ser introducidos en el Japón hacia el siglo VII; pero entonces tenían la cola como cualquier otro gallo; su alargamiento no empezó a cultivarse hasta el siglo XV. Hoy existen tres tipos de esta raza: el "kikei" (gallo color de fuego), de rojizo plumaje; el "shira fuji", de espalda y collarín blancos, y el "shiro" (blanco), que es un albino. Las plumas de la cola no se alargan por igual en todos los gallos; los japoneses aprecian tanto más al ave cuanto mayor sea el número de plumas alargadas; un gallo con veinte plumas de a tres metros vale más que el que tiene cuatro plumas de cinco o seis metros cada una. La variedad más apreciada es la enteramente blanca.

Sospéchase que para obtener estas colas fenomenales, los criadores de Tosa someten sus gallos a un régimen alimenticio especial, que detiene la muda y hace que, en vez de caer la pluma y ser substituída por otra, crezca indefinidamente. Sin embargo, todo cuanto se diga acerca de este punto es mera suposición, pues ya se sabe que los japoneses se niegan a revelar el secreto. Lo único que se sabe de cierto es que estos gallos suelen tenerse encerrados en jaulas muy estrechas, lo cual también parece influir en la curiosa modificación de la cola.

Dr. PUGNALIN.

Los conejos, dice un naturalista, tienen el rabo blanco para que los pequeñuelos puedan seguir a sus madres en caso de huida. El color de los conejos es tan parecido al del suelo, que sin esa circunstancia les sería casi imposible a las crías seguir a sus madres.

El título de "almirante" tiene su etimología en una frase árabe que significa "gobernador del mar".

LOS GRANDES NOVELISTAS ESPAÑOLES



Vicente Blasco Ibáñez, actualmente en Estados Unidos, a quien el periódico "Chicago Tribune" ha pedido seis cuentos, abonándole la bonita cantidad de dos mil dólares por cada uno de ellos.—Caricatura por Massaguer.

ANÉCDOTAS DE CLEMENCEAU

Como al principio de la guerra los senadores manifestaran a Clemenceau extrañeza de que el presidente de la República no hubiese hecho un llamado a su indomable patriotismo para formar un ministerio, "el Tigre" contestó:

—Les agradezco a ustedes que reconozcan mis cualidades y, francamente, yo aceptaría la misión de constituir un gabinete. Pero, ¿dónde hallar doce buenos ogros como yo, enérgicos, como ustedes dicen, y dispuestos



a dejarse fusilar si no lograran la victoria?...

Por otra parte, Clemenceau, en esa época no deseaba el poder, y refiriéndose a las campañas que llevaba a cabo en su diario, agregó:

—Además, mi tarea no está todavía terminada.

—Ciertamente — dijo un senador— usted tiene un ministerio más importante que cualquier otro: el de la opinión pública. ¡Consérvelo!

—Haré lo posible—replicó el terrible director de "L'Homme Enchaîné".

Invitado a comer cierta vez por el alcalde de un pueblo del Paso de Calais, pueblo que visitaba, el citado alcalde, negociante en vinos y muy

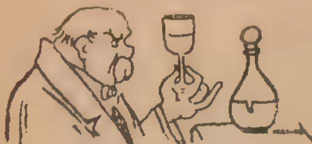


aficionado a ellos, le preguntó al principio de la comida.

—¿Qué le sirvo? Vino rojo o vino blanco?

—Gracias—contestó Clemenceau—yo no bebo nunca sino agua. Y señalando la roja nariz de su huésped, agregó: Y Vd. debería hacer lo mismo.

Efectivamente: Clemenceau no bebe más que agua; agua absolutamente pura. Un día, en la cámara de Diputados, mientras se hallaba en la tribuna quiso, a mitad de un discurso, humedecer sus labios en el clásico vaso puesto al alcance de todo orador. Pero no se había tenido tiempo



de cambiar el vaso del precedente orador, y "el Tigre" tragó un buche de agua azucarada, lo que provocó en él una horrible mueca de disgusto.

—¿Qué es esto que me han hecho beber?—gruñó.—¿Es que alguien tiene ganas de envenenarme?

Uno de sus fieles amigos se presenta un día en su gabinete de estudio en el momento en que trabaja.



—¿Qué deseas? — pregunta rudamente al visitante presentándole dos dedos de su mano derecha.

—He venido tan sólo a estrechar tu mano—contesta el amigo.

—Bueno—replica Clemenceau, con tono brusco y afable a la vez.—Ya lo has hecho. Puedes marcharte...

Al recibir a una delegación rumana que acudía a verlo, cuando Marghiloman hacía lo posible en Bucarest por servir la causa del Kaiser y porque Bratiano fuera perseguido, Clemenceau dijo a los delegados estas textuales palabras:



—Ante vuestra delegación, yo me pongo de pie; ante el pueblo rumano me saco el sombrero, pero ante vuestro gobierno me lo vuelvo a poner.

Y fueron éstas las únicas palabras que "el Tigre" se limitó a pronunciar.

A pesar de ser ministro de la Guerra y de poder disponer, en razón de tal cargo, de magníficas habitaciones para su vivienda particular en el inmenso palacio del bulevar Saint-Germain, Clemenceau tiene su domicilio



en el piso bajo de una modesta casa de la calle Franklin, en Passy.

Como alguien le preguntara por qué no aprovecha de las residencias que el protocolo le acuerda, contestó:

—¡No me gustan las casas amuebladas!

Una de las frases más hermosas de Clemenceau, es la que lanzó desde lo alto de la tribuna de la Cámara de



Diputados a sus adversarios, que pretendían derribarlo del poder.

—Yo no estoy aquí — exclamó — para hacer política. ¡Yo hago la guerra!

A un joven ministro del gabinete Clemenceau, le decían sus amigos:

—¡Es cosa muy agradable debutar en un ministerio como este!

—Sí — contestó el secretario de Estado — algunas veces uno tiene



suerte en su vida. Yo he tenido ésta, y me considero muy feliz.

En seguida, los amigos quisieron enterarse de algunos "datos" interesantes que él, en su calidad de ministro, debía conocer.

—Yo no sé nada — declaró. — Hoy que las cosas van bien, en el Consejo de Ministros estamos tan enterados como cuando las cosas iban mal.

M. Cheron se presenta de pronto, bruscamente, en el gabinete de trabajo de Clemenceau.

—Querido presidente — dice — se me ha ocurrido una idea maravillosa.

Al oir esas palabras, Clemenceau levanta ambos brazos por encima de



su cabeza y en un tono de voz suavemente cómico, grita:

—"¡Kamerade! ¡Kamerade!"

Y luego agrega con sorna:

—Amigo Cheron, el armisticio ha sido firmado.

En la entrevista ya por siempre histórica, un radical pronunció el nombre de la Sociedad de las Naciones.

Clemenceau gritó:

—¡La Sociedad de las Naciones! Sí,



efectivamente, ya me doy cuenta; yo no pido sino eso!...

Y golpeando en su cartera agregó:

—Aquí está, dentro de esta cartera... Lo que sí, no sé cómo hacer para lograr que salga.

Un domingo, aniversario del día en que se formó el Gabinete Clemenceau, los subsecretarios de Estado y los comisarios del gobierno acudieron a felicitar al "Tigre".

Clemenceau les agradeció, con palabra emocionada, la visita.

Al salir los visitantes del despacho del Presidente del Consejo, llegó



jadeante, todo sofocado y avergonzado por el atraso, M. Claveille, ministro de Obras Públicas, quien precipitándose sobre Clemenceau, estrechó a éste las manos muy efusivamente, diciéndole:

—Señor presidente, le ruego que me disculpe si me he demorado algo; yo...

—Sí, ya lo sé — le interrumpió sonriendo Clemenceau — hay crisis de transportes, ¿no es así?

¿Cuál es la temperatura de la luna?

Es aun objeto de numerosas discusiones la temperatura de la superficie de nuestro satélite. Este asunto ha dado lugar a varias digresiones desde varios puntos de vista.

Sir John Herchel y lord Rosse atribuyen al suelo lunar sometido a la radiación solar, una temperatura muy superior a 100°. C. Pouillet, por el contrario, creía que esta temperatura debía ser de 142° bajo cero y Erisson en 1888 ha rebajado esta cifra hasta 97° bajo cero. Más tarde el profesor Langley, valiéndose de su bolómetro la estimó como muy próxima a 0° o a lo sumo como de 10° bajo cero.

En realidad puede afirmarse que la luna sufre grandes cambios de temperatura y mucho más de lo que debiera a causa de que la atmósfera, en el caso de que exista aún, no es suficiente para que su influencia intervenga eficazmente como regulador.

Monsieur Very, después de varios años de investigaciones y experimentos, ha declarado que al mediodía las regiones que reciben de lleno los rayos solares, alcanzan en su superficie una temperatura superior a la del agua hirviendo, mientras que durante la noche lunar, esta temperatura desciende tan excesivamente, que llega a 200° bajo cero.

Los anestésicos y las plantas

Para obtener flores, fuera de la estación, sin necesidad de estufa alguna se ha ideado un sistema curiosísimo.

Este procedimiento se basa en la anestesia de las plantas por medio del cloroformo y el éter, dándose el extraño caso de que estos agentes, que suprimen el dolor en los animales, hacen florecer los vegetales.

Para que las lilas den flor basta con meter la planta durante 48 horas en una caja herméticamente cerrada donde se haya colocado previamente una esponja empapada de 30 a 40 gramos de éter, o de 8 a 10 de cloroformo.

Después de esta anestesia de dos días, la planta, llevada a una habitación en que la temperatura esté algo elevada, empezará a dar flores, tardando ello sólo una o dos semanas.

Lo mismo ocurre con los cerezos, si bien la acción es bastante lenta, pues se pasa un mes antes de que los botones se desarrollen y se abran las flores.

Por qué no se hereda el talento

A Octaviano Vera

Es un hecho curioso que el ochenta por ciento de los hombres notables procede de padres que no se han distinguido por nada absolutamente. Lo que parece justificar la teoría relativa a que los grandes hombres surgen en familias cuyas facultades intelectuales han permanecido en descanso durante un espacio largo de tiempo. Si ese caudal de inteligencia es recogido bruscamente por una generación de individuos, las generaciones sucesivas andan escasas de meollo. De ahí, según la precitada teoría, que un hombre de gran talento no suela transmitirlo a sus hijos.

Dr. SCARLATTO.

TABÚ

(Cuento)

por Claudio FARRERE

En el corredor de calderas número 3 se hacía un fuego de infierno; eran diez y seis fogoneros, casi en cueros, enzarzados con las cuatro Belleville de hornos herméticamente cerrados y ceniceros abiertos de par en par.

Encima, el reloj movía la aguja cada minuto con sacudidas bruscas. Y cada ciento veinte segundos el primer fogonero daba una voz de mando, breve como un estacazo:

—¡Abrir los hornos!

Inmediatamente los ocho hornos se abrían cual ocho bocas de infierno, y los diez y seis fogoneros, distendiendo de golpe los biceps vigorosamente, arrojaban a los ocho hornos, encendidos al rojo blanco, diez y seis paladas de carbón dispuestas de antemano.

Luego, las ocho portezuelas caían secamente como otros tantos resortes de guillotina y las chimeneas vomitaban en seguida torrentes de humo espeso.

El "Bouvet" navegaba a muy poca máquina—seis nudos. Pero a bordo de un acorazado de S. M. la República, es obligatorio el alimento metódico de las calderas, puesto que es el que exige menos gasto y lo mismo da que se navegue a ocho nudos como a diez y seis.

Es preciso que los acorazados ahorren el dinero del contribuyente para que los burócratas y los ministros puedan despilfarrar tanto como se les antoje en todas las cosas inútiles, sin que las comisiones del presupuesto puedan notarlo muy a las claras.

Juan Diquélou, marinero de primera clase, fogonero con diploma, estaba en su puesto. Mientras tanto pensaba en su rubia, dándosele un ardite de las operaciones militares en que tomaba parte.

El "Bouvet" cañoneaba los fuertes turcos del estrecho de los Dardanelos y cumplía las órdenes del comandante superior, hombre buenísimo, pero muy viejo, como son todos los almirantes de Francia y que no se daba bastante cuenta de lo que es un retorno de corriente.

Y precisamente los retornos de corriente de los Dardanelos traen indefectiblemente los torpedos a la deriva de la costa norte hacia la costa sur. Esto lo sabe mucha gente. Algunos lo habían olvidado, sin duda.

Y ocurrió lo que ocurrió. El "Bouvet", maniobrando como tenía orden de maniobrar, estrictamente, costeó de cerca la orilla sur—la costa peligrosa, —luego viró de bordo en el punto de más riesgo, y el costado de estribor tropezó con una mina a la deriva, que estalló al chocar bajo la torrecilla mayor de 274 m. 7. A través de la torrecilla vióse una leve humareda rojiza. En el acto, el acorazado dió treinta grados de la banda.

Hubo una pausa breve. El acorazado dió noventa grados de la banda, se vió entrar el agua en las chimeneas, en las que se extrangulaba el humo en remolinos horribles. Hubo otra pausa. La cosa ocurrió tan de prisa, que el buque, completamente acostado, seguía adelante. Finalmente, dió la vuelta, zozobró. Un instante se le vió flotar con la quilla al aire, el espolón algo levantado y hundiéndose por la popa. Entonces se paró del todo, y bogó hacia atrás, oblicuo. Por último, se hundió lentamente en la dirección del eje, por la popa, con rumbo a la eternidad. Después no se vió nada más.

El "Bouvet" se había ido a pique, arrastrando al abismo los setecientos veinticinco tripulantes, incluso el comandante, un capitán de navío que se llamaba Rageot de la Touche, el cual, sencillamente, se sentó en el banco de cuarto, diciendo a los oficiales:

—Habrá demasiados muertos. Para el buen ejemplo será mejor que el comandante se vaya con ellos.

Y se fué con los muertos, el primero de todos.

Honor a su memoria.

Juan Diquélou, marinero de primera clase, fogonero con diploma, primer fogonero en la tercera cámara de calderas, no tenía el menor motivo para emplear arranques tan denodados. Pensaba en su rubia, como ya he dicho, cuando el torpedo alemán estalló precisamente contra el costado de las calderas. El choque fué brutal; las planchas exteriores no aguantaron mejor; el carbón, a guisa de "cofferdam", se había quemado hacía ya un buen rato. El agua penetró como una tromba. El "Bouvet" no era ni con mucho un acorazado modernísimo; no tenía ninguna protección entre el doble fondo y las calderas.

El agua se precipitó en ellas como una invasión "boche" en país neutral.

Los hornos, inundados, rugieron, silbaron, se extinguieron. El agua arremolinóse horriblemente de estribor a babor y de babor a estribor, acompañada de chorros de vapor. Algunos hombres, abrasados vivos, aullaron; luego, anegados, callaron. Juan Diquélou, anegado antes de ser abrasado, no aulló. Y ocurrió el prodigio siguiente: el torbellino barrió a Juan Diquélou de estribor a babor, luego de babor a estribor; de un compartimento a otro; del compartimento reventado al compartimento intacto, y viceversa.

Al dar contra el último, Juan Diquélou perdió el sentido. Un simple desvanecimiento. Creo que no era para menos.

El agua volvió a salir, pues había de sobra. Juan Diquélou salió con el agua. De un golpe franqueó las planchas interiores, el pañol vacío, el blindaje exterior. Salió impelido fuera del buque, sin sentido, pero vivo. Fué un milagro.

Y como el cuerpo humano, específicamente, pesa menos que el agua de mar, Juan Diquélou subió hasta la superficie. Flotó un instante. El instante que bastó a una falúa inglesa, llegada al lugar del siniestro, para pescar a Juan Diquélou, vivo. Olvidaba un detalle: Juan Diquélou no sabía nadar.

Podéis preguntarle cómo salió del paso. Os contestará sinceramente que no lo sabe. Es la pura verdad.

Era tabú, y nada más.

Hay gentes que son tabús.

Lluvias de azufre

Se observa alguna vez en primavera, sobre todo en los primeros días de la estación, que después de un aguacero, los charcos que se forman en las calles o a los lados de los caminos aparecen ribeteados con una estrecha faja de color amarillo pálido. Una vez que el agua se evapora, queda allí el mismo ribete, presentando entonces el aspecto de una materia pulverulenta muy parecida al azufre, tanto que ha dado lugar al nombre con que en algunos países se ha bautizado a estos aguaceros, denominándolos "lluvias de azufre".

Examinada, sin embargo, esta materia al microscopio, se ve que, aparte del color, no tiene ninguna semejanza con aquel cuerpo, y que sólo está compuesta de finísimos granos amarillos del pólen de los pinos. A diferencia del de otras plantas, que suele estar formado por una sola célula, consta el de los pinos de tres, una central, más pequeña, en donde se contienen los principios fertilizantes, y otras dos mayores, adosadas a ésta y llenas de aire. Estas últimas, aligerando el peso de la primera, la capacitan para ser trasladada por los vientos a considerables distancias, pues es sabido que en los pinos, las palmeras y otros árboles se verifica la fecundación por medio del viento. Y como quiera que el pólen se produce en cantidades enormes, ocurre muchas veces que remontándose en la atmósfera, es arrastrado por las lluvias, dando lugar al mencionado fenómeno.

Hace ya algunos años, ocurrió en Wáshington una de estas lluvias, con tal cantidad de pólen que llamó poderosamente la atención. Estudióse el hecho detenidamente, y por la investigación se vino en conocimiento de que por aquella época (hacia mediados de abril) los pinos en floración más cercanos a la capital, estaban en Alabama, Georgia y las Carolinas. Como quiera que a la lluvia precedió un fuerte viento sur, se dedujo, en consecuencia, que éste había arrastrado el pólen a través de millares de kilómetros, habiendo sido luego precipitado sobre la tierra por la tormenta.

Espadas que anuncian sentencias

Los consejos de guerra ingleses ofrecen una curiosa particularidad, recuerdo, seguramente, de alguna costumbre medioeval. Mientras se verifican las deliberaciones, hállase colocada sobre la mesa del tribunal la espada del procesado, de forma que la punta del arma se dirige hacia el oficial, en tanto que la empuñadura se encuentra al lado del presidente. Cuando penetra el procesado en la sala, momentos antes de serle leído el fallo, sabe si éste le es adverso o favorable sólo con mirar a la espada, pues en el primer caso, la punta del arma continúa amenazándole, mientras en el caso de ser absuelto, aparece vuelta de su lado la empuñadura.

En el Monte de Piedad de París, se empeñan anualmente, por término medio, 850.000 relojes y 60.000 anillos nupciales.

Instinto del caballo ciego

Es curioso de observar la habilidad con que los caballos ciegos andan y se orientan en la ciudad o en el campo, sin tropezar en obstáculos y sin caer jamás en hoyos o en zanjas. Alguien ha pretendido que esa maravillosa facultad del caballo ciego se debe a que la sombra o el viento les advierte el peligro. Lo que no es exacto, puesto que esos animales proceden de tan hábil modo en días nublados y sin aire alguno. Más bien debe obedecer ello a un desarrollo extraordinario de los nervios olfatorios. En el campo es muy general ver a caballos ciegos que husmean el agua a cincuenta metros, y que se dirigen a ella en línea recta. Y no puede atribuirse esto a un desarrollo normal del oído, en cuanto lo mismo se encaminan a un río que a una silenciosa charca.

Dr. PALAVECINO.

ENTRE MENDIGOS



El ciego (al paralítico).—Corre a ver si alcanzas a aquel hombre: me ha dado una moneda falsa.

PARA LAS DUEÑAS DE CASA

La cocina

TORTITAS DE FRUTILLA

Se prepara sobre la mesa una masa con 250 gramos de harina, 175 gramos de manteca, 2 yemas de huevo, 1 ½ decilitro de agua fría y un poquito de sal. Se amontona la harina y se hace un hoyo, en donde se van incorporando poco a poco las yemas, la manteca y el agua; se trabaja muy bien con la sal y se deja descansar una hora. Antes de usarla se estira bien con el palote. Con esta masa se forran por dentro 24 botecitos de papel o de cartón, se recortan los bordes, se rellenan con arvejas secas y se cuecen bien doraditos al horno. Cuando están fríos se quita el papel y las arvejas, se rellenan con frutillas frescas que se rociían con almíbar espeso mezclado con jugo de grosellas. El almíbar se prepara con 3 a 4 cucharadas de agua que se cuece con 125 gramos de azúcar y un paquetito de vainilla; cuando frío se agrega el jugo de grosellas. Se baten 2 claras de huevo para untar las tortitas que luego se ponen un rato al horno. Se sirven tanto frías como calientes.

ZAPALLITOS A LA CREMA JULIE

Se pelan unos zapallitos larguitos y se cortan en rebanadas finas. Se ponen dos cucharadas de manteca a ca-

EN UNA SESION DE ESPIRITISMO



Entonces, ¿el espíritu no quiere contestar?
—No; dice que está sindicado y ha trabajado ya sus ocho horas.

lentar, se le echan los zapallitos y se dejan cocer quince minutos en cacerola tapada; se le agrega un poco de sal, una cucharada de azúcar y un poco de leche; se deja hasta que se espesa la salsa y un momento antes de servirlos se le ponen huevos estrellados.

CROQUETAS DE BACALAO CON ARROZ

El bacalao cocido se pica bien, se le agrega pan rallado, ajo y perejil bien menudo, se une con huevos batidos, sal y pimienta. Entretanto se ha hervido arroz en agua y sal, éste se escurre bien y se mezcla con el bacalao, se remueve todo un buen rato para formar una pasta homogénea. Luego se forman las croquetas redondas o alargadas, se pasan por pan rallado y huevo batido y se cuecen en grasa o aceite bien caliente. Deben servirse muy calientes.

MEZCLA PARA SOPA

5 litros de pulpa de tomate, 5 litros de choclo rallado, 2 litros de okra en rebanadas, 2 cucharadas de azúcar, 2 cucharadas de sal. Escaldar, pelar y picar los tomates. Se cocina el todo hasta que se ponga espeso. Se envasa, se cierra y se esteriliza por una hora.

QUESO PETIT SUISSES

Se toma un litro de leche y un cuarto litro de crema y se pone a entibiar, luego se le echa cuajo en polvo, la cantidad que quepa en la punta de un cuchillo de mesa; se retira del calor y se deja cubierto 24 horas; al cabo de ese tiempo se divide la cuajada en pequeñas porciones con cuchara de madera y se deja escurrir en un lienzo limpio, poniéndole un peso liviano; después de seis horas se mezcla con otro cuarto de litro de crema, se bate quince minutos y se deja reposar hasta el día siguiente en que se hacen los moldecitos del tamaño que se quiera. El polvo de cuajo se compra en las droguerías.

EMBUTIDOS A LA ANTIGUA

Se pican en la máquina 5 kilos de carne y se depositan en un fuentón enlozado; aparte mézclese en una taza un cuarto litro de vino dulce, dos cucharadas de ají picante bien molido, cuatro cucharadas de sal fina, una cucharada de orégano en polvo, media cucharadita de cominos; bien mezclado se vacía sobre la carne y se revuelve mucho para que se penetre bien: se prueba, y si le faltase sal, añádasele; entonces se cubre y se deja hasta el día siguiente en lugar fresco; agréguese también dos cucharadas de pimentón.

Ténganse preparadas las tripas bien limpias y remojadas en agua con sal, embútanse los chorizos, átense de trecho en trecho, cuidando de extraerles el aire pinchándolos con un alfiler.

Luego se cuelgan en lugar fresco bajo techo y no se consuman sino después de 48 horas de preparados.

Estos chorizos se conservan todo el año.

Conocimientos útiles

EL OLOR A CEBOLLA

Se quita de los cuchillos frotando la hoja con sal y enjuagándola después con agua fría.

PARA DAR AL CAFÉ BUEN AROMA

Hay que echarle unos cuantos clavos de especias al tiempo de tostarlo.

Si se compra ya molido debe calentarse antes de echarlo al agua.

MANCHAS DE HUEVO

Para quitar las manchas de huevo de las cucharas, se las frota con sal húmeda.

La paja trenzada lavada con agua de sal adquiere un aspecto de nueva.

Tales son algunos de los usos numerosísimos en que puede ser aplicada la sal. Esa subsancia es tan común, que todo el mundo puede disponer de ella.

PARA EVITAR EL INSOMNIO

Suele dar buenos resultados el comer después de la cena una ensalada de cebollas crudas.

EL TENIENTE PRIEUR ATRAVIESA LOS ANDES Y LLEVA A CHILE EL SALUDO DE LA MISIÓN MILITAR FRANCESA



Salió de Mendoza a la 5.45 a. m. del día 10, con tiempo magnífico. Parece que desde el principio equivocó el rumbo, siguiendo al norte en vez de apuntar al oeste. Se mantuvo sobre los Andes eternamente nevados durante dos horas. El altímetro marcó una máxima de 6.600 metros. Aterrizó en Tulahuen y, debido al mal terreno, su Breguet quedó destrozado. La hazaña del piloto francés le ha merecido no pocas felicitaciones, a las cuales unimos las nuestras.

LOS EMPLEADOS DE LA FARMACIA FRANCO-INGLESA



Personal perteneciente a la farmacia Franco-Inglesa que tomaron parte en el pic-nic realizado el domingo 8 del actual, en el paraje Tres Bocas, del Tigre.

VÍSPERAS ELECTORALES



Durante la convención realizada el martes de la semana anterior, por el partido demócrata progresista, para designar los miembros que han de formar el comité de la capital. Verificada la elección, resultaron triunfantes los señores siguientes: Presidente, J. J. Díaz Arana; vicepresidente primero, E. Fernández Díaz; vicepresidente segundo, O. R. Amadeo; secretarios, M Antelo, C. Rodríguez Larreta (hijo); tesorero, C. Casablanca; protesorero, R. Demaría; vocales: J. I. Llobet, R. Bello, F. Arana, C. Ibarguren, A. Robirosa, E. Medina, R. Carosella, A. Mathé, V. Tedín Uriburu, L. M. Pastine, J. Lavalle Cobo, A. Gerchunoff, F. Uriburu, C. Quintana, J. Clusellas, E. Bayma, M. Martín, A. de Laferrere, A. Berraondo, M. Zunda, J. M. Picahea, R. Iriondo, C. de la Torre, S. Oyarzú, E. Loncán, R. Fernández Guerrico, A. Zolezzi y C. Lagos.



Aspecto que ofrecía una parte del teatro Nuevo mientras los afiliados al partido socialista efectuaban la elección de los candidatos que dicha agrupación política sostendrá en los comicios del día 7 de marzo próximo.

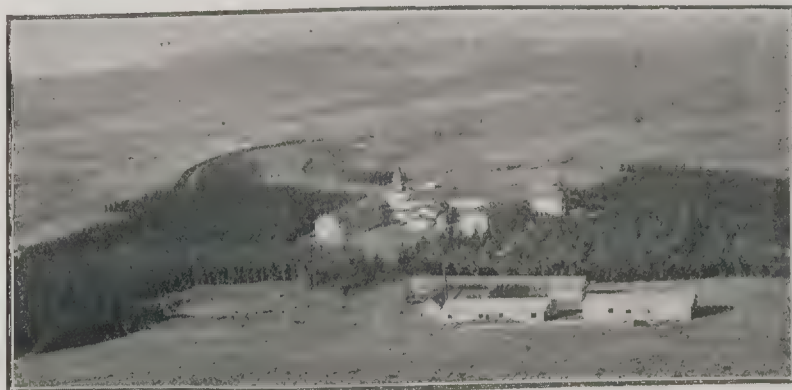
ROSARIO.—EL GRAN MITIN DEMOCRATA



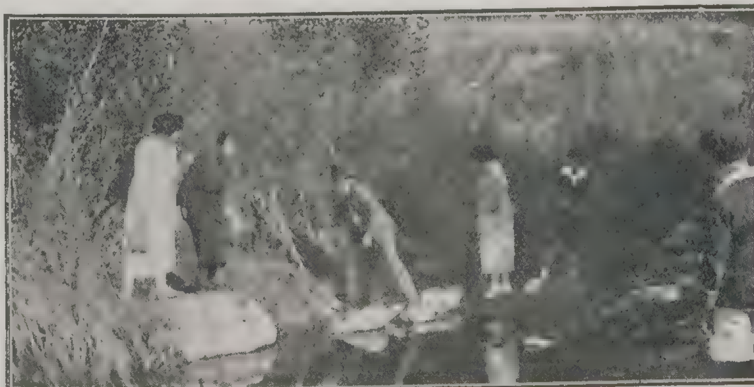
Cabecera de la numerosa manifestación del partido demócrata progresista, efectuada el domingo 8 del actual, desfilando por la calle Córdoba. — Este acto cívico ha sido considerado como la mayor exteriorización de fuerzas políticas realizada hasta ahora en la segunda capital argentina.

Fot. Gaspary.

NOTAS DE VERANEO.—DE SIERRA DE LA VENTANA



El Club Hotel, visto desde la sierra cuspideante.



Excursionistas vadeando un arroyo.



A la hora del té en la terraza del Club Hotel.



Las familias de Zambrini, Gorleri, Zambonini, Gobbi y otras en el parque del Hotel.



Las inundaciones en Mendoza



Estado en que quedó una de las calles de la ciudad, donde las aguas levantaron el pavimento de la calzada y de la vereda, dejando intransitable gran parte de dicha vía.





Uno de los ranchos de los alrededores de Mendoza, derrumbado por la inundación.



Otra muestra del desastre ocasionado por el líquido elemento.

(Fotografías atentamente enviadas por nuestro colega "Los Andes", de Mendoza).



DE PUNTA DEL ESTE



En playa Mansa, a la hora del baño.



Familias de Bellelli y Radaelli, señoritas Bono y Prescott y el doctor Spada (hijo).



Baño de sol.



Atardecer, en playa Brava.

Fots. de P. Carratú.



NOTAS ESTUDIANTILES



Grupo de las nuevas maestras recientemente egresadas de la escuela normal número 4. — De derecha a izquierda. Sentadas, primera fila: señoritas Juana Bonnin, Paula Datri, Juana Pilar, Lilia Falteliti; segunda fila: Ofelia Pilar, Antonia Valenzuela, Elena Varela, Amalia Beordi, Adelaida Moreno, Clementina Desideri, Ema Braga, Magdalena Scianca. De pie: Aurelia Gandolfo, Ester Peña, Delia Cantón, Carmen Falar, Manuela Martínez, María Bado, Margarita Scile.

LA JUBILACION DEL COMISARIO SENOR ALBERTO MARTÍN



Una parte del banquete con que un numeroso grupo de compañeros y amigos obsequiara al comisario, señor Alberto Martín, con motivo de su reciente jubilación. El acto se llevó a efecto en los salones de la Confitería del Molino, adquiriendo los contornos de una elocuente demostración de afecto hacia el obsequiado.

TEATROS



Elisa Ceperis, linda tonadillera cuyo reciente debut en el teatro Smart, constituyó un éxito para la graciosa artista. Acabada de iniciar en éste género, se advierte el amplio horizonte que se ofrece a esta cantante, pues, indiscutiblemente, posee muchas de las condiciones requeridas para triunfar en la escena.

NOTAS ESCOLARES



La directora de la Escuela Profesional número 5, señorita Dolores Alazet y Rocamora, la profesora señora María A. D. de Bemberg, la señorita Beatriz Pitman y las alumnas del curso de dibujo y pintura egresadas en el año 1919. De izquierda a derecha, sentadas: Señoritas R. Lazes, Ana M. Gorostiaga, Clara Guaspari, María C. Valdéz. De pie: Julia Piris, E. Nottelman, A. Cabezas, C. Laveglia, Nélida Fernández y González, Dolores Fernández, E. Canosa, C. Moggia, A. Acevedo, O. Galante.

La escasez de carbón en Alemania



En Berlín el público forma "cola" frente a los depósitos municipales, para solicitar tarjetas-vales para carbón.

DE LAS PLAYAS DE QUILMES



Concurrentes a la algazara hidro-filarmónica organizada por los miembros de la sociedad recreativa "Los pan y agua", llevada a efecto recientemente, en las pintorescas arenas de Quilmes, y en medio de todo el entusiasmo colectivo que es costumbre desplegar con semejantes pretextos.

LOS CONCIERTOS DEL "ORFEÓ CATALÁ"



La masa coral e instrumental del "Orfeó Catalá", de Buenos Aires, durante el concierto efectuado el domingo 8 del actual en el teatro San Martín, con objeto de allegar fondos para la construcción de un edificio destinado a esta institución de cultura musical, cuya encomiable labor artística se ha extendido al establecimiento de clases gratuitas, sostenidas por la asociación



Vista parcial de la numerosa concurrencia que asistió a la audición

ANIVERSARIO DE LA SOCIEDAD CONSTANCIA



Aspecto que ofrecía el salón-teatro "Unione e Benevolenza", durante la velada artística con que la sociedad espiritista Constancia, celebrara el cuadragésimotercero aniversario de su fundación, el día 9 del actual.

SECCIÓN VERMOUTH

BUEN ESTUDIANTE

—¿Te enseñan historia sagrada a ti, en el colegio?

—¿Historia sagrada? Hace seis meses que la aprendo.

—Entonces sabrás quién era Adan.

—No, no hemos llegado tan lejos todavía.

EL NIÑO CRECE

—¡Qué grande te has hecho! ¡Pronto serás más grande que tu papá!

—¿De veras? Ahora va a ser papá quién llevará mis pantalones recortados.

¡POBRE MININO!

—¡Brígida! Llévate el gato. Grita que parece loco. No sé por donde anda.

—¡Pero, señor, si está usted sentado encima!

MELANCOLIA ARTISTICA



—¿Me ha oído cantar? Cada vez que canto me pongo muy triste.
—Yo también...

NIÑOS TERRIBLES

Un caballero llega a una tienda y pide un objeto.

—Voy en seguida a buscarlo en la trastienda—responde el propietario.— Y al marcharse le susurra a su hijo en el oído.

—¡Pepito, vigila para que este señor no robe nada mientras!

Cuando el padre vuelve, su hijo le dice en voz alta:

—¡Papá! ¡Este señor no ha robado nada!

ES CIERTO

El señor inspector visita la escuela y pregunta a uno de los alumnos:

—¿Sabe usted cuáles son las plantas más útiles?

El discípulo permanece pensativo un instante, pero luego responde con aplomo:

—¡Sí, señor inspector! Las plantas de los pies!

BOTÁNICA

—¿Cómo distingues un peral de un manzano?

—Por la fruta.

—Sí, pero, ¿y cuándo no hay frutas?

—Entonces espero.

GENEALOGÍA

—Si los burros vienen de las burras —decía Renato a un amigo—y los gatos de las gatas, y los perros de las perras, los patos vienen de las patas y el alambre de la Alhambra.

—¡Y yo vengo de paseo!—le contestó el amigo.

NOVIO INQUIETO

—¿Quieres ganarte diez pesos?—le dijo Luis al novio de su hermana.

—¡Cómo no! ¿Qué debo hacer?

—Es muy fácil. Papá decía ayer que te daría diez pesos con tal de que te estuvieras quieto cinco minutos.

EL RECORD

De un general muy malo y bastante cobarde, decía un conocido suyo.

—¡Es el record de los generales!

—¿Por qué lo llamas así?—le preguntó un amigo.

—¡Che! Es muy fácil de entender. ¡Siempre que nombran al record es para decir que lo han batido!

DEFINICIONES

—¡Papá!, ¿qué es un vulgar especulador?

—Un hombre que realiza negocios peligrosos y pierde.

—¡Papá!, ¿y un gran financista?

—Un hombre que realiza negocios peligrosos y gana.

EL LATÍN

Un estudiante muy perezoso, que estaba en primer año de latín, se quejaba diciendo:

—¡Qué barbaridad tan grande! Todo el mundo dice que es una lengua muerta y a nadie se le ocurre enterrarla.

JUEGOS INFANTILES

La mamá.—¿Qué es esto, Anita? ¿A qué vienen tantos gritos y esta ridícula manera de gesticular? ¿No ves, Pepito, como está quieto?

—¡Vaya una gracia, mamá! Si es el juego. El representa a papá que llega tarde de noche y yo te represento a ti, mamita.

DIVISIÓN DE TRABAJO

El sobrino acompaña al tío a un restaurant.

—Nos vamos a repartir el trabajo —le dice.—Yo llamaré al camarero y lo encargaré la comida.

—Muy bien, ¿y después?—pregunta el tío.

—Después lo llamarás tú y le abonarás la cuenta.

POBRECITO LEÓN

Dos amigos visitan el Museo.

—¿Qué representa aquel cuadro?— pregunta uno de ellos.

—Representa unos leones devorando a los cristianos.

El que había interrogado permanece mudo un instante observando el cuadro y luego exclama:

—¡Fíjate en aquel pobrecito león! ¡No tiene ni un solo cristiano que comerse!

CREPÚSCULO

por Matilde ALANIC

I

Retiradas las flores y recogido el suntuoso servicio de mesa, el comedor y los salones recobraban su aspecto acostumbrado, aspecto de casera severidad. Dos criados frotaban el suelo de madera, manchado por los restos del "lunch" y por las pisadas de los comensales. La señora de Sarlat tenía aún grabada en los ojos la animación de la escena que se había desarrollado allí algunas horas antes, y ante el vacío de la estancia silenciosa, una sensación de frío invadióla bruscamente.

¡Vacía, fría, silenciosa! ¿No lo sería su existencia ahora que había partido todo cuanto constituía el encanto de la misma?

Sintiendo que los sollozos la ahogaban, empujó precipitadamente la puerta, y con el corazón desfallecido se encaminó a su dormitorio. Una vez allí, despidió a la camarera que envolvía cuidadosamente el traje de gala, un traje de terciopelo que quedó extendido sobre la cama con las mangas ahuecadas y la cola colgando, y se dejó caer desolada en un sillón junto al fuego de la chimenea... ¡Cuántas veces Susana, de bata y zapatillas, había ido allí a charlar un rato antes de acostarse!... ¡Qué palique, qué mimos aquellos!

¡Aquellos días, ay, habían pasado para no volver más!

Susana se había casado por la mañana, y ahora navegaba a todo vapor hacia el mar azul, acompañada de su marido, que al presente lo sería todo para ella. Los padres, que durante diez y nueve años le consagraron tanto cariño, quedarían relegados a segundo término.

—¿Cómo puede la ley sancionar tan monstruosa iniquidad?—pensaba la señora de Sarlat, rebelándose, llorando con toda su alma y maldiciendo de todo corazón a su yerno, como hacen todas las madres el primer día en que adquieren el título de suegras.

Desde hacía tres meses, todos vivían en febril sobreexcitación, esperando aquel famoso día que marcaba el tiempo, para la desposada con una raya de oro, la raya de oro de la alianza que adornaba su dedo, y para la temerosa madre con una raya negra. ¡Había sido preciso disponer tantas cosas! Instalar el nido, preparar la canastilla, probar los trajes, hacer y recibir una serie interminable de visitas, y para fin de fiesta ese último día en el que la señora de Sarlat, a fuerza de sobreponerse a su emoción, había acabado por no ser más que una autómata que repartía saludos y sonrisas. Por esto, al verse de repente en una calma absoluta después de aquel fantástico torbellino, rendida de cansancio, aturdida, enervada, aprovechó naturalmente aquella hora de tranquilidad para llorar como una Niobé que ha perdido a su hija y no quiere admitir consuelos.

...¡Con tal que Susana siquiera fuese dichosa!... Ante la incógnita del porvenir insondable, la señora de Sarlat tembló, acometida por temerosas dudas... ¿Habría entregado su tesoro a la ligera?

Cierto que los informes recogidos por su marido sobre Andrés Montsabera eran excelentes: médido, buen mozo, buena salud, numerosa clientela, posición asegurada, ¡qué mejor pasaporte para cualquiera madre!... Además, agradaba a Susana, y esto era lo principal... Pero los defectos de carácter sólo en la intimidad se revelan...

Y aun cuando Andrés fuera el hombre mejor del mundo, al fin y al cabo era hombre, y esto bastaba para que sus impresiones, sus ideas, sus sentimientos estuviesen a cien leguas de Susana; no podía tener una vista bastante sutil, un tacto bastante suave para discernir los complicados y frágiles mecanismos que componen el corazón y el cerebro femeninos y para analizar sus tenues vibraciones. ¡Y cuántas veces con su inconsciente torpeza introduciría en ellos, a pesar suyo, el desorden! Por culpa de él, Susana, la niña adorada, conocería el dolor; no había que hacerse ilusiones, porque no cabía esperar que la ley común la respetase. Era inevitable; era fatal.

Hasta en el encantado aislamiento de la luna de miel prodúcense a veces rozamientos, malas inteligencias que separan dos seres por toda la vida.

Y cuando volvieran a la sociedad, ¡cuántos escollos nuevos surgirían en los cuales podría zozobrar la débil barca en que navegaban los recién casados y su felicidad!

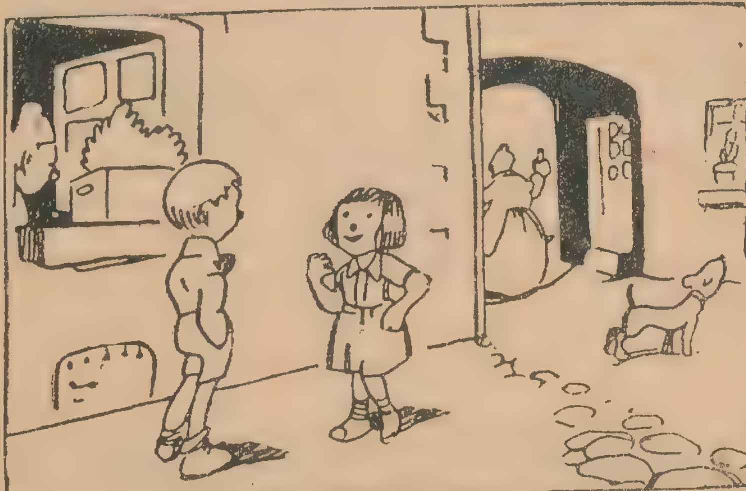
Susana pasaría por las mismas crisis que las demás y sufriría las decepciones, las rebeldías, las desesperaciones, todas las angustias del abandono lento y progresivo... y quizás también, ¡Dios eterno!, las tentaciones en que naufragan el corazón y la voluntad.

Y, sin embargo, el señor Sarlat no estremecimiento.

II

Bien conocía ella todas esas etapas por haberlas recorrido en otro tiempo; había sufrido, pensaba, todo lo que sufrirse puede: las indignaciones exageradas, las desesperanzas locas en las que todos los muelles vitales en tensión amenazan romperse.

LOS NIÑOS TERRIBLES



—Desde que la vida está tan cara, mamá no me reta porque me como las uñas.

Y sin embargo, el señor Sarlat no era un mal hombre; así se lo decían a ella en aquellos días de sufrimiento, y así lo estimaba ella también ahora, cuando la experiencia de la vida le había hecho el don de la moderación de juicio y de la indulgencia. Era simplemente un hombre amable, demasiado amable, dispuesto a agarrar todas las rosas que a su paso hallaba para ponérselas en el ojal.

Pero para la joven esposa ofendida en su altivez y en su amor, era un hipócrita y un falso, junto al cual parecíale intolerable la existencia. Y precisamente otro hombre la había asediado durante aquella tormenta, hablándole de un amor apasionado y respetuoso, de un amor con el que todas las mujeres sueñan, proponiéndole un divorcio, un matrimonio en el extranjero, brindándole una nueva vida cuya felicidad borraría los malos recuerdos de la anterior. En aquellas ocasiones, trastornada la cabeza, lacerado el corazón, apoderábase de ella el vértigo, y casi estaba a punto de ceder, cuando Susana la había salvado...

Una noche la pequeñuela se despertó asfixiándose a consecuencia de un ataque de crup, y junto a la cuna de aquel ser querido que se ahogaba permanecieron inclinados día y noche el padre y la madre, unidos en una misma terrible angustia y dando repentinamente al olvido todo otro sentimiento. Y cuando, pasado el peligro, la niña se durmió sonriéndoles, una calma inmensa, bienhechora, invadió el alma de la señora de Sarlat.

¿Qué eran, en efecto, las febriles agitaciones de otros tiempos, comparadas con la espantosa sacudida que en aquellos días había experimentado?

Ya no sentía cólera ni rencor contra su marido; habíase operado en ella una revolución; la madre había reemplazado a la mujer, y ahora comprendía que de todos los sentimientos humanos sólo el amor maternal puede llenar una existencia.

¡Cuán lejos, cuán perdidos en el fondo del pasado estaban aquellos conturbadores recuerdos!... Desde aquel entonces había vivido fuerte y serena, enteramente consagrada a su hija, saboreando deliciosamente las alegrías que cada día le procuraba Susana y del todo resignada respecto de su esposo... Este, a medida que había sentido el peso de los años, había ido pasando más horas en su casa, impregnada de una paz dichosa; algo desconcertado, inquieto, en un principio, había acabado por recobrar su puesto en la vida de la familia, que de este modo quedó reconstituída.

La situación violenta de los primeros días de aquella existencia no había tardado en desaparecer, gracias a la niña, y la querida Susana, que traía al retortero a su padre, que la mimaba, y a su madre, a quien adoraba, había sido el más firme lazo de unión entre los dos esposos.

Pero ahora que Susana no estaría allí para comunicar su encanto al hogar, ¿qué sería de ellos reducidos a sí mismos? ¡Qué vida tan gris, tan fría! ¿Valía aquella vida la pena de ser vivida?

Y al formular aquella conclusión, de un pesimismo descorazonador, la señora de Sarlat rompió a llorar de nuevo.

II

Abrióse la puerta, y asomándose por ella, preguntó tímidamente el señor Sarlat:

—¿Me das tu permiso?

Entró en el cuarto y fué a sentarse en una butaca delante de su esposa.

El corazón de aquella mujer sintióse ablandado por una gran piedad al ver el estado de agotamiento de su marido, vencido por las fatigas y las emociones de aquel día memorable.

Desde que había cruzado el gran salón de la alcaldía llevando del brazo a Susana envuelta en su velo blanco, una lágrima temblaba en sus ojos y caía de cuando en cuando sobre su bigote, que ya no se preocupaba de teñir.

El, a su vez, advirtió las brillantes gotitas que salpicaban el peto de raso malva de su mujer, y dominado por indecible turbación, atrájola hacia sí, apoyó su cabeza en el hombro de ella y sollozó como un niño.

—¡Pobre amiga mía! ¡Pobre amiga mía!, repetía lleno de compasión, como si sobre su esposa pesase una gran desgracia.

Ella seguía llorando, pero no ya con la misma amargura de antes. Una pena compartida es menos abrumadora.

El señor Sarlat enjugóse con una mano los ojos, mientras en la otra estrechaba los dedos de su esposa.

—¿No es verdad que es absurda—dijo haciendo un esfuerzo por sonreirse—esa manía de la gente de agobiar con las felicitaciones a los padres infortunados que casan a sus hijas, obligándoles a dar las gracias, a saludar, a sonreir? ¡Y esto, precisamente, en el momento en que se va el ser que era el encanto de nuestros ojos, el sol de la casa!

No pudo continuar, su voz extinguióse de pronto en su garganta, y por un instante pugnó por contener el raudal de lágrimas que acudía a sus ojos.

—¿Sabes lo que hace poco pensaba?—añadió de pronto.

La señora de Sarlat hizo un gesto negativo.

—Pues bien, pensaba, sí, lo pensaba formalmente, que si mi yerno se portase como me he portado yo, le rompería el alma...

—¡Calla!—exclamó su esposa tapándole bruscamente la boca con la mano, herida en lo más vivo de su alma por la humildad de aquella confesión.—¡Olvidemos esto!

El apartó suavemente aquella mano rozándola con sus labios.

—No, replicó con acento más firme resuelto a ir hasta el fin; no, déjame hablar... Mira, hay horas en que uno pasa revista de su existencia... Al ver a Susana abrirse de día en día como una flor, he comprendido qué cosa tan exquisita era una muchacha... y he pensado, con remordimiento que puedo expresar, que un día me fué entregada, a mí, tan indigno, otra Susana, tan perfecta, tan adorable como la de ahora... ¡Y yo, necio miserable, no he sabido hacerla feliz!

Ocultó el rostro entre sus manos, y mientras permanecía así inclinado, en actitud contrita, algo infinitamente dulce infiltrábase en el alma de su esposa.

¡Ah! ¡La vida era, pues, mejor de lo que ella había creído, desde el momento en que podía comenzarse de nuevo y permitía que renacieran esperanzas y alegrías que permanecían muertas.

Su misión no había concluído, sólo se había modificado; aún le quedaba

alguien a quien sostener, consolar y amar... ¡Y qué noble orgullo sentirse digna, gracias a su larga paciencia, del triunfo que en aquel momento alcanzaba...! En su consecuencia no se alzaba ni un mal recuerdo para rechazar el corazón arrepentido que ascendía hasta ella tan humilde, tan débil, tan suplicante...

Si el día había sido agitado, en cambio, ¡cuánta calma, cuánta suavidad le tenía reservadas aquel atardecer!

Y esto diría a su hija si en alguna ocasión acudía a ella confiándole la ruina de su felicidad y pidiéndole consejo...

Fijó los ojos en los de su marido, y las miradas de ambos se juntaron al través de la niebla húmeda que las obscurece.

—¡Pobre amiga!—murmuró el señor Sarlat.—¡Qué va a ser de ti ahora que ella no está ya a tu lado!

Cariñosamente deslizó ella sus dedos entre los temblorosos dedos de su marido.

—¿No me quieres tú, acaso?—dijo en voz apenas perceptible, sintiendo que el corazón se le ensanchaba en el estremecimiento del perdón.

Y permanecieron con las manos unidas, mientras la rosada claridad del crepúsculo inundaba la estancia.

El reloj de agua chino

El Celeste Imperio es el pueblo más maravilloso que se conoce.

Rara es la invención europea que no se atribuyen los chinos, a veces con algunos sigos de precedencia.

La imprenta, la brújula, la pólvora, las máquinas de vapor y los compases se cuentan entre los innumerables descubrimientos cuya paternidad se arrogan los compatriotas de Confucio, privándonos de esa satisfacción a los "diablos extranjeros", que es el remoquete con el cual designan a los europeos.

Ahora resulta que nuestras antiguas clepsidras ya las conocían hace infinidad de siglos los implacables chinos.

En la populosa ciudad de Cantón existe una que tiene alrededor de 600 años de edad.

Este primitivo reloj de agua consta de cuatro cubos de piedra colocados unos sobre otros en forma de escalera.

El agua que sale del superior va a parar al segundo, y de allí sucesivamente hasta el cuarto, donde un flotador graduado sube a medida que se va llenando de agua el cubo.

Cada grado del flotador representa una hora, la cual se escribe sobre una pizarra para que los que por allí pasen puedan verla fácilmente.

Al cabo de veinticuatro horas, se vacía por completo el cubo que está en primer término, teniéndose entonces que "dar cuerda" al reloj llenándolo nuevamente de agua.

Como verá el lector, la cosa no puede ser más sencilla.

Esto no obstante, es de suponer que seiscientos años de uso habrán desgastado los agujeros por donde corre el agua y el reloj marcará las horas con excesivo adelanto.

Las niñas grises

El sol apagaba sus rojos fulgores
tiñendo de rosas las cumbres lejanas,
cuando por el parque cubierto de flores
desfiló el cortejo de las hospicianas.

Iban lentamente, baja la cabeza,
con los ojos tímidos fijos en el suelo,
como si pidiesen para su tristeza
a la Tierra madre ternura y consuelo.

Caminaban mudas, graves y ojerosas,
en largas y grises hileras iguales,
y sus rostros pálidos semejaban rosas,
rosas amarillas de enfermos rosales.

Son aves de paso que cruzan la vida
sin hallar un nido donde las esperen...
Triste es su llegada, triste es su partida,
y llorando nacen y llorando mueren.

En la noche nadie vigila su sueño,
sólo cuando cierran los ojos dolientes
baja el melancólico Angel del Ensueño,
separa sus rizos y besa sus frentes.

Viven en las sombras... Pálidas violetas
que en el negro fango del vicio crecieron...
No se alegran nunca... ¡Besemos, poetas,
esos tristes labios que jamás rieron!...

La amargura vela su mirada grave,
son cuerpos de niñas con almas de ancianas...
Sigamos sus pasos con amor... ¿Quién sabe
si son nuestras hijas o nuestras hermanas?...

El eco del "Angelus" resuena a lo lejos.
Todas se arrodillan y rezan en coro,
y del sol poniente los vagos reflejos
envuelven sus sienes en nimbos de oro.

Francisco VILLAESPESA.

Colaboración espontánea



—¿Tu papá está en casa?
—No, señor; ha ido a lo del dentista para hacer arreglar los dientes de mamá.
—¡Ah! entonces...
—Pero mamá está en casa.

La eterna historia

El Pierrot con la cara enharinada,
entre el loco delirio del festín,
bebe champán, para matar su esplín
y el dolor de su alma enamorada.

Bebe champán en tanto que su amada,
con sus húmedos labios de carmín,
besa la ardiente boca de Arlequín,
y lo abraza con fuerza, apasionada.

Y al ver que en el ardor de la locura
Colombina, radiante de hermosura,
se entrega al otro amante con pasión,

el Pierrot, malherido por la pena,
la copa de champán, de nuevo llena,
y ríe... ¡mas le llora el corazón...!

Domingo P. ARIETTI.

Tus ojos negros

Amada mía, tus ojos,
ojos grandes, ojos negros
que en la noche de mi vida
brillan con fulgor de incendio,
son dos luceros brillantes
que de lo alto de mi cielo
alumbran la obscura senda
que sigo con paso incierto.
Ojos bellos como el alba
y como la noche, negros.
Ora tristes de nostalgia,
ora llenos de misterio;
Pero sombríos o alegres
siempre nobles, siempre buenos.

Amada mía, tus ojos
de mirar dulce y sereno,
ojos que llegan al alma,
como inefable consuelo,
son para mí, cuando triste,
agobiado por el peso
del dolor, lo busco alivio
en tus grandes ojos negros.

Y cuando tus ojos me hablan
en ese idioma secreto,
tan dulce, tan misterioso,
tan íntimo, tan de ellos,
hay en su voz silenciosa
vagos susurros de besos,
murmullos de claras linfas,
vibrar de dulces arpegios,
un rumor suave de auras,
de alba paloma zureos.

Ojos buenos, cariñosos;
ojos de mirar intenso;
nunca dejéis de alumbrarme
de la vida en el sendero.

¿Qué será de mí si un día
me falta la luz de ellos?

Juan Carlos ZULOAGA.

Medallón

Bajo el rico dosel de tu cabello,
tu semblante, blanco y sonrosado,
es suave crepúsculo bañado
por el pálido nácar de un destello.

Hermanas lo apacible con lo bello
y ostentas la dulzura y el agrado
con que tiende, al sentirse acariciado,
el cervatillo tímido su cuello.

Sangre de rosa, por abril nacida,
en tus mejillas difundir parece
una savia magnífica de vida,

bajo cuya virtud germinadora
tu alma de virgen a la par florece
como un botón de pétalos de aurora.

Guido ADEMARO GUIDI.

Soneto

Está de más tu vanidad, hermano.
Sin base no se eleva un edificio.
Sinónimo de lucha es sacrificio,
y el sacrificio es ley para el humano.

Trabajo y más trabajo; que es en vano
el triunfo pretender con artificio.
Para triunfar, hermano: el sacrificio.
Tu vanidad no es necesaria, hermano.

No es necesario tu parlar castizo...
ni ese estudiado andar con que te ensanchas
ni ese desprecio hacia la gente buena.

Como para un poeta no es preciso
ese hermoso sombrero de alas anchas
y esa larga y espléndida melena.

O. RODRIGUEZ NASSO.

Triste despertar

¡Por qué habrás venido día
para turbar mi reposo,
cuando en mi sueño gozoso,
a mi lado la veía!

Tenía suelto el cabello,
que es del color de la noche;
y con su rostro tan bello
me miraba sin reproche.

Sus ojos, por os que muero,
contemplábanme insistentes;
ojos tan resplandecientes
que decían "yo te quiero"...

Por ser mucha la emoción,
temblaban sus labios rojos,
y veía sus sonrojos...
¡Qué completa es la ilusión!

Traía en su blanca mano
y me entregó vacilante
un pimpollito temprano
de perfume penetrante.

Mas ¡ay! que en ese momento
huyó de mí, fugitiva;
desperté que, la furtiva
luz, llenaba mi aposento.

¿No hubieras podido día
detenerte algo en tu ruta?
¡Qué feliz es quien disfruta
del amor y la alegría!

Humberto H. LIMARDO.

A mi amada

Cual el débil barquichuelo
que cruza el piélago airado,
por el furor azotado
de formidable aquilón,
sin timón, sin luz, sin guía,
triste, sola, abandonada,
quedó mi alma desolada
cuando partiste, mi amor.

Lloré... lloré como un niño
al verme solo en el mundo,
y fué mi dolor profundo
intenso cual mi pasión...
Maldije la ingrata suerte
que a mi amor te arrebataba...
¡Ví entonces cuánto te amaba!...
¡Me lo dijo el corazón!...

Tu recuerdo venerado
es el único consuelo
que halla el alma en su desvelo,
en su profunda aflicción...
Pienso que te amo y me amas
y que, aunque lejos estemos,
nuestras dos almas tenemos
estrechas en dulce unión...

Pascual M. LETTIERI.

Soneto

De todas las mujeres que he tratado,
y de todas las novias que he tenido,
ninguna como tú más me ha gustado,
ninguna como tú más he querido.

De todas en seguida me he olvidado
al haber mis anhelos conseguido...
mas otro fué contigo el resultado:
al vencedor de muchas has vencido.

Y a medida que el tiempo se desata
tú me aprisionas con cadena fuerte
haciéndome beber licor que mata
y sólo cambiará mi triste suerte
cuando tenga el cabello como plata
o me besen los labios de la muerte.

Pascual A. DE VITA.



—¿Qué está haciendo, amigo?
—Aprendiendo a boxear. Mi adversario me acaba de dar un golpe a fondo.
—¿Dónde está su adversario?
—En el segundo piso.

LISBETH

POR RUDYARD KIPLING

¡Habéis proscrito el amor! Y ¿quiénes son esos dioses a los que debo agradar? Tres en uno y uno en tres; no, no. A los dioses míos regreso. Es posible que me hagan más dichoso que vuestro Cristo helado y vuestras trinidades complicadas.

Un converso.

Era hija de Sonoo, hombre de las montañas, y de Jadéh, su mujer. Un año el maíz faltó y dos osos pasaron la noche en su único campo, sobre el valle de Sutlej, en la vertiente de Kotgarh, y lo destrozaron todo; por esa causa, desde la estación siguiente, se hicieron cristianos y trajeron su nenita a la misión para que la bautizaran. El cura de Kotgarh le dió el nombre de Elisabeth, que pronunciaron "Lisbeth" en la montaña.

Más tarde el cólera invadió el valle y causó la muerte de Sonoo y Jadéh; la mujer del cura de Kotgarh hizo de Lisbeth mitad su sirvienta y mitad su amiga. Sucedía eso después del reinado de las misiones moravias, pero antes de que Kotgarh hubiera totalmente olvidado su título de "señora de las montañas del Norte".

Ignoro si fué el cristianismo que la perfeccionó, o si los dioses de su país, abandonados a sí mismos, hubieran hecho igual en cualquier circunstancia; es el caso que al crecer se hizo encantadora. Cuando una hija de las montañas se hace encantadora vale la pena caminar cincuenta millas por senderos abruptos y difíciles, con tal de verla. Lisbeth tenía el perfil griego —un rostro de aquellos tan amenudo descritos como raramente contemplados.—Era pálida como el marfil y, en relación a su raza, de gran estatura. Dueña, además, de dos ojazos admirables, si no hubiese vestido las horribles telas estampadas que hacen la felicidad de las misiones, al sorprenderla en la montaña habría podido tomársela por la Diana de los romanos en persona, yendo de caza.

Lisbeth aceptó de buena gana el cristianismo y no lo abandonó cuando llegó a la edad nubil, como suelen hacer algunas hijas de las montañas. Los suyos la odiaban porque, según decían, se había convertido en una "mensahib", una verdadera señorona que incluso se lavaba todos los días. La mujer del cura no sabía qué hacerse con ella. En cualquier forma que se intente resulta difícil mandar a una soberbia diosa, de regular estatura y completamente calzada, que lave los platos. Y es por eso que jugaba con los niños del cura, iba a la escuela el domingo, leía todos los libros de la casa, y, como las princesas de los cuentos, se hacía más hermosa cada día. La mujer del cura opinaba que le convenía emplearse en Simla, de sirvienta para niños o de cualquier otra cosa "distinguida". Pero Lisbeth no tenía ningún deseo de colocarse. Se consideraba muy feliz como estaba.

Cuando llegaban viajeros a Kotgarth, Lisbeth tenía la costumbre de encerrarse en su habitación, temiendo que se le llevaran a Simla o a cualquier otra parte del universo desconocido.

Un día, algunos meses después de haber cumplido sus diez y siete años, Lisbeth salió de paseo. No se paseaba ella a la manera de las damas inglesas—una milla y media como máximo y regreso en coche—sino que corría, para hacer la digestión, de aquí para allí, del todo y por todas partes, la montaña entre Kotgarh y Markunda. Esta vez regresó cuando ya anochecía, caminando firme por la abrupta bajada de Kotgarh, trayendo en sus brazos algo pesado. La mujer del cura dormitaba en el salón cuando entró la joven jadeante y rendida con su carga. Lisbeth la dejó sobre el canapé y dijo sencillamente:

—Hé aquí a mi marido. Lo encontré en el camino de Bagi. Se há hecho daño. Vamos a cuidarle y cuando esté curado se casará conmigo.

Era la primera alusión que Lisbeth hacía a sus proyectos matrimoniales, y la mujer del cura lanzó un grito escandalizada. Sin embargo ante todo debían cuidar al hombre del canapé. El mozo era un inglés, tenía en la cabeza una herida profunda causada probablemente por alguna peña puntiaguda; Lisbeth declaró que lo había encontrado en lo hondo del "khud", y que por esto lo había traído. Respiraba de una manera extraña y parecía inconsciente.

Lo acostaron y lo cuidó el cura, que entendía algo de medicina. Lisbeth esperó detrás de la puerta a que la necesitaran. Le dijo también al cura que aquél era el hombre con quien pensaba casarse, y el clérigo se unió a su mujer para reprenderla severamente. Lisbeth les escuchó con tranquilidad, pero cuando terminaron renovó su propósito de casarse con el herido. Es necesaria una práctica muy larga de cristianismo para vencer los instintos poco civilizados del oriente, uno de los cuales consiste en enamorarse a primera vista. Lisbeth, habiendo descubierto al elegido de su corazón, no comprendía qué motivo podía obligarla a callarse. Tampoco imaginaba la posibilidad de no ser aceptada. Cuidaría al inglés hasta que estuviera bastante bueno para casarse con ella; tal era su programa.

Después de quince días de ligera fiebre con inflamación, el inglés recobró el sentido y agradeció al cura, a su mujer y a Lisbeth—particularmente a Lisbeth — los cuidados que le prodigaban. Viajaba por el Oriente —dijo—(en aquel entonces no se hablaba aun de "globe-trotters", pues la flota de la "Peninsular and Oriental Company" estaba aun en pañales) y vino a Dehra Dun para buscar plantas y cazar mariposas en las montañas de Simla. En Simla no conocía a nadie. Creía haber caído por sobre las rocas al intentar agarrarse de un tronco de árbol podrido. Sus sirvientes "colies" escaparon sin duda, después de haberle robado su equipaje. Pensaba regresar a Simla tan pronto como recuperara sus fuerzas, pero no quería oir hablar de nuevas ascenciones.

No se apresuró a marcharse, y recobró sus fuerzas lentamente. Lisbeth se negó a oir los consejos y advertencias del cura y de su mujer, y ésta no tuvo más remedio que confiar al inglés los descabellados propósitos de la joven. Al mozo le hizo mucha gracia, declaró que era de lo más lindo, de lo más novelesco y de lo más idílico que pudiera imaginarse, pero como estaba comprometido en Inglaterra, opinaba que las cosas se arreglarían por sí mismas de la manera más conveniente. Desde luego pensaba obrar con mucha discreción, Y es lo que hizo.

Encontró no obstante divertido hablar con Lisbeth, pasearse con ella, decirle lindas cosas, que en sus labios no significaban nada, pero que para Lisbeth querían decir todo lo que es posible decir en el mundo. Durante aquel tiempo Lisbeth fué muy feliz porque había encontrado al hombre a quien amar.

Salvaje de origen no se tomaba la molestia de disimular sus sentimientos, lo cual divertía al inglés en gran manera. Cuando éste marchó Lisbeth acompañóle hasta la cúspide de la montaña, en Markunda, preocupada e infeliz.

La mujer del cura que como buena cristiana temía al escándalo y al ruido más que a todo,—ningún control tenía sobre Lisbeth—aconsejó al inglés decir a la muchacha que regresaría para casarse con ella.

—No es más que una niña—dijo— y en el fondo, mucho me lo temo, una verdadera pagana.

Por esta causa el inglés recorrió las doce millas que los separaban de la cúspida de la montaña, enlazando el talle de Lisbeth y asegurándole que regresaría pronto para casarse con ella. Lisbeth le hizo repetir y repetir mil veces sus promesas. En el pico de Markunda se quedó llorando hasta que su amado desapareció a lo largo del sendero de Muttiani.

Entonces secó sus ojos y regresó a Kotgarh y le dijo a la mujer del cura:

—Volverá para casarse conmigo. Ha ido a ver a sus padres para decírselo.

Y la mujer del cura consoló a Lispeth y le dijo

—¡Volverá!

Al cabo de dos meses Lisbeth dió signos de impaciencia. Le dijeron que Inglaterra estaba muy lejos, al otro lado de los mares.

Ella ya sabía donde estaba aquel país. Había leído un tratado elemental de geografía, pero, como hija de las montañas que era, no podía formarse una clara idea del mar. En la casa guardaban un rompe-cabezas que reproducía un mapa-mundi. Muchas veces, cuando niña, Lsbeth se había entretenido con él. Volvió a desenterrarlo y se pasaba las noches combinándolo, llorando por lo bajo y esforzándose en adivinar en qué parte del mundo se hallaba su inglés. Como la idea que tenía de las distancias, y de los buques a vapor no era muy exacta, sus conclusiones es muy posible que resultaran bastante erróneas. Por lo demás, aunque hubiera estado rigurosamente en lo cierto, habría sido exactamente lo mismo. El inglés no tenía la más mínima idea de regresar para casarse con la hija de las montañas. Cazando mariposas en Assam la olvidó por completo, hasta tal punto, que una vez de regreso en su patria escribió un libro de impresiones sobre el Oriente, y el nombre de Lisbeth ni siquiera fué citado.

Al cabo de tres meses Lisbeth emprendió cotidianamente un peregrinaje hasta la cúspide de Markunda para ver si descubría a su amado en el camino. Esto la reanimaba, y la mujer del cura, viendo que renacía su buen humor, creyó que recobraba el juicio y renunciaba a "un capricho de lo más bárbaro y poco delicado que pudiera imaginarse", como era el de unirse con un inglés, hijo de una raza superior y comprometido, además, con una joven de su tierra. La mujer del cura creyó que el momento había llegado de hacerle conocer el verdadero estado de las cosas y le comunicó que el inglés sólo le había prometido regresar para tranquilizarla. Lisbeth contestó que eran invenciones absurdas, que él le había declarado su amor y que ella misma, la mujer del cura, por sus propios labios, le había afirmado que el inglés volvería.

—¿Acaso lo que usted me dijo y lo que él me dijo puede resultar mentira?

—Te lo dijimos para tranquilizarte, hija mía—repuso la mujer del cura.

—En tal caso, ¿usted ha mentido— replicó Lisbeth—usted y él?

La mujer del cura bajó la cabeza sin contestar. Lisbeth calló igualmente por un instante, luego partió hacia el valle, regresando vestida al estilo de las hijas de la montaña—sucia, muy sucia, pero sin el anillo en la nariz ni los pendientes en las orejas.

—Vuelvo a los míos—dijo.—Usted ha matado a Lisbeth; sólo queda la hija de la anciana Jadéh, hija de un "pahari" y sirvienta de "Tarka Devi". Ustedes los ingleses son todos unos embusteros.

Antes de que la mujer del cura volviera de su asombro,—asombro inmenso ante la noticia de que Lisbeth renegaba el cristianismo y volvía a los dioses de su madre—la muchacha había desaparecido. Y no regresó nunca.

Se encariñó con pasión extrema sacrificándose por las gentes inmundas de su raza, como si quisiera compensar la primera parte de su vida. Al poco tiempo se casó con un leñador que la maltrataba, según costumbre de los "paharis", y su belleza no tardó en marchitarse.

—No hay ley capaz de explicar los caprichos de una pagana—decía la mujer del cura—y creo que en el fondo Lisbeth fué siempre una infiel.

Si se tiene en cuenta que la admitieron en la iglesia de Inglaterra cuando contaba la temprana edad de cinco semanas, no se puede prestar mucho crédito a las palabras de la mujer del cura.

Lisbeth murió muy vieja. Habló siempre el inglés con mucha facilidad, y cuando estaba suficientemente borracha, era posible inducirla a relatar la historia de sus amores.

Pero resultaba trabajoso imaginar que aquel ser relajado, de ojos llorones y apergaminada frente, semejante a una escoba de trapos amarillentos, hubiera podido nunca ser la hermosa "Lispeth de la misión de Kotgarh".

Cadáveres equilibristas

Entre los sistemas que se emplean por esos mundos de Dios, para enterrar a los muertos, quizás no haya otro tan curioso como el de los indios de la Columbia inglesa.

Cuando fallece un gran shaman o mago de los que allí ejercen la medicina, le dan sepultura aérea. En lo alto de un poste colocan un tronco hueco y tallado en figura de hombre, y ponen dentro el cadáver en posición vertical, metiéndolo por una portezuela abierta en dicho tronco. Un tejadillo, a manera de sombrero, cubre el extremo del extraño sepulcro.

Los candidatos a la presidencia de los Estados Unidos



El partido republicano propicia la candidatura de los señores Mayor General Leonardo Wood (con grandes probabilidades de triunfo), Senador Warren G. Harding y Frank L. Lowdwn, gobernador del estado de Illinois.

LEYENDAS DE TIERRA ADENTRO

EL "YACI-YATERÉ"

A mis estimados amigos, los poetas
Edmundo Montagne y Félix B. Visillac.
Fraternalmente.

Cuenta una antigua conseja
de la tierra misionera
que cuando caer la agorera
sombra sus cortinas deja.

Suele oírse en la fragante
selva, de edad de mil años,
unos gritos muy extraños
como de un ave gigante...

Y que al sentirlos del lecho
salta la madre asustada,
y a sus hijos, angustiada,
oprime junto a su pecho.

Pues afirma que aquel grito
es de un rubicundo enano,
que, allá, en el tiempo lejano,
muriese por Dios maldito...

Y ora, en ave convertido,
en la tiniebla escudándose,
en los ranchos deslizándose,
sustrae al niño dormido.

Y luego, entre la boscana
fronda la sangre le bebe,
porque así, — agrega, — debe
rescatar la forma humana...

De ahí el miedo que inspira...
Y más, habiendo quien jura,
— y con toda fe asegura
que su cuento no es mentira:—

Que en la alba de su niñez,
cuando aquel grito sentía,
al despertarse veía
al enano alguna vez...

Y otros muchos: si la oscura
noche les tomó de viaje,
al cruzar por el boscaje
vieron entre la espesura,

Algo a un monstruo parecido
que, ocultándose en las ramas,
entre sus dientes de llamas
llevaba a un niño dormido...

Y hasta hubo quien afirmó
— y con toda seriedad —
que él, allá en su mocedad
al enano conoció.

Y que, aunque ''chico'', guapo era
y guitarrero y cantor;
pero lo ''chifló'' el amor...
y fué éste quien lo perdiera...

Pues, habiéndose burlado
de la hija de un curandero,
la moza le hizo ''algo fiero''
y entonces quedó embrujado...

Dándole como misión
triste a los niños robar,
y su sangre devorar
para fin de su expiación...

Y es por eso que en aquellas
noches que llaman ''de plata'',
cuando su poncho desata
bordado de áureas estrellas,

En los ''pagos'' misioneros,
si alguna madre silbar
oye al pájaro... a abrazar
corre a su hijo;... y lastimeros

Ruegos alza, mientras que
''le hace la cruz al maldito''
y con fuerte voz el grito
lanza: — ¡El Yaci-yateré!...''

Pues dice, y nadie lo niega,
que aquel grito que se siente,
es del enano inclemente
que a cumplir su misión llega...

Y afirma — y de corazón —
''que así huye el maldecido
''porque viéndose sentido
''su poder pierde en acción...''.

.. ..

.. ..

Y esto es, lector, lo que oí
en un viaje por Misiones,
y cual de sus tradiciones
la más popular de allí.

Gontrán ELLAURI OBLIGADO.

Buenos Aires, 1920

EL MAR

por GONZALO OCHOA

¡Qué espectáculo más grandioso que el de esa enorme masa de agua, que continuamente se agita, movida por un impulso eterno e infinito!

¡Qué grandeza y qué majestad no se desprende de esa inmensidad de superficie movible, que ora tiene las languideces suaves y tranquilas de una noche serena, ora ruge terrible con el furor de una tempestad desencadenada!

¡Qué mezcla de pensamientos melancólicos y de alegres sueños, de tristezas amargas y de visiones celestes, evoca su contemplación!

¡Qué mejor confidente de nuestras penas, que esa mar tranquila en una tarde de otoño, cuando el sol desciende en su ocaso, coloreando ligeramente las nubes que se deslizan lentamente en el horizonte, cuando la brisa fresca y salina, llega hasta nuestro rostro, acariciando blandamente nuestras mejillas; cuando vemos que el agua llega ondulante hasta besar dulcemente la arenosa playa, cuando la luna con sus argentados rayos comienza a reflejarse sobre las olas encrespadas, transformando su hermoso color verde en azul plateado!

¡Qué sensación más agradable puede sentirse, que el aspirar esta atmósfera marina, tan natural y tan atrayente, dejando que la imaginación vague, por todo un mundo de dulces ensueños o de gratos recuerdos!

¡Qué concepción tan vasta, qué mente priviegiada para idear tanta grandeza!

¡Cómo hace pensar en la pequeñez de las miserias humanas, el contemplar la naturaleza solitaria, desnuda y rústica, tal cual salió de la mano del Supremo Ordenador de las cosas!

Si hay una imagen que caracterice la idea de lo infinito y de lo eterno, esa es la del mar sin límites, extendido como un inmenso desierto de agua, que va a bañar las costas de tierras extrañas y países desconocidos.

Contempladlo en una hermosa mañana de primavera, cuando el sol enciende la sangre y enardece la savia del cuerpo, cuando las plantas reverdecen y las flores nacen, cuando los árboles se cubren de hojas de esmeralda y el sol brilla en un horizonte sereno, cuando los ojos se iluminan y los espíritus se vivifican, cuando toda la naturaleza renace a una nueva existencia que parece que fuera el producto de un soplo gigantesco, con que de nuevo se alienta la apagada vida del invierno.

Entonces, es preciso verlo como acaricia con sus ondas las cabelleras de las jóvenes ninfas, que van a refrescar sus virginales cuerpos en las olas misteriosas del océano o como en el silencio de la tarde, arroja de su seno la barca pescadora, en medio de los últimos resplandores del astro del día, cargada con los habitantes sempiternos de su mansión.

De repente, toda esta calma desaparece; gruesos nubarrones pueblan el espacio, el relámpago brilla; el trueno suena y su inmenso eco se va a perder en los abismos de ese mundo silencioso; gruesas gotas empiezan a caer; las olas comienzan a agitarse y a entrechocarse entre sí, yéndose a romper, tumultuosas, con rugientes bramidos, contra el inconmovible peñasco de granito.

La tempestad crece; el espacio se ve cruzado por continuas huestes de nubes que luchan unas con otras, librando horrenda batalla y transmitiendo su furor a las olas del verano, que levanta inmensas cataratas de agua lanzando al espacio su bronca voz.

Todo ruge, el trueno y el mar, las nubes y las olas, y del terrible cataclismo aéreo se desprende de cuando en cuando alguna culebra de fuego, que va a apagarse en las profundidas del abismo.

¡Qué imponente y sublime cuadro!

¡Oh mar! ¡espejo del alma humana, reflejo eterno de la Omnipotencia, libro inmutable de la historia, que has anotado la marcha de los siglos en la sucesión del tiempo, yo te saludo, y te envío mi recuerdo inolvidable, en alas de mi entusiasta admiración por tu grandeza!

EL SISTEMA DEL CAPITAL Y DEL TRABAJO



LAS ROSAS

En viejos y empolvados cronicones de antiguos croniqueros, encontró un escritor la crónica de un mago jardinero sobre el alma múltiple y poliforme de las rosas.

El mago pasó su juventud filosofando acerca del destino de los hombres y las cosas, y aspirando el amor de las mujeres; y ya viejo y cansado de la vida, se dedicó a cultivar, en el predio de sus mayores, rosales diferentes en memoria de las rosas que fueron deshojadas, en tiempos de felices galanteos, en la copa del placer.

Dejó escrito: en cada rosa está encarnado un loco devaneo o un amor pasional, de esos que nocen, viven y mueren en el alma multiforme de las mujeres.

Su perfume diverso y embriagador, es el mismo que en horas pasionales exhala el cuerpo vibrante y pecador de las hermosas que, cual una flor abierta en la mañana a los vientos del deseo, es acariciada allá en la noche por las manos de sabios tentadores.

Sus blancos pétalos, rosados o de púrpura, son los besos tímidos que imploran los tímidos galanes; son los besos concedidos que vendimian aquellas que en sus vides supieron vendimiar; y son también los besos usurpados que arrebatan con violencia los osados paladines, porque fuertes en pasión no supieron implorar, ni pudieron esperar, a la vera del cercado, la estación de las vendimias.

Sus pistilos son estuches primorosos de las mieles y perfumes concentrados, donde liban las abejas la virtud de sus panales; y son éstas los amantes que se fueron, y en pistilo de la amada cultivaron, con cariño y con primor, el panal de sus pecados en la miel de sus ternuras.

Cuentan las crónicas que cuando el sol incendiaba con su lumbre las montañas, ya el viejo jardinero estaba en la faena de sus rosales. Así prolongó su ida hasta que la muerte le encontró aspirando el perfume de sus rosas, en recuerdo de las mujeres que adoró en tiempos de juventud y amores.

Al final de la crónica decía: "hombres de virtud que habéis vivido la vida de la gloria y del amor, amad las rosas porque en ellas encontraréis el alma de las mujeres que os amaron. Por eso, al despedirme de la vida, cubrid mi cuerpo con pétalos de rosas, besos que en la urdimbre de la tumba formarán sudario pasional; y alrededor de ésta sembrad rosales muchos para que el viento desgrane sobre ella, como plegarias de amor, los pétalos de sus rosas: besos, caricias y ternuras de mujeres adoradas."

Vicente DÁVILA.

PARA LA GENTE DE CAMPO

Cultivo del algodón

(Continuación)

Los cuatro cultivos precitados son los más indicados para la buena práctica de rotación, pues se establece una compensación con las exigencias y los elementos diferentes que extraen por medio de sus raíces cada uno de ellos, evitando el agotamiento del suelo y la adición de abonos que por hoy es antieconómica en esas regiones.

El caso es sencillo y conviene explicarlo: el maíz, es una planta de raíces superficiales y es así que exige para completar su ciclo vegetativo los elementos de la capa arable; el algodonero, de raíz profunda, solicita con preferencia los componentes físicos y químicos del subsuelo; el maní, enriquece considerablemente de ázoe el terreno, propiedad que como se sabe desempeña toda leguminosa, al fijar el nitrógeno atmosférico por medio de bacterias nitrificantes que se encuentran en el interior de los nódulos que se observan en las raíces; el tártago, constituye una gran defensa contra la langosta y deja al terreno abundancia de detritus (hojas y tallos), que, descompuestos, constituyen un verdadero abono para el cultivo que debe sucederlo.

Sabemos, por otra parte, que las plantas tienen sus enemigos propios, ya sea de origen criptogámico o parasitario, como es el caso de la "oruga" del algodonero y el "bicho moro" de las patatas, que no atacan otra cosa, y estas plagas se reproducirían a maravilla si encontraran todos los años su alimento preferente. En cambio alternando los cultivos, los perjuicios se reducirían al minimum.

SIEMBRA

Se siembra en líneas distanciadas a 1.20 metros, marcadas con un surcador, arado o cordel y a distancia de 0.70 a 0.80 una planta de otra. La siembra en cada golpe es de 2 a 3 semillas seleccionadas, a una profundidad de 2 centímetros en el litoral y 2 ½ en la zona del F. C. C. Norte. Dan buen resultado las sembradoras Lulú y Avery, muy usadas en el Chaco. La siembra se hace en línea continua, y luego se ralea. Estas sembradoras sencillas tienen también su aplicación para los cultivos de maíz, arvejas y porotos, cambiando el plato graduador de la distancia.

Se necesitan 10 kilogramos de semilla por hectárea; y algunas veces menos, según la pureza, poder germinativo y época de la siembra.

El algodonero requiere calor y humedad y hasta que la tierra no tiene 12° de calor, la semilla no germina.

Hay años que se puede sembrar en septiembre; pero, generalmente, el mejor mes es el de octubre, pudiendo en caso de un atraso imprevisto (ataque de langosta, oruga, etc.), sembrar hasta fines de diciembre. Pero cuando más tarde se siembre, menos rendimiento producirá. Muchas veces las heladas tempranas queman las plantas antes de que los capullos hayan sazonado y las semillas pierden en su mayor parte el poder germinativo.

Sembrando temprano puede distanciarse una planta de otra hasta un metro, teniendo tiempo así de adquirir gran desarrollo y satisfacer las exigencias de esta malvácea, que requiere mucha luz y aire.

Los resiembros se imponen cuando causan daños las hormigas, etc., haciéndose por lo común a los 10 ó 15 días de la siembra.

LABORES CULTURALES

En su primer período vegetativo, el algodón es bastante lento y al mes alcanza hasta 0.20 metros más o menos, según lo favorezca el tiempo. Durante este intervalo se efectúa la primera labor cultural, que consiste en la carpida de los yuyos, que ahogarían fatalmente las plantitas tiernas aún, de no realizarse esta operación.

Este primer período del algodonero es delicado, como el de toda planta, no habiendo contratiempos después una vez desarrollada ésta.

La carpida se efectúa de la siguiente manera: se pasa la carpidora Planet de 5 rejas para limpiar las calles, recurriendo a la azada de mano para limpiar las líneas. Generalmente, con tiempo normal, es suficiente esta primera carpida, hasta la primera aporcadura, pero si el tiempo es lluvioso, las plantas espontáneas crecen con prisa y obligan a una nueva carpida a mano.

Antes de aporcar se ralean las plantas, dejando en general las más fuertes. A los 15 ó 20 días después de la carpida se aporcan las plantas con el arado para que ellas no se abran o tuerzan con los vientos y, al mismo tiempo, para que las ramas inferiores que son las primeras en cargarse de capullos, no toquen al suelo. Después de las aporcaduras, las labores consisten en mantener las calles limpias. Unos emplean el arado, retirando la tierra en el centro y después reponiéndola sobre los costados; otros ejecutan el trabajo con las carpidoras Planet de 5 rejas; pero son mejores las cultivadoras a tracción animal, que en el Chaco aún no están muy difundidas. Ellas remueven bien la tierra, impiden el crecimiento de los yuyos y mantienen la superficie siempre suelta, evitando la evaporación de la humedad subterránea.

Además, cada vez que sea necesario hay que pasar la azada para mantener constantemente limpias las líneas hasta tanto la planta adquiera un determinado desarrollo, pues entonces la sombra que proyectan sus hojas, impide el crecimiento de las vegetaciones espontáneas.

En resumen, las labores culturales consisten en una o dos carpidas a mano; en una, dos o más aporcaduras, y en la limpieza de las entrelíneas. Estas labores deberán estar terminadas antes que los capullos empiecen a abrirse.

Para estos trabajos se emplea como bracero al indígena, pagándosele a razón de pesos 0.10 la hilera de 100 metros de largo, alcanzando cada trabajador a carpir de 15 a 20 líneas diarias.

COSECHA

La cosecha de algodón requiere mucho personal, pero siendo una operación en la cual no se necesita energía muscular, sino resistencia al clima, pueden ser empleados las mujeres y los niños.

Cuando el capullo de color verdoso se torna morado, es indicio de que ya ha llegado a la madurez, pues poco a poco, con la influencia del calor y del aire se abre gradualmente hasta dejar escapar unos filamentos más o menos blancos semejantes a copos de nieve.

La recolección se hace a mano, sacando uno a uno los capullos y depositándolos en un delantal de lona o arpillera que el cosechero tiene atado a la cintura, y el que, cuando está lleno, lo vacía en una lona de mayor tamaño para llevar el algodón al tendal hecho de tablas o cinc, sobre el cual se le deja secar durante uno o dos días, hasta tanto no contenga humedad alguna.

Los indios recogen de 30 a 50 kilogramos de algodón por día. El precio de cosecha que se paga actualmente es de pesos 0.08 a 0.10 el kilogramo de algodón con semilla, llegando a costar con la desecación, embolsado, etc., más o menos, pesos 0.15 el kilogramo.

La cosecha del algodón empieza, generalmente, en febrero o marzo, y dura hasta fines de mayo, junio y hasta agosto, según las heladas más o menos tempranas. Los algodones algo manchados por la lluvia u otras causas deben exponerse al rocío para que recuperen su blancura.

Después de estar el algodón bien seco, se le coloca en bolsas y se apila en el galpón hasta su venta.

RENDIMIENTO

El rendimiento es muy variable; depende según los años, calidad de las tierras y la época de siembra. Se ha tenido producciones de 3.000 kilogramos por hectárea, habiéndose sembrado en septiembre; pero en los años normales recién se puede sembrar en octubre y cosechar hasta junio, pudiendo rendir el algodonal, cuando está bien cuidado, alrededor de 2.000 kilogramos por hectárea.

El precio del algodón con semilla oscila de año en año de pesos 0.19 a 0.20 y hasta 0.38. En la cosecha de 1917, los precios oscilaron desde pesos 230 hasta 380 pagados por las últimas recolecciones, con la ventaja de ser retirado el producto por el acopiador desde el galpón.

En el año 1918 los compradores hicieron contratos hasta por pesos 450 moneda nacional la tonelada.

El algodón, una vez vendido al acopiador, se "desmota", operación que consiste en separar las fibras de las semillas. Para ello se emplean desmotadoras de construcción norteamericana, las que necesitan para accionarlas un motor de cuatro a seis caballos. Después del desmotado se emplean prensas a presión hidráulica para hacer los fardos de las fibras, que pesan de 150 a 200 kilogramos el metro cúbico.

El rendimiento del algodón desmotado es de una tercera parte de fibra y dos terceras partes de semilla, de la que se extrae el aceite comestible de algodón y también el utilizado en la preparación de la manteca artificial, jabón, etc. Es tal la importancia y valor que ha adquirido la semilla en estos últimos tiempos, que los precios últimos han ascendido hasta pesos 100 la tonelada, de modo que bien puede considerarse al algodonero como un textil y oleaginoso.

Las tortas, residuos de la fabricación de aceite, son ricas en materias azoadas, constituyendo un abono de primer orden.

El precio de la fibra es variable, siguiendo las cotizaciones de los mercados algodoneros de Nueva York, Liverpool, Rotterdam y Barcelona.

LA TENTACION DE PIPIRÍ



—¡Me parece que sería un lindo paracaídas!

LA PIEL DE NARANJA

por Oscar WILDE

I

Acababa de doctorarme y me quedaba tiempo de sobra para husmear por las clínicas.

En una de ellas, conocí a Juan Meredith, químico de primer orden y aficionado a la medicina.

Nos hicimos muy amigos y me presentó en casa de lord Babington, tutor y tío suyo.

Vivía éste con su esposa, mujer muy joven, con cuya primavera cometió la tontería de unir su invierno.

Ibamos allí todos los domingos y pasábamos el día en una terraza aromada de olores a naranjos, o paseábamos por el campo, cogiendo madreselvas o lilas tempranas.

Generalmente, lord William se agarraba a mi brado y dejábamos que Meredith se constituyese en caballero de honor de lady Marcela. Siempre nos quedábamos atrás lord William y yo, y ellos se adelantaban más ligeros.

Y, cosa rara, la tía y el sobrino no parecían entenderse más que para los paseos y durante ellos, pues en casa o en la calle se mantenían en esa cortesía un poco agresiva que es frecuente entre la mujer joven de un tío viejo y el sobrino que ha de heredar de ese tío.

Le hice observar aquel extraño contraste y me contestó riendo.

—Es que mi tía y yo nos odiamos, pero sólo en casa, porque nuestros intereses son contrapuestos. En el campo nos entregamos alegremente a una camaradería muy propia de nuestra edad.

Le repliqué que yo no acertaba a comprender, porque la amiga del campo no podía serlo en casa, y que su psicología me parecía muy sutil.

—No he dicho "amiga"—me respondió—he dicho "camarada", lo cual es muy distinto. No hay amistad posible entre la mujer de mi tío y yo.

Un domingo almorzábamos los cuatro en el comedorcito Renacimiento.

Estábamos en los postres, y lady Marcela hizo servir los vinos, según la moda inglesa.

De ordinario, seguía en la mesa, procurando impedir que lord William, que era algo aficionado, bebiese demasiado "sherry", o demasiado Corton.

Pero aquel día me pareció sumida en una profunda distracción.

Como yo siempre he sido muy poco bebedor, dejé a los dos ingleses que se despachasen a su gusto y me dediqué a observar a mi vecina.

Jugueteaba con la piel de la naranja que acababa de saborear gajo por gajo.

Primero, con el cuchillo de la fruta la cortó en largas tiras, después subdividió cada tira en pequeños rombos, y, por último, reunió los pequeños rombos en un montoncito, en medio de su plato.

Durante un instante, el cuchillo descansó sobre los rombos para tomar en seguida la posición vertical.

No cabía duda: el juego de la piel de naranja era un sistema organizado de correspondencia y esta correspondencia no podía dirigirse sino a Meredith.

¿Pero con qué objeto, puesto que en el campo tenían ocasión de hablarse sin miedo a los indiscretos?

Salimos, como de costumbre. Pero noté que la tía y el sobrino, no bien tomaron la delantera, tuvieron un vivo altercado, durante el cual lady Marcela multiplicaba sus gestos imperativos, en tanto que Meredith parecía replicar con negativas.

II

Después de un paseo de tres horas, regresamos lord William y yo a Villa-Avray, pero no se nos unieron Meredith y lady Babington.

Se habrían entretenido, seguramente.

Serían las seis y media, cuando una especie de carromato se detuvo frente a la terraza.

Lady Marcela saltó de él con una ligereza de pájaro.

—Venga usted en seguida—me gritó—a socorrer al pobre Meredith, que se ha torcido un pie. ¡Háganse cuenta de que han perdido el tren de media noche! Son ustedes prisioneros nuestros hasta mañana, en que buscaremos un medio de transportar a Meredith a su casa. Voy a preparar su habitación, porque compartirá usted la de Meredith, doctor, ya que la más bella lady de Francia y de Inglaterra no podría ofrecerle más que la suya propia.

Y lady Marcela se precipitó hacia la escalera.

Con ayuda de los criados, llevé a Meredith al diván oriental, cerca del piano.

Se negó a ir más lejos, diciendo que ya era bastante sufrir sin aburrirse. Le subirían cuando fuese hora de acostarse; pero deseaba, ya que no cenar, por lo menos, asistir a la comida.

Lo único que me permitió fué que le reconociese el pie. Lo tenía quizás un poco hinchado por una caminata excesiva, pero no vi nada alarmante, nada que revelase claramente la causa de los dolores de que se quejaba.

Subimos a Meredith al segundo piso, alumbrados por lady Marcela, que me aconsejó, en vista de que nuestra habitación no tenía timbre, que diese un golpe en el suelo si Meredith necesitaba algo.

—Mi habitación cae precisamente debajo de ésta, y ya avisaré yo a los criados, porque, desgraciadamente, Juana, mi doncella, que duerme de costumbre en mi tocador, está fuera, con permiso, hasta mañana por la noche.

Ayudé a Meredith a acostarse y, una vez apagadas las luces, no tardé en dormirme.

Cuando me desperté, hacía una noche negra y sin luna.

Encendí una cerilla para ver el reloj. Eran las dos y cuarto.

Iba a soplar el candelabro, cuando, al no oir la respiración de Meredith, volví casi máquinalmente la cabeza hacia su cama.

Estaba vacía.

He aquí, pensé, la explicación de esa extraña torcedura. ¡El amigo Meredith es un buen cómico, y lady Marcela, con sus rombos de piel de naranja, que me han intrigado tanto, le señalaba sencillamente la hora del amor! Y después de esto, vaya usted a creer en la virtud de las tías políticas y en el juramento de los sobrinos: "Yo no quiero a mi tía y ella me odia cordialmente".

Pero estos hermosos razonamientos no me trajeron el sueño y sólo al amanecer conseguí, al fin, dormirme...

III

Me despertó un grito de llamada, al que respondió una exclamación angustiada de Meredith, que se precipitó hacia la escalera. No bien me hallé en estado de presentarme decentemente, le seguí.

—¿Qué sucede?—pregunté a una criada que encontré en el rellano del primer piso.

—Lord Babington—me dijo—ha muerto o está moribundo.

Palidecí. Instantáneamente pensé en el cuchillo colocado sobre el plato, debajo de los dos rombos de piel de naranja.

La voz de Meredith, una voz rota, me llamaba desde la alcoba abierta.

Entré. Lady Marcela, pálida y angustiada, lloraba al pie del lecho.

Meredith, con un ademán, me señaló el cadáver.

Me acerqué. Como me lo reveló la primera mirada, Lord William había dejado de existir.

En un rápido examen, intenté buscar las causas del fallecimiento.

Dejando aparte dudas o preocupaciones que yo tuviera por los sucesos de aquella noche, nada significativo permitía sospechar que la muerte no fuese natural: era una rotura de aneurisma indiscutible, al parecer. La caminata, irresistible para las fuerzas del enfermo, sus abusos habituales de bebidas alcohólicas y sus excesos del día anterior podían explicar el accidente.

Me estremecí. ¡Era tan buen cómico y tan gran químico Meredith!

Sentí un peso menos sobre mi corazón. Después de todo, el médico forense se las arreglaría como pudiese.

Si había algo... las conciencias de Meredith y de Marcela eran las únicas a responder...

Por otra parte, ¿había algo más? ¿Un amorío, una cita? Conformes. ¿Un crimen? Si lo hubiera sostenido, todo el mundo me hubiera tomado por loco.

Me tragué mis dudas, y no dije una palabra.

Un año después, supe que Meredith se casaba con su tía. Más tarde, que habían tenido hijos.

En diversas ocasiones, recibí de mi antiguo amigo invitaciones para que le visitase. Nunca pude hacerlo. Y lo siento, porque hubiese aclarado si él y lady Marcela encarnaban la felicidad en el crimen o la felicidad en el amor.

¿Quién sabe?

¡Juzgamos tan a la ligera y con tanta malignidad, nosotros, los escépticos endurecidos!...

La azucena de Carlos V

El augusto monje de Yuste, una vez en el retiro del melancólico monasterio, quitó toda su atención de las cosas de los hombres y puso todo su amor sobre las flores...

Un año antes de su muerte, sus manos reales regaban con afanes, diariamente, una planta de azucena que él mismo sembrara. Llegó la primavera y la planta tuvo dos verdes tallos; luego en cada uno de ellos brotó un capullo;... después, uno de los capullos floreció, y el otro, aunque pasaba mucho tiempo, ni se secaba, ni pensaba en florecer...

Una tarde paseaba Carlos I en amable plática con el monje Francisco de Borja — antes Duque y después Santo. — "Padre — le preguntó el monarca enclaustrado, — a vuestra sabiduría, que a tanto llega, ¿le será dado conocer este enigma?... — E inclinándose sobre la planta de azucena, le contó su historia.

El de Borja hubo de escuchar con gran reverencia el discurso del Emperador: después elevó santamente el índice señalando al cielo, y sin decir palabra alguna volvió a su interrumpido paseo.. . . . .

. . . .

Pocos meses después Carlos V, entregó puramente su alma a Dios. Los monjes, que conocían el relato de la azucena y las disertaciones que sobre ella hiciera su sembrador, quedaron maravillados, cuando el día de la muerte del rey la vieron florecida...

Y cuando San Francisco de Borja conoció el hecho, murmuró con mística unción:

—¡Ah, milagro! Mis pobres ojos humanos, no pudieron adivinar en ti, humilde planta, el designio divino, ¡pero mi alma lo presintió! — Carlos, no debía morar más sobre la tierra!... Blanca azucena, por tu tallo que floreció, y ya es muerto, y por el que hoy es flor, emblema de castidad y de pureza, la voluntad de Dios se ha manifestado. ¡Que tu primer capullo sea el símbolo de una vida humana que se apagaba, mientras era el segundo, nuncio de un alma pronta a volar... a vivir su vida eterna...

Y San Francisco se arrodilló.

El cerebro de las hormigas es proporcionalmente mayor, con relación al cuerpo, que el de todos los demás animales.

La hormiga es, en proporción, el animal más fuerte que existe. La carga que lleva a cuestas es poco más del doble que el peso de su cuerpo.

Uno de los espectáculos más hermosos del mundo, es el que ofrece la emigración anual de las mariposas al través del istmo de Panamá. A fines de junio principian a verse multitud de estos animalitos, cuyo número aumenta de día en día, y a mediados de julio el cielo se ve obscurecido por miriadas de estos lindos insectos.

HISTORIA DE BARRIGUETE, QUE LA PATA SIEMPRE METE

























VICTOR HUGO, DIBUJANTE

Al morir Pérez Galdós se han hecho públicos su afición a la pintura y sus méritos como dibujante. Con motivo de la inauguración en París del Museo Víctor Hugo, el último número de "La Revue Hebdomadaire", bajo el título "La casa de Víctor Hugo", publica un interesante artículo, firmado por Marie-Louise Pailleron, en el que se descubren las múltiples aptitudes artísticas del gran poeta francés Víctor Hugo.

El conservador del Museo de la ex plaza Real, M. Escholier, apasionado de la pintura de Víctor Hugo, ha reunido con un gusto depurado, en un salón del Museo de la plaza de los Vosgos, ensanchado y reformado, las numerosas concepciones del poeta de los paisajes renanos. La Casa de Víctor Hugo será una peregrinación obligada. En ella se verá pintar al gran poeta, se le verá trabajar como ebanista, porque muchos de los muebles están fabricados por sus manos, y se le descubrirá como decorador. El comedor chino de Juliette Drouet, traído de Guernesey, está compuesto de tableros tallados en relieve y ajustados por el propio Víctor Hugo. Todo en la sala, cuadros, cofres, bancos, están impregnados de romanticismo.

El visitante enamorado del pasado y del romanticismo experimentará un placer singular al recorrer los locales habitados aún por tantos recuerdos. La multitud se apasionará, sobre todo, con la reconstitución fiel de la cámara mortuoria del poeta con sus retratos, con sus molduras.

Contemplad sus cuadros: torres negras y extravagantes, suspendidas sobre el lívido Rin; castillos sombríos cuyas ventanas están iluminadas con rojizos resplandores, cielos barridos por la tempestad, árboles torcidos, calvarios a cuyos pies cree uno percibir montones de huesos, todo ello traducción literaria del paisaje, que data de una época en que todo paisaje contenía una ideología dramática. En una sala especial, M. Escholier ha reunido los más bellos retratos del poeta, los más célebres.

Entre ellos figuran el de Augusto de Chatillon, una copia del retrato de Bonnat, cuyo original está en poder de Mme. Negroponte, de apellido Hugo, y un hermoso dibujo de Bastien Lepage.

Alrededor de estos retratos se han colocado grabados, apuntes, caricaturas de la época referentes al teatro y a los intérpretes de Hugo. Entre todos se destaca el cuadro de Besnard "La primera de Hernani", al que rodean grabados en color e ilustraciones de la época.

M. Escholier piensa realizar diferentes proyectos. Quiere organizar en este cuadro romántico varias exposiciones referentes a la época de la que Víctor Hugo es magnífico representante.

El romanticismo en el teatro, en el traje, en el libro, en la encuadernación, en la ilustración; el romanticismo y su interpretación del retrato, del paisaje mismo, serán de un enorme interés.

La escalera de la casa está decorada hasta la techumbre con caricaturas y litografías de la época, y no es lo menos divertido de la exposición. El piso segundo es el que habitó, efectivamente, Víctor Hugo, y contiene preciosas reliquias.

El último piso de la Casa de Víctor Hugo está consagrado al hombre político. No se ven en él más que proclamas al pueblo soberano, profesiones de fe, bandos de Bonaparte poniendo al poeta fuera de la ley, escritos de puño y letra de Baudin y un retrato de éste expirando en una barricada.

Según la escritora, el interés principal del Museo, reside en los pisos inferiores, que dan a conocer la época en que Víctor Hugo, joven, escribía la oda a la columna "Las orientales" y recorría cantando las orillas del Rin.

Un muerto que no estaba muerto

La vida del célebre físico, geómetra y astrónomo holandés Cristián Huygens, ofrece, además de sus excelentes trabajos, un hecho muy curioso.

El día 15 de abril de 1695 Huygens quedóse sumido en un profundo sueño letárgico, del cual no salió hasta que transcurrieron dos meses.

Todo ese tiempo lo pasó dentro de un féretro abierto en el cementerio de los Celebrantes, de La Haya, a petición de su amigo el astrónomo danés Rœmer, que fué uno de los que primeramente estudiaron en Europa el fenómeno del letargo.

A pesar de no estar muerto, las autoridades registraron por pura fórmula su fallecimiento con fecha 15 de abril de 1695, y el error subsistió en muchos diccionarios biográficos, aun cuando el propio interesado protestó una vez vuelto en sí, escribiendo una carta en latín macarrónico, que Lalane insertó en su obra "Curiosidades sabias".

DIBUJOS DE GIBSON



Algunas expresiones musicales.



. . . .

El cosmopolitismo que nos invade, de suyo positivista y renovador, hace quizá que evoquemos con mayor fuerza y cariño estos recuerdos de la tierra nativa, que hablan al alma.

Cubramos esos recuerdos con las siemprevivas del cariño y la gratitud, y consagrémosles un templo en el corazón. Ellos fueron los abuelos de la gran familia argentina!

. . . .

El interior del rancho, cuya altura no mide más de dos y cincuenta, está adornado primorosamente con cuadritos pequeños y flores silvestres, recogidas en la mañana por la festejada; alúmbranlo tres candiles con sebo que chorrean de continuo su homónimo líquido. Es el escenario y punto de cita de los paisanos de la comarca para la fiesta a celebrarse.

Bancos de madera y sillas con asiento de cuero crudo; en un ángulo de la pieza yace una mesita redonda manteniendo un cuadrito bendito de la Virgen alumbrado con vela de estearina en acción de gracias por haber llegado a ese día "con vida y felicidad"; cuelgan de una caña de tacuara, mantenida del techo por dos alambres en los extremos, una maletas, un lazo y un par de botas provincianas; todo ello, y figuras minúsculas diseminadas profusamente por las cuatro paredes de barro, componen el ornato general de variada perspectiva. Los demás "muebles" han sido llevados a la cocina.

El ambiente comienza a caldearse. Se oye el templar de los instrumentos. Cruzan el espacio exclamaciones francas, y carcajadas sonoras y largas celebran la ocurrencia de un refrán picante o la narración de un cuento local, de color subido.

En el patio se contempla el chapalear afanoso de la "tortera" sobre la masa, al fabricar pasteles y empanadas, cuyo olor peculiar embalsama el aire y los estómagos, invitando a rendirle cumplidos honores gastronómicos.

Un chinito, de doce a trece años, el boyerito, de cara sucia y haraposo, corre de un lado a otro, alegre, retozón, haciendo mandados y contestando en su media lengua, y entrometiéndose en lo que no le importa. Es el convidador para la fiesta o, por mejor decir, el que en su caballo descarriado, como violín de feria, al son tardío de un estilo y magullos de torta, recorre los ranchos del pago invitando en nombre de tata.

Los viejos bajo el alero, al dulce pasar del mate y cimarrón, comentan las faenas y los hechos que se corren.

El bastonero, gaucho viejo y socarrón, paséase por la "sala" con aires de dictador bondadoso, recordando sus mocedades con algún piropo y amables reprimendas. Va a presidir los destinos de la fiesta. Se requiere para ello un tacto especial para no herir sentimientos ni "intereses".

Las niñas en las sillas, y los mozos a la puerta presentando una pelotera compacta de variada indumentaria, se muestran impacientes, y esperan que los acordes de la instrumental orquesta, el chillón acordeón y su compañera la parlanchiña guitarra, sean el punto inicial del baile para lanzarse en torbellino de entusiasmo y algazara.

Rasgan los instrumentos y el entusiasmo crece de súbito.

El rodar de las espuelas y el ruido de los duros percales, la polvareda levantada por la zamacueca, el cielito y el gato punteado con relación; el canto de algún paisano que evoca en un "triste" melancólicas remembranzas de su vida o tiernas vidalas, dedicadas, ora a los dueños de casa, ora a la festejada o "preferida", tal vez presente; risas excitadas o lánguidas que, en la algazara general, parecen ecos de una vida que se extingue, cuerpos rendidos que se mueven a impulsos de fuerza desconocida, evidencian que la fiesta se encuentra en su apogeo.

Y en incesante danza, con inclinaciones de cuerpo y ademanes voluptuosos, animados con miradas de fuego, verdaderas llamaradas de volcán, entre suspiros quejumbrosos y entrecortados por la emoción de pechos enamorados, el baile continúa al compás de una mazurca dormilona, del predilecto "schotis" con largadas o del ritmo lascivo del tango de corte con requiebros y repiqueteos de tacos y "lloronas".

Aparece el nuevo día. Por sobre las copas de los árboles asoma el sol naciente su cara de niña ruborosa con sus cabellos de oro, y vuelca sus fulgores sobre ese cuadro de risticidad pampeana, extraño y caprichoso.

La mosca aeroplano

No es muy lisonjero para nuestro orgullo, pero debemos reconocer que nada de lo que los hombres inventan es nuevo en la naturaleza. Existe un animalito que muy probablemente fué de los primeros que aparecieron sobre la faz de la tierra, y que sin embargo descubrió el arte de volar desde aquella época remota. Se ingeniaba para pilotear su extraño aparato a través de todas las dificultades, y realizaba vuelos a gran distancia, si se tiene en cuenta su pequeñez y los medios limitados de que se vale.

El tal animal, una especie de escorpión no venenoso, que vive casi siempre en los lugares húmedos bajo las piedras o las cortezas de los grandes árboles caídos, cuando desea viajar por el aire se vale de un medio muy ingenioso. Con una de sus pinzas agarra una mosca e impulsado por ella levanta el vuelo. Sus otras patas le sirven para guardar el equilibrio en el aire, y su otra pinza para dirigir a la mosca-motor. Según algunos naturalistas, la mosca presta este servicio al escorpión voluntariamente, pero la cosa no está completamente probada. Lo que no ofrece duda alguna es que el sistema de locomoción que emplea el curioso insecto, aventaja por lo pintoresco al más extraño que hayan podido inventar los hombres.

Secta religiosa que no emplea la mano derecha

Con el nombre de Sabatarios se han designado diferentes herejes. Unos fueron los judíos mal convertidos que en el primer siglo de la Iglesia eran adictos a la celebración del Sábado y otras observancias de la ley judaica.

También recibieron igual nombre los individuos pertenecientts a una secta del siglo IV, formada por cierto Sabatio, que quiso introducir iguales prácticas entre los novacianos, y que sustentaban que la Pascua debía celebrarse con los judíos el día 14 de la luna de marzo.

Dícese que estos sabatarios tenían la manía supersticiosa de no querer usar de la mano derecha, por lo cual se les dió el apodo de "zurdos".

Por último, existe una rama de anabaptistas que guardan el sábado como los judíos, y pretenden que no ha sido abolido tal uso por ninguna ley en el Nuevo Testamento. Estos condenan la guerra, las leyes políticas y los oficios de juez y magistrados, y dicen que las oraciones sólo deben dirigirse al Dios Padre y no al Hijo ni al Espíritu Santo.

Para criar berros

Para establecer un berrizal artificial se plantan en el suelo fondos de botella puestos boca abajo la parte por donde se ha roto, de modo que se aproveche como vaso la taza que forma el entrante de cada fondo.

En los intervalos entre vasija y vasija se siembran los berros y se riega bien todos los días. Cuando los berros han crecido, las ramas van a beber el agua que se conserva en las vasijas vecinas.

Para evitar que se arranquen los berros al recogerlos, se cubre el berrizal con una alambrera de alambre galvanizado y no se corta más que el berro que sobresale del alambrado.

Un ferrocarril sobre el mar

A propósito de la próxima inauguración de los trabajos en el proyectado Canal de la Mancha, se recuerda que los norteamericanos, mucho tiempo antes de la guerra, resolvieron un problema quizás más difícil: el de construir un ferrocarril sobre el mar en una extensión de varios cientos de kilómetros, necesario para unir la punta extrema de la península de la Florida con la isla de Key West. El prodigio se obtuvo mediante la construcción de una serie de viaductos, altos de siete metros sobre el nivel del mar y formando cada uno una teoría de 180 arcos de cemento armado. Sobre estos viaductos se construyó la línea; los puentes estaban construídos de manera que resultaba fácil abrirlos cuando era necesario dejar paso a los buques. La construcción es muy similar a la de los viaductos romanos, y de una solidez a prueba de los embates más furiosos de las tempestades del Atlántico.

EL AMIGO DE LOS PIBES



—Vea, agente, qué hermoso aeroplano.

El hombre río, el hombre nube...

por Emilio CARRERE

El gran novelista Eduardo Zamacois se ha casado en Nicaragua. El mismo nos lo ha dicho en una carta, publicada en "El Día". Pero, el caso es que Zamacois estaba ya casado en Madrid...

Esta bigamia ha escandalizado un poco a la opinión. Todos hemos pensado melancólicamente en la pobre esposa abandonada y en su hija, una maravillosa morena de diez y ocho años.

La esposa, la buena, la abnegada, pone una corona de martirio a su vida de constantes renunciaciones. Zamacois no fué nunca un buen marido. Es el tipo material y psicológico que más se aproxima "al eterno Don Juan". Arrogante y audaz con las mujeres, siempre fué el dominador y ellas fueron a él, fascinadas por su palabra y por su literatura cálida y sentimental. En su carta nos habla de un súbito enamoramiento. Zamacois se dispone escribir otro capítulo de su larga novela de episodios amatorios. Estos capítulos se podrían titular con bellos nombres de mujer: Virginia Nevares, Blanca Valoris... El último se llama Tulia Avilés.

Es el amorío fragante y volandero; la excelsa llamarada de pasión que nos hace divinos un instante; la fiebre, mitad mística, mitad satánica que sentimos por la Mujer. Pero todo esto no tiene nada que ver con el verdadero amor hondo y extático ante una sola mujer, que comprende para nuestro corazón toda la gama del Eterno Femenino. El amorío se corona de rosas y áureos cascabeles de locura. El amor es más triste que una lágrima.

Zamacois es un dominador del amor, porque no siente el amor. La aventura sentimental, el episodio romancesco, una mujer desconocida... Literatura, literatura, nada más.

Ahora, él no tiene la culpa de ser como es. Es el hombre río que no vuelve a reflejar los mismos paisajes; el hombre nube que boga por el infinito celeste en busca de una estrella quimérica. La inquietud, la fiebre, la renovación. Y saber olvidar y tirar por la borda los recuerdos, que son como fantasmas que se interponen en nuestro porvenir...

Nosotros, los hombres extáticos, los hombres piedra, no comprendemos bien la canción del agua que pasa y de la nube que tramonta. Tenemos el dolor de los que ven pasar los trenes aferrados de por vida a un pedazo de tierra; nosotros no nos iremos nunca de nuestro sagrado y obscuro rincón. La opinión se ha escandalizado; no comprende bien esta última aventura del novelista. No pueden comprenderse el árbol y la nube, la piedra y la ola, lo inmóvil y lo que pasa.

El alma viajera sigue su rumbo; pero ¿no siente, acaso, el dolor que deja detrás?

Los literatos, hombres de imaginación, de pasiones inconstantes, no deben casarse. Aman los lugares nunca vistos, a las mujeres desconocidas, y estos enfermos de lunatismo hacen infelices a sus esposas cotidianas.

Y ellos no son dichosos tampoco en la jaula de la vida vulgar. Como enfermos de lo desconocido, de lo maravilloso, hay que tratarles sin exigirles responsabilidad del mal que causan a su paso.

¡Olvidar, olvidar! Zamacois supo olvidar la loca risa musical de la Nevares, las pestañas rizadas y la inquietante sabiduría de amor de la Valoris. Ha sabido olvidar el poema melancólico y abnegado de Cándida... El hombre nube dice que España está muy lejos, que no volverá acaso, y que en las tierras del sol ha encontrado el amor grande de su vida. El eterno Don Juan repite, una vez más, el ritornelo de su canción. El hombre ola se encrespa de pasión "bajo el nicaragüense sol de encendidos oros".

Zamacois, que es un gran artista, sabe poner en su vida la belleza sobre el dolor. Es un espíritu fuerte que sabe olvidar, que sabe gozar del presente y mirar el futuro. Es carne de triunfador. Aceptémosle como el hombre río, como el hombre nube, que canta y pasa, como una fuerza ciega y fatal de la Naturaleza.

Con las sienes plateadas, con su gran risa meridional, con sus bonitas palabras sentimentales, vive su vida fantástica y arbitraria. En el rincón obscuro, el poeta extático, el hombre piedra, el hombre árbol, aunque comprende la emoción estética del hombre nube, vierte una lágrima verdadera por el dolor que deja a su esposa.

Remedios para fortalecer la memoria

El P. Feijóo, en sus "Cartas eruditas", habla de ciertas drogas que servían para auxiliar a la memoria, y atribuye semejante beneficio, aunque pasajero, pues sólo duraba el día que se usaban, a varias especies aromáticas como el ámbar, las cubebas, el cardamomo y el incienso; y entre los medicamentos compuestos cita el "Agua de Magnanimidad" y la "Confección Anacardina".

De esta última se ocupa especialmente por ser la que se consideraba como remedio supremo, y dice: "Es así que en todo el mundo es celebrada esta confección para el efecto dicho, y se refieren notables maravillas de su eficacia, señalando a veces tal o cual sujeto, que siendo antes de debilísima memoria, después de tomar la Anacardina, retenía al pie de la letra cuanto veía", y luego añade: "En la Religión sonó mucho, que la prodigiosa memoria de nuestro cardenal Aguirre era el efecto de la Anacardina que su padre, el cual era médico, le había dado siendo niño. Yo supe de buena parte ser falso esto, y que aquel sabio cardenal sólo había debido su gran memoria a la constitución nativa de su cerebro".

Después dice haber leído, que por el abuso del medicamento enloquecieron algunas personas.

La confección Anacardina se llama así, porque la base de ella es el fruto de un árbol de la India Oriental llamado anacardo.

Humoradas reales

Entre los monarcas que se han hecho célebres por su prodigalidad, ninguno merece tanto esta fama como Carlos XII de Suecia. Cuando, intentando apoderarse de Rusia, fué derrotado por Pedro el Grande y, perseguido por el enemigo, tuvo que buscar refugio en Bender (Moldavia), el sultán de Turquía, viendo en él un valioso aliado contra sus enemigos los rusos, le acogió cariñosamente y le asignó una crecida pensión mientras permaneciese en sus estados. Sin dejar de agradecer tal fineza, Carlos empezó a gastar aquel dinero en mil extravagantes locuras, repartiéndolo entre los suyos a manos llenas.

Si gastador era el rey, no lo era menos su tesorero. Un día que Grotusen (así se llamaba este funcionario) le rendía cuentas, al llegar a una partida de sesenta mil escudos le dijo con el mayor descaro: "De éstos, señor, repartí diez mil entre los suecos y los genízaros, obedeciendo las generosas órdenes de S. M., y el resto me lo comí yo".

Otro se hubiera encolerizado ante semejante franqueza; Carlos XII, por el contrario, respondió a ella sonriendo, a la vez que decía: "Así me gusta a mí que me den cuentas; mi canciller, en cambio, me hace leer páginas y páginas para una cantidad de diez mil francos. Prefiero desde luego tu estilo lacónico".

La fe de que nos hallamos poseídos los unitarios

Es en nuestro Partido una fuerza poderosa que radica en esa excepcional firmeza hacia los ideales de la unidad.

La fe de nuestros hombres en el tiempo de sus doctrinas es lo que nos ha mantenido impertérritos en la batalla.

A ella se debe la conquista paulatina que hacemos de la conciencia ciudadana; y el despertar de las simpatías hacia el Partido Unitario, al par que obedece a la grandeza de sus propósitos, le son debidos a ese gesto de firmes creyentes en un ideal que se descubre en todos y en cada uno de sus hombres.

¡Hermosa y bella manifestación de ese grupo de sembradores! — En un período en que parecería primar el cálculo, el interés y las matemáticas; cuando los sujetos chocan en la desesperada lucha del más vivo materialismo, descubrir así, un grupo de idealistas y puros, es sin duda un acontecimiento excepcional y altamente significativo.

Reconforta el espíritu de los que vivimos elevando mil veces nuestro pensamiento para consagrarlo a las cosas superiores, ver ese conglomerado de unitarios que luchan con una valentía estupenda al par que con todos sus entusiasmos, consagrando todos sus momentos y sacrificando todas sus alegrías al propósito común de iniciar para la República bajo la égida del unitarismo una nueva era de luz, de justicia, de civilización y de progreso.

Señalamos hoy esto que podríamos dar en llamar el temperamento de que estamos poseídos, y lo señalamos orgullosos de poseer semejantes valores, con los cuales estamos seguros, que lejos de sufrir contrastes, vamos en camino de grandes conquistas y triunfos, de futuras e intensas y gratísimas compensaciones.

Mantengamos perenne esa fe de que hemos dado prueba en los largos años de batalla y tenedlo seguro, el triunfo será con nosotros.

Juan A. MENDOZA ZELIS.

El origen de una moda

La infortunada emperatriz Isabel de Austria, habiendo salido en cierta ocasión a pasear por el campo en compañía de algunas de sus damas, entró en una posada para tomar un refresco; y como se sintiese muy acalorada, se quitó el sombrero y lo colgó del respaldo de una silla. Había en la posada un perrito, y antes de que nadie pudiera impedírselo, se puso a jugar con el sombrero, haciéndolo trizas en breves intantes.

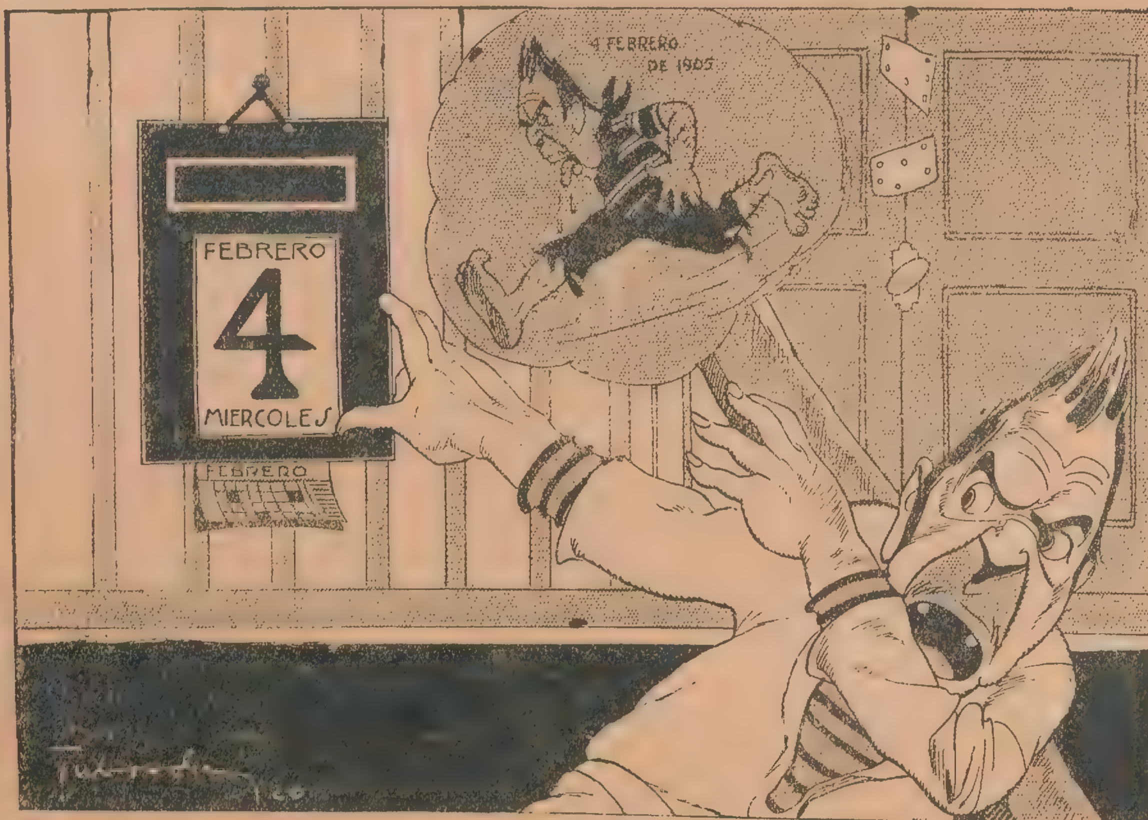
Como era natural, todas las damas de la emperatriz ofrecieron a ésta sus sombreros para regresar al palacio; pero ella prefirió terminar la excursión con la cabeza al aire.

Esta decisión de la soberana bastó para que algunas damas elegantes, de esas que siempre están acechando el menor gesto de las personas reales para imitarlo, pusiesen de moda el salir a paseo sin sombrero. Las calles principales de Viena se veían llenas de señoras luciendo preciosos peinados, pero sin cubre-cabeza de ningún género, y se llegó hasta el punto de ir sin sombrero a la iglesia; todo por el mero hecho de haber visto un día a la emperatriz entrar sin él en la ciudad.

Tanto furor hizo la moda, que las sombrereras vienesas llegaron a alarmarse y se quejaron a la corte. Entonces la misma emperatriz hizo publicar la causa de su paseo sin sombrero, y en cuanto la noticia se propagó entre la sociedad elegante, todas las señoras se apresuraron a ponerse sombrero otra vez.

Calambres

Monadas de actualidad, por Taborda



Frente al aniversario de la disparada "fulgurante".



Final de la selecta asamblea regeneradora del San Martín.

Los cedros del Líbano

La actual extensión del bosque de cedros del Líbano es, en verdad, reducidísima. En pleno desfiladero de Baalbeck, un leve manchón verde, destacando su obscura coloración sobre el amarillento fondo de las rocas libanenses, es todo lo que encuentra hoy el viajero, de las espesas selvas de cedros que cubrieron en tiempos la región montañosa de Siria.

Este bosquecillo se compone de unos cuatrocientos árboles, únicos representantes, con otros pocos cedros existentes cerca de Beyrouth, de las espesas umbrías del Líbano. Estas han desaparecido para siempre al golpe del hacha, llevándose consigo la fertilidad del suelo, hoy árido y estéril por falta de lluvias.

Antójase imposible que haya podido verificarse a través de los siglos una tala tan completa, cuando se recuerda que todos los dominadores de Siria pusieron frenos a la codicia humana, prohibiendo la corta de cedros del Líbano. Sobre la parte más elevada del monte, hizo grabar el emperador Adriano su imperial anatema contra aquellos que derribasen los sagrados árboles. El campesino masonita siente por dichos árboles, a los que llama "cedros del Señor", veneración profunda.

Pero si éstos son escasos, en cambio tienen todos ilustre prosapia. No son, como se ha dicho, los más voluminosos de los árboles conocidos, si bien algunos de ellos miden diez y doce metros de circunferencia en el tronco. Su hermosura reside principalmente en el espléndido desarrollo del ramaje, que a veces cubre un perímetro de 120 metros.

La madera de estos árboles despide un aroma gratísimo, aunque algo fuerte y de gran permanencia. Pero el rasgo característico del cedro es su pasmosa vitalidad. Es caso jamás visto que muera un cedro, como no sea porque le hiera el rayo o porque el hacha lleve a cabo su obra destructora.

Es frecuente el que la rama de un árbol se una, al crecer, con la rama de un árbol próximo, ocurriendo entonces, que se enlazan de modo tan íntimo, que es imposible adivinar de qué tronco proceden. A juicio de algunos botánicos, la excepcional fuerza y vitalidad del cedro se deben al lento crecimiento del árbol. Los retoños de quince y veinte años sólo crecen en ese tiempo poco más de metro y medio. Sabiendo esto, se pregunta uno qué edad tendrán los viejos patriarcas del sagrado bosquecillo. Es éste un punto difícil de resolver. Empleando el microscopio se ha llegado a contar hasta setecientos círculos concéntricos en una rama de 70 centímetros de diámetro; círculos equivalentes, como es sabido, a un período de un año. Razón por la cual no es aventurado suponer que algunos de dichos árboles deben ser, con mucho, milenarios. Hay naturalista en cuya opinión el famoso cedro llamado *Guardián*, debía ser un árbol jovencito cuando Hiram, el batallador rey de Tiro, empezó a hacer la corta de cedros en el Líbano para el templo de Jerusalén.

De ser eso cierto, el venerable gigante de la selva viene perdurando desde los tiempos de Salomón. En su trono del Líbano sigue contemplando, inconmovible, la estepa siriaca y el azul mediterráneo, mientras hebreos y asirios, persas y egipcios, griegos y romanos, árabes, cruzados y turcos, han sufrido, luchado y muerto por la posesión de Tierra Santa.

Los cedros del Líbano ejercen sobre el ánimo del viajero que los contempla una impresión indefinible, mezcla de asombro y de veneración, no sólo por su tamaño y su vejez, sino porque poseen marcada individualidad. Así uno de ellos, por ejemplo, el llamado *Simétrico*, sorprende por su absoluta regularidad de sus ramas horizontales. A un grupo de siete troncos procedentes de una misma raíz se le denomina *Las siete hermanas*. Dos hay que permanecen juntos y algo aislados del grupo principal, circunstancia que ha hecho conocerlos por el nombre de *Los centinelas*. Otros dos se llaman *San Juan* y *Santiago*. Son dos árboles gigantescos, inmensos, cuyos troncos miden 13 metros de circunferencia, pudiendo sentarse en algunas ramas hasta una docena de personas. Como ya hemos indicado antes, el más viejo y mayor de los cedros se denomina el *Guardián*. Su tronco nudoso, retorcido y lleno de huecos, denuncia bien a las claras sus luchas contra el tiempo y el hombre. Los nombres grabados en la vieja madera por famosos viajeros de hace una centuria, todavía permanecen sin ser cubiertos por el lento crecer de la corteza. El arrugado y maltrecho tronco se halla coronado por espesa guirnalda de yedra, dispuesto, no obstante haber conocido a los leñadores de Hirám, a permanecer aún enhiesto cuando las glorias de nuestra edad no sean sino leyendas del pasado.

La música más antigua

La composición musical más antigua, y en existencia actualmente, es cierto canto religioso llamado "La bendición de los sacerdotes", y procede del pueblo israelita. Dicho cántico, que se cantaba ya en tiempos del rey Salomón, ejecútase todavía en las sinagogas de España y Portugal.

Luego sigue en antigüedad un coro del *Orestes*, de Eurípides, que se conserva fragmentariamente en un pedazo de papiro, y que fué presentado como curiosidad valiosísima en la última exposición de música y drama celebrada en Viena. En el Museo Británico de Londres se halla la obra musical más vieja escrita en Inglaterra, y consiste en una canción compuesta en 1226 por un monje de la abadía de Reading. Esta obra está en *neumas*, y aparece escrita sobre rudo pergamino.

Burney, en su excelente "Historia de la música", menciona tres notabilísimos manuscritos antiguos encontrados entre los papeles del arzobispo irlandés Usher. Consisten esos manuscritos en tres himnos dedicados a Calíope, Apolo y Némesis, y se hallan notados musicalmente con arreglo a los signos empleados por los griegos. Supónese que los himnos fueron compuestos en la época de Pericles por un poeta llamado Dionisio.

Los nombres de los bailes

Los nombres de los bailes que tanto alegran la vida de la gente joven tienen por regla general un origen curioso. Por ejemplo, la colocación adoptada por los bailarines dió nombre a la *quadrille*, palabra que quiere decir literalmente "cuadrado pequeño". La *contradanza* se llamó así por bailar las parejas dándose frente. Los *lanceros* derivan su nombre de que esa modificación de la primitiva *quadrille* fué introducida por unos cuantos lanceros ingleses que se divertían haciendo caracolear sus caballos según las figuras de dicho baile.

La polka es un baile polaco, y su nombre proviene del vocablo bohemio *pulka*, que significa "medio", y significa mitad del paso, o mejor, mitad de medida. El *minuet*, tiene su origen etimológico en la palabra latina *minitis*, que significa "pequeño". El *vals*, procede de la palabra alemana *waltzen* (dar vueltas).

ACUARELA

Fué una tarde como ésta: en un fondo de ensueño
el mar se adormecía bajo el índigo arco
del cielo. El sol doraba la playa. Un vaho sedeño
afluía del silencio. Yo esperaba: era un barco

en el que Ella vendría con el nupcial encanto
de la diáfana aurora de una Bagdad. Las locas
bandas de aves cruzaban el espacio y, en tanto,
a través de la selva de mástiles, las rocas

coronadas de espumas, parecían brillantes
desde el punto de mira de los diques distantes;
mientras que, recogiendo las redes de la pesca,

los marinos cantaban joviales barcarolas.
La brisa era un suspiro. Yo miraba las olas...
Lejos, se diluía la visión novelesca...

Santos AGUILERA.

La vida social en las islas de los caníbales

A mitad de la distancia entre la América del Sur y Australia se encuentran un grupo de islas cuyo nombre, según los mapas, es el de "Islas Marquesas", pero que entre los aventureros y los navegantes de aquellos mares se conocen mejor bajo la sugestiva denominación de "Islas de los caníbales". El grupo está formado por unas treinta, y en conjunto tienen una superficie de 492 millas cuadradas.

Un distinguido viajante, que ha permanecido durante un año viviendo entre las tribus de caníbales reformados por los misioneros franceses, dice que la raza constituye un magnífico pueblo.

Según las teorías de Darwin aquellas islas son restos de un continente sumergido, habitado por descendientes de la raza caucásica, venidos del Asia o del Africa algunos millares de años antes, según se deduce de los monumentos, pinturas, leyendas y lenguaje de sus pobladores. Probablemente al producirse la gran catástrofe se produjo entre los sobrevivientes un retroceso, volviendo a vivir las épocas primitivas de barbarie.

Los hombres de aquellas islas son, por lo general, altos y fornidos. Su tez no es roja o amarilla; es, por el contrario, muy parecida a la de la raza blanca cuando ha sido tostada por el sol. Pero lo que llama más la atención es la belleza de las mujeres. Todas son lindas y graciosas y algunas adorables.

El desnudo reina como soberano, por aquellos parajes. Los pobladores de las islas no estiman en gran cosa la utilidad de los trajes, sólo el domingo acostumbran a vestirse a la europea para concurrir al templo.

Las ceremonias matrimoniales no son ciertamente muy complicadas. El joven elige a la muchacha que le agrada, la lleva a casa de su madre, si ésta da su consentimiento la unión se realiza, sin más trámites, de lo contrario el joven elige otra esposa.

En algunas localidades donde los hombres superan en número a las mujeres, éstas gobiernan por completo todo lo que se refiere a la vida doméstica y tienen el derecho — que por lo común ejercen — de casarse con varios hombres. Sin embargo sólo uno es reconocido como padre de los hijos y jefe de la familia.

La civilización es culpable de la desaparición de la raza de aquellos isleños. Los habitantes de las isas eran hace un centenar de años 160.000, veinte años atrás su número se había reducido a 4.000, y actualmente no alcanzan a 2.000. Una anécdota curiosa, que contrasta con las salvajes costumbres de canibalismo a que se entregaban, es la historia de cierto capitán, que hace algunos años naufragó en aquellas regiones. Estaba enfermo de tuberculosis, y desesperado de la vida fué al encuentro de los nativos, creyendo que le darían rápida muerte, pero éstos lo recibieron en forma humanitaria, le cuidaron, y dulcificaron todo lo posible sus últimos momentos.

Es posible que los primeros hombres de raza blanca que llegaron a aquellas tierras hayan sido precedidos por los chinos, que entre los nativos sembraron la lepra y la funesta afición al opio.

Tal vez algún día — dice el autor de quien tomamos los datos — estas islas volverán a estar habitadas, pero nunca más conocerán gentes parecidas a estos hijos valientes de la naturaleza, apasionados y nobles, que la civilización ha destruído.

Conocimientos útiles

La plataforma electoral d l partido unitario

1.° Reforma de la Constitución Nacional. Gobierno parlamentario.
2.° Representación en el Congreso de los territorios nacionales.
3.° Representación proporcional de las minorías por el cuociente electoral.
4.° Cese del Patronato Nacional respecto de religión alguna.
5.° Divorcio absoluto.
6.° Jubilación nacional para todo hombre de trabajo.
7. Legislación protectora de las clases obreras para toda la República.
8.° Reglamentación del derecho de huelga, "boycott" y "lockout".
9.° Subdivisión de los latifundios.
10. Difusión de la escuela práctica, industrial, fabril, pastoril y agrícola.
11. Reclusión de la infancia desvalida por el Estado, en asilos, talleres hasta la edad de 18 años.
12. Prevención del infanticidio por la implantación de la "Casa Nacional de Expósitos" con torno libre.
13. Justicia de paz remunerada.
14. Impuesto progresivo a la renta.
15. Nacionalización de los ferrocarriles.
16. Pensión a la vejez.
17. Creación de la Marina Mercante Nacional.
18. Estanco del tabaco, sal, naipes, etcétera.
19. Ciudadanía obligatoria después de ocho años de residencia en el país.
20. Leyes contra los acaparadores y "trusts".
21. Fijación del precio máximo de los artículos de primera necesidad.
22. Fijación de la venta máxima de toda vivienda que se ofrezca en alquiler.
23. Mientras no se llegue al ideal unitario, se gestionará por todos los medios posibles de los gobiernos provinciales, el que hagan suyas las leyes nacidas en el Congreso de la Nación.

¿Cuántos colores tiene el arco iris?

Si se consultan los libros científicos dirán que siete; pero, en realidad, hay muy pocas personas que los distingan con entera precisión, sobre todo los tres tonos de azul que hay al lado del verde. La generalidad de la gente sólo ve seis colores, y esto se debe a que existe un número considerable de individuos que son ciegos para una de las gradaciones del azul. Semejante singularidad óptica hace pensar en la posibilidad de que ande gente por el mundo que quizá no vea más que cinco colores diferentes o acaso solamente cuatro.

Los antiguos griegos no tenían en su vocabulario la palabra *azul*, la que ha inducido a ciertos sociólogos y etnógrafos a suponer que los primitivos helenos no veían dicho color. A este propósito conviene tener presente que, hoy mismo, allí donde el idioma no tiene palabras para designar los colores rojo, amarillo, verde y azul, este último es siempre uno de los que faltan. Los viajeros que han visitado las tribus salvajes de Borneo, afirman que aquellos naturales no distinguen el color azul.

Los niños indígenas de las islas Visayas, en Filipinas, experimentan gran dificultad, al decir de los maestros de escuelas yanquis, para aprender los nombres de los colores. Como regla general, confunden en la práctica los colores azul y verde. El azul obscuro, lo ven negro; el rojo y el amarillo, lo distinguen bien; en cambio, el morado lo ven negro o verde, y el azul celeste, verde también.

Algunos hombres de ciencia pretenden que en épocas remotas los humanos sólo podían percibir los colores rojo, anaranjado, amarillo y verde; luego, conforme se iba perfeccionando el aparato óptico, fueron distinguiendo el azul verdoso, el índigo y el violeta. Según esa teoría, no habiendo llegado aún el hombre al término de su evolución, las generaciones futuras podrán, más perfeccionados todavía sus órganos visuales, distinguir quizá otro u otros colores más en el arco iris.

Recetas de cocina de veinte siglos

¿Quién habría de decir que Catón el Antiguo, célebre por sus talentos militares, jurídicos y oratorios, ocupaba sus ocios escribiendo de *re culinaria*? Y, sin embargo, así era. Entre las muchas recetas curiosas que aparecen en su famoso "Manual de economía rural", hay algunas que a pesar de tener una antigüedad de 2.000 años, pueden todavía ser útiles, en particular la que da instrucciones sobre el modo de confeccionar la *Sopa a la cartaginesa*. He aquí la receta, según las palabras de Catón: "Póngase a cocer en agua una libra de harina de avena, y cuando ésta empiece a hervir, se añaden tres libras de queso rallado y una libra de miel. Debe emplearse una marmita nueva y servirse la sopa en la misma marmita". El autor, poco sospechoso ciertamente de parcialidad a favor de Cartago, asegura que la tal sopa, o puches, es plato riquísimo. Nosotros nos limitamos a dar traslado de la receta a los aficionados a cosas de tiempos atrás. El plato podrá no ser tan excelente como asegura Catón; mas, por lo menos, tendrá marcado sabor y aun olor arqueológico.

Los que ignoran que están muertos

por Amado NERVO

Los muertos—me había dicho varias veces mi amigo el viejecito espiritista, y por mi parte había encontrado también la misma observación en mis lecturas,—los muertos, señor mío, no saben que están muertos.

No lo saben sino después de cierto tiempo, cuando un espíritu caritativo se lo dice para despegarlos definitivamente de las miserias de este mundo.

Generalmente se creen aun enfermos de la enfermedad de que murieron; se quejan, piden medicinas... están como en una especie de adormecimiento, de bruma, de los cuales va desprendiéndose poco a poco la divina crisálida del alma. Los menos puros, los que han muerto más apegados a las cosas, van en derredor nuestro, presas de un desconcierto y de una desorientación por extremo angustiosos.

Sienten dolores, hambre, sed, exactamente como si vivieran, no de otra suerte que el amputado siente que posee, y aunque le duele, el miembro que se le segregó.

Nos hablan, se interponen a nuestro camino y desesperan al advertir que no los vemos ni les hacemos caso. Entonces se creen víctimas de una pesadilla y anhelan despertar.

Pero la impresión más poderosa—como más cercana—es la de que les sigue doliendo aquello que los mató.

Y en efecto, una tarde en que por curiosidad asistí a una sesión espiritista, pude comprobarlo.

La "medium" era parlante. (Ustedes saben que hay mediums auditivos, videntes, materializados, etc.) Las almas de los muertos se servían de su boca para conversar con los presentes, o como si dijéramos, "hablaban por boca de ganso".

Debo advertir, a fin de que no parezca a usted ilógico, ni en contradicción con lo que he dicho, lo que voy a relatar, que no es preciso que un muerto sepa que está muerto para hablar u obrar por ministerio de un "medium".

En ese sopor a que me referí antes, los espíritus recientemente desencarnados, rondan a los vivos e instintiva, maquinalmente, cuando encuentran un medio lo aprovechan para comunicarse, no de otra suerte que un viandante, aunque no esté en sus cabales, por instinto también, aprovecha un puente para llegar al otro lado del río.

Empezó, pues, la sesión sin matar las luces y la "medium" cayó en "trance".

Momentos después exclamaba:

—"¡Estoy mal herido! ¡Socórrame!

Y se apretaba con ambas manos el costado derecho.

—¿Quién es usted?—preguntó el que presidía la sesión.

—Soy Valente Martínez, y me han herido aquí, en la Plazuela del Carmen; me han herido a traición. Estoy desangrándome... vengan a levantarme.

Y por la cara de la "medium" pasaban como oleadas de dolor y de agonía. Muchos de los allí presentes experimentamos gran sorpresa. Porque, en efecto, en los periódicos de la última semana se había hablado con lujo de detalles del asesinato de Valente Martínez, cometido a mansalva por un celoso. Así, pues, la sesión se volvía interesante.

—¡Vengan a levantarme!—seguía diciendo con inflexión plañidera la "medium".

—¡Me estoy desangrando!

—Está usted en un error, insinuó entonces el que presidía: ¡Cree usted estar herido y abandonado en la calle; pero, en realidad, está muerto!

—¡Muerto yo!—exclamó la "medium" con dolorosa sorna.—¡Muerto! ¡Le digo a usted que estoy mal herido!

Y seguía apretándose el costado.

—Está usted muerto y bien muerto. Murió usted de la puñalada, el viernes último, en el hospital de San Lucas.

La "medium" se impacientaba:

—¡Es una falta de caridad dejarme tirado como a un perro! ¡Como a un perro, sí, en medio de la calle!

Y se retorcía en su asiento.

—¿De suerte—preguntó el que presidía—que usted insiste en que está vivo?

—Sí, y mal herido. Ayúdenme a levantarme. ¡No sean malos!

—Pues le voy a probar a usted que está muerto: ¿usted qué es, hombre o mujer?

—Vaya una pregunta necia: soy hombre.

—¿Está usted seguro?

La "medium" hizo un movimiento de contrariedad:

—¡Que si estoy seguro!, ¡qué ocurrencia!

—Bueno. Pues tóquese usted la cara y el pecho.

La "medium" se llevó la diestra a las mejillas, y una impresión de indecible pasmo se pintó en su rostro: Valente Martínez (que, según los retratos de los diarios, era barbicerrado) se palpaba imberbe...

La mano temblorosa se posó en seguida en el labio superior buscando el ausente bigote... luego, más temblorosa aún, descendió al pecho y, al advertir la túrgida carne de los senos, la "medium" dejó escapar un grito, gutural, horrible, en tanto que fríos sudores mojaban su frente lívida de tortura en la que se leía el supremo espanto de la convicción... Siguió un largo silencio durante el cual la "medium", inmóvil, murmuraba no sé qué con labios convulsos y, por fin, el que presidía dijo:

—¡Ya ve usted cómo está muerto! Yo lo he desengañado por caridad para que no piense más en las cosas de la tierra y procure elevar su espíritu a Dios...

—Tiene usted razón—murmuró penosamente la "medium".

Luego, después de una pausa, suspiró:

—¡Gracias!

Y ya no profirió palabra alguna hasta salir del "trance".



—Estás cargosa con tu piano. No tienes por cierto el talento de Orfeo, que amansaba a las fieras.
—Es cierto. Yo las irrito.

No es la nicotina la que hace daño en el tabaco

A la fecha actual, no se sabe con exactitud si el humo del tabaco es responsable de los trastornos que produce en el organismo el vicio de fumar. Parece, sin embargo, averiguando, que si el humo del tabaco contiene, en definitiva, nicotina, la cantidad de alcaloide es insignificante con relación a la que existe en el tabaco. Probablemente, la combustión deja reducida esta última a una séptima parte; cifra en verdad que no puede justificar los síntomas tóxicos observados en los fumadores.

Por otra parte, varios químicos eminentes afirman no haber descubierto el menor rastro de nicotina en el humo del tabaco; y ello les ha llevado a buscar otro elemento nocivo, habiendo tenido la suerte de enontrarlo. Lo que envenena lentamente al fumador, no es pues, la nicotina, como hasta ahora se creía, sino un terrible producto tóxico denominado "piroidina", de acción intensa y destructora sobre el sistema nervioso.

Fórmase la piroidina por la combustión del tabaco, y es el principal elemento constitutivo del aceite que se va depositando en los conductos de boquillas y pipas. La prueba de que no es la nicotina autora de los daños que se le han venido atribuyendo, está en lo siguiente: ciertos tabacos turcos se hallan casi desprovistos de nicotina, y a pesar de ello producen humo acre y eminentemente tóxico.

La toxicidad y la acritud del humo dependen sobre todo de la naturaleza de aquellos productos derivados de la combustión, pero que ya existían bajo otra forma en la planta. Así, un humo acre denuncia fuerte proporción de ácidos orgánicos en la hoja, entre los cuales se hallan el cítrico y málico. Todos los citratos y malatos obtenidos por combustión, dan productos acres.

Según esto, puede ocurrir que de dos cigarrillos cuyo tabaco contenga aproximadamente la misma cantidad de nicotina, uno de ellos produzca humo acre y otro humo suave. Si se examinan esos cigarrillos, se advertirá que el de humo acre determina la formación de mayor cantidad de ceniza; significando esto que contenía mucha mayor proporción de ácidos orgánicos.

De todo lo dicho se deduce: 1.° que si no es la nicotina quien intoxica a los fumadores, se encarga de estropearlos la piroidina; 2.° que, formándose ésta en los aceites de la combustión se debe fumar en boquilla o en pipa; 3.° que como no todo el aceite se queda en los conductos de la boquilla, sino que pasa en pequeña cantidad a la garganta y al aparato respiratorio, hay que abstenerse de tragar el humo; y 4.° que los carísimos cigarrillos turcos o egipcios, esos cigarriles de grato aroma de que gustan algunas damas elegantes, son todavía más nocivos que los de tabaco de Virginia o de Holanda.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: PASEO COLÓN, 1266 - Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el exterior	En el Interior
Trimestre . . $ 2.50	Trimestre $ oro 2.00	Trimestre. . $ 3.00
Semestre . . „ 5.00	Semestre. „ „ 4.00	Semestre. . „ 6.00
Año. . . . . „ 9.00	Año. . . „ „ 8.00	Año. . . . „ 11.00
N.° suelto . 20 cts.		N.° suelto . 25 cts.
N.° atrasado. 40 „		N.° atrasado. 50 „

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Dirección, Redacción y Administración: PASEO COLON, 1266
U. T. 184, Avenida

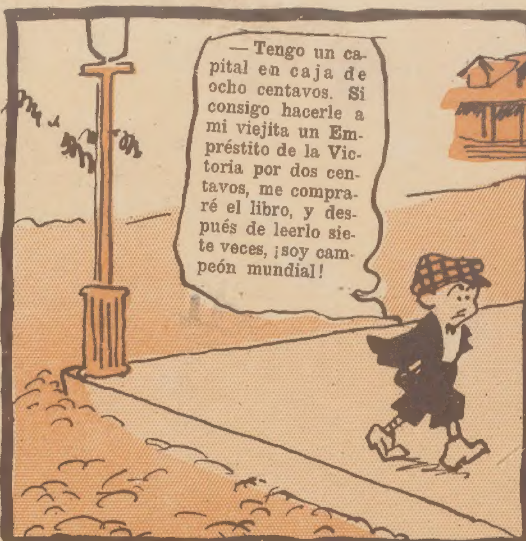
A los coleccionistas de "FRAY MOCHO"

Habiendo sufrido un alza el valor de los materiales empleados en las tapas para la encuadernación de los ejemplares de nuestra revista, anotamos a continuación los precios que regirán en lo sucesivo:

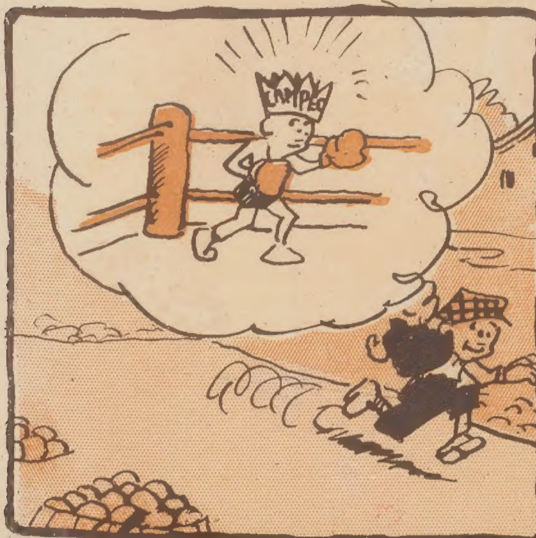
		En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande.	cada tomo	$ 12.—	3.70
„ „ „ chico.	„ „	„ 8.—	3.—
Tapas sueltas „ „ grande.	„ „	„ 9.—	2.—
„ „ „ „ chico.	„ „	„ 6.—	1.50

LA ADMINISTRACIÓN.







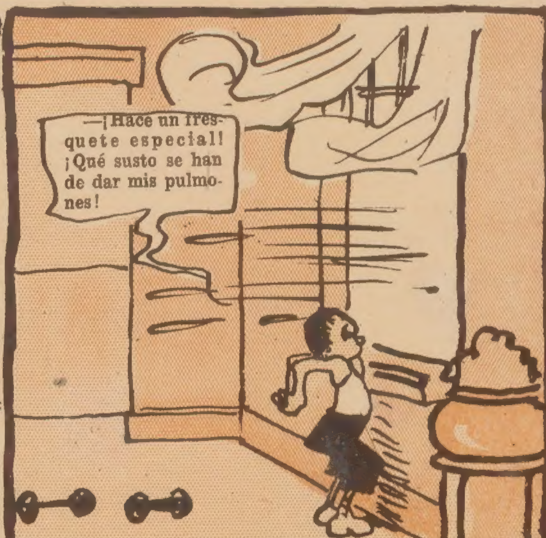






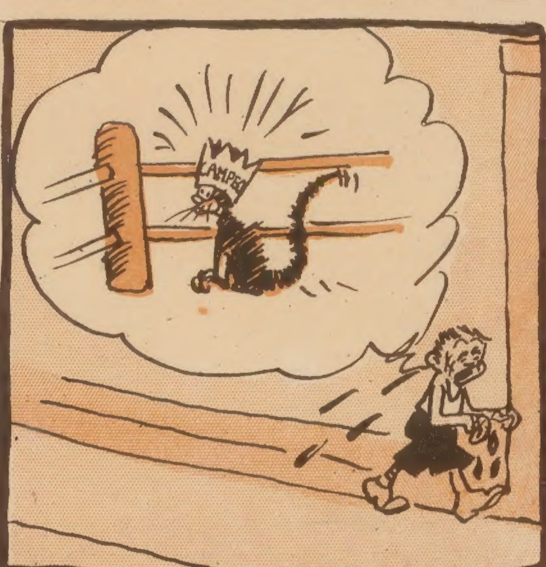












Talleres heliográficos de Ricardo Radaelli, Paseo Colón, 1266—Buenos Aires